Doña Pepita

Josefina Aguirre de Andrade
David Andrade Aguirre

Doña Pepita

Josefina Aguirre de Andrade

David Andrade Aguirre

© David Andrade Aguirre
Josefina Aguirre de Andrade
2024

Doña Pepita.
Memorias de una vida.
Textos originales tomados de los apuntes de María Martha Josefina Aguirre a lo largo de sesenta años.

Un afectuoso homenaje de la familia Andrade Aguirre a nuestra madre, nuestro símbolo, nuestro orgullo.

Diseño:
Pablo Zavala Andagoya
Impresión:
Graficentro

Quito, marzo de 2024

Dedicatoria

Estas memorias las dedico con todo mi amor a Dios, mi amado Padre y Maestro, que ha permitido que yo viva esos momentos felices; me ha concedido un esposo incomparable y unos hijos maravillosos.

Además dedico estas memorias a David, mi amado esposo, que aunque ya no está físicamente con nosotros, espiritualmente está siempre presente.

A mis hijos, a mis nietos y a mis bisnietos, les dedico estas letras con mucho amor.

Pepita de Oro

Mi abuelo Camilo Andrade Melo, con alegría y emoción pudo comprobar que la extraordinaria producción de sal era suficiente para pagar la deuda. Dirigiéndose al escribiente comentó: con esto alcanza y sobra el dinero; el, asintió sonriendo mientras de manera repetida inclinaba su cabeza. Con las cuentas confirmadas, mi abuelo, pensó que podría probar suerte en el salón de juego del pueblo; vestido con sus mejores galas, montó a K-listo (un burro al que había nombrado con la letra K, pero como era tan listo, de cariño lo llamó K-listo).

Llego al lugar cuando la tarde moría, había casa llena, casi todas las mesas colmadas de ávidos apostadores. Unos jugaban dados, otros naipes. En la estancia había comerciantes, agricultores, hacendados, curiosos; era muy notorio un letrero que decía: "Aquí se apuesta lo que tengan y lo que quieran. No fiamos, el trago se paga de contado. Los mirones son de palo".

Camilo se acomodó en una mesa, pidió una copa, pronto lo acompañaron el hacendado Fermín y Jerónimo un comerciante de ganado. Dos desconocidos pidieron permiso para sentarse: Saúl dijo ser lavador de oro, y Juan Manuel comerciante de aguardiente. Las cartas sobre la mesa, a jugar se ha dicho. Al principio las apuestas eran pequeñas, pero conforme fue pasando la noche, fueron aumentando desmedidamente, a tal punto, que los demás parroquianos dejaron de jugar para mirar la partida final.

Se repartieron las cartas, las apuestas (dinero, tierra, oro, bienes, animales) se registraban en un cuaderno, con la anotación del apostador con su puño y letra y el com-

promiso de pago. Fermín sereno pero impaciente; Jerónimo nervioso; Juan Manuel, alardeaba y blufeaba; Camilo al parecer tenía un gran juego; las pupilas de Saúl, delataban que también tenía buenas cartas. El ambiente era intrigante, un pesado silencio invadió el lugar. Era hora del cambio de cartas; cada jugador pidió las suyas, hubo más apuestas; uno proponía, el resto pagaba; la tensión se podía sentir en el ambiente dado el monto de lo apostado. Llegó el momento de presentar las cartas, Camilo cuatro ases (Póker), Fermín tres J y dos K (Full); dos pares para Jerónimo, un trio para Juan Manuel, y escalera del mismo palo (Royal Flor) para el afortunado Saúl. Un breve silencio dio paso a un estallido de gritos, júbilo y festejo.

Saúl estaba como loco, en pocas horas había pasado de ser un lavador de oro a un potentado, con todo lo que había ganado. Apenas podía imaginar el poder y riqueza que ahora poseía. Con un grito ronco invitó a los presentes a tomar todo el licor que puedan consumir. Camilo al igual que los otros jugadores, atónitos y tristes, se quedaron sentados, sin atinar qué hacer.

La angustia de Camilo era grande y penosa, no solo por haber perdido todas sus propiedades, sino porque en su arrebato incluyó a K-listo en la apuesta. Cabizbajo, casi sin aliento, salió del salón dirigiéndose al establo, su intención era despedirse de su burro famoso por su inteligencia, para cumplir con su palabra. Más al llegar al lugar en el cual le había amarrado, menuda sorpresa se llevó: el animal no se encontraba allí. Preocupado, recorrió el establo y alcanzó a mirar que la compuerta lateral estaba entreabierta, su pasador removido desde adentro. Mi abuelo exclamó: "una vez más esto es obra de K-listo". Así era, ya que una

de las habilidades del animal, era utilizar su hocico como una ganzúa, no había tranca que no pudiera abrir.

Siguiendo las huellas llegó al lugar en donde se encontraba K-listo, le causó sorpresa la posición en la que estaba, parecía hincado, con las patas cruzadas. Mi abuelo pensó que se lesionó las patas o que había atrapado a un animal. Esta era otra de sus habilidades, comúnmente sometía con sus patas a culebras. Improvisó con su pañuelo una antorcha y con precaución se acercó. K-listo se incorporó, se apartó dos pasos, rebuznando varias veces, movía su cabeza, sus orejas más firmes que lo normal, sus ojos clavados sobre el lugar que custodiaba. Mi abuelo le acarició y besó su frente, tranquilo le dijo; luego se inclinó para separar un par de piedras, en el lugar señalado por el borrico. Lo que contempló lo dejó atónito. Una y otra vez miraba con total incredulidad. Por su mente pasaba la amargura de haber perdido todo, de haberse quedado sin nada. Y ahora gracias a K-listo tenía en sus manos una inesperada solución: una gran pepita de oro.

De inmediato, sin pensarlo, regresó al salón de juegos. Al entrar dijo con voz firme: "Saúl la suerte está de tu lado, pero al parecer del mío también, al salir, hace unos escasos momentos, mi socio me acaba de entregar esta pepita de oro, que en la entraña de la tierra encontró. Esto es un buen augurio, dame la revancha". Entonces, mi abuelo Camilo estiró su brazo, abriendo su puño, mostró la gran pepita de oro.

Los ojos de Saúl parecían salir de sus órbitas. Cegado por la ambición de la racha ganadora, aceptó el reto. El ruido del festejo terminó y volvió a imponerse un pesado silencio. Se sentaron a la mesa. Acordaron la apuesta: si Ca-

milo ganaba, recuperaba todo lo perdido; en caso contrario, entregaba la pepa de oro y enseñaba el lugar donde la encontró.

Una sola mano, se reparten las cartas, al abrirlas Camilo muestra un póker de jotas, Saúl un trio de sietes. La suerte, loca y vanidosa, había cambiado otra vez. Tras el asombro de los concurrentes, un grito jubiloso invadió el local.

Mi abuelo recuperó los documentos y a partir de entonces, no volvió a jugar ni apostar. Tiempo después, contaba la anécdota y como corolario para sus hijos les decía: "Es imposible que puedan tener el privilegio de contar entre sus pertenencias a un burro como K-listo, pero lo que si pueden buscar y encontrar es una pepita de oro".

Mi padre David Andrade Torres, siguió al pie de la letra el consejo de mi abuelo Camilo. Puso todo su empeño, su encanto, su verbo, su esfuerzo para encontrar la fortuna que el destino le tenía preparada. Jamás se dio por vencido hasta que encontró y conquistó a mi madre Pepita Aguirre. Ella fue siempre su pepita de oro.

Hoy doy fe, de la tenacidad de mi padre, del gran amor que se tienen, que ha vencido a la muerte. Para mi suerte y de mis hermanos, la tenemos con nosotros. Por siempre nuestra madre Pepita Aguirre, es nuestra Pepita de oro.

José Javier Andrade Aguirre
Quito, agosto de 2023

Primera parte

Memorias íntimas

Mis abuelos, Alejandro Aguirre y Cleofé Carbajal Madera

De Martha a Pepita

Nací un miércoles 6 de marzo de 1929, a la una y diez de la mañana, bajo el signo de Piscis, en la casa de la familia Aguirre Carbajal, en la esquina del antiguo hospital, en la ciudad de Ibarra.

Mi nombre es Martha Josefina Aguirre, de manera que de niña me llamaban Marthita, hasta que un día, cuando apenas contaba con dos años y medio y no hablaba claro, sino un poco tartosa, me aparezco en el comedor de la casa, en donde estaban reunidos mis tías y mis abuelos, para desayunar, diciendo: "Papá Nanay me dice 'Pepita bashe a misa'." El Papá Nanay al que me refería era una estatua de San José con el Divino Niño en brazos. Las tías festejaron con risas la frase infantil. Y desde entonces cambié de nombre: para todos fui Pepita, nombre con el que me quedé para toda la vida.

No conocí a mi padre. Me criaron mi abuela materna y mis tías. Siendo la única niña en la casa, recibía la atención, pero también la férrea disciplina de mis tías. Mi abuelo Alejandro Aguirre, hombre serio y muy trabajador, estaba siempre dedicado a sus tareas, por lo que dejaba la administración de la casa a mi abuela Cleofé Carbajal Madera. Ambos provenían de familias de larga raigambre en la capital de Imbabura.

Era una casa llena de mujeres, en la que reinaba un orden casi perfecto. Mi tío Alejandro, era el consentido de sus hermanas: Matildita, Lucilita, Hermelindita, Marianita, Lolita, Anita, Imeldita y mi madre Rosita. El diminutivo era parte de la costumbre social de la época.

Cuando tenía unos nueve años, mi mamá Rosita trajo al mundo a mi hermano Carlos Humberto Aguirre. Por

las especiales condiciones de mi vida, yo continué viviendo con mis tías. Mi hermano se crió con nuestra madre.

Desde muy pequeña me encantaba bailar al son de la música que salía de una victrola. En las reuniones de mis tías con sus amigas, me aparecía para bailar la jota, un vals o un pasodoble, para deleite de todas. Los hacía con entusiasmo y absoluta seriedad. Todo marchaba a las mil maravillas hasta el momento en que escuchaba alguna risa. Hasta ahí llegaba mi show. Salía en veloz carrera, a esconderme, con alguna lágrima en los ojos, pensando que se burlaban de mi actuación.

Contaban mis tías que cuando tenía unos tres años, mis abuelos tuvieron que salir de la ciudad por un par de semanas. Se preparó la recepción a su retorno, con comida incluida. Cuando llegaron, tras los saludos, me adelanté y con mi media lengua, recité una copla que había compuesto, causando la admiración de los presentes. Lástima que no tuvieron la prolijidad de conservar por escrito este caso tan inusual.

Mi educación

A los cinco años inicié mi vida escolar en la Escuela de La Inmaculada, sección especial. Mi primera experiencia fuera del hogar fue en el Preparatorio, a cargo de la señorita Luz María Muñoz, una mujer notable, con una enorme paciencia, cuya bondad nos permitió acostumbrarnos y tomar gusto a la escuela. Aún ahora a la distancia de una larga vida, recuerdo su rostro con una sonrisa, cuando lograba que las inquietas niñas se sosieguen para tomar la siesta, o cuando nos reunía para la colación: agua de canela con galletas.

Por esos tiempos, en los años treinta, la Escuela de la Inmaculada, regentada por las Hermanas de la Caridad, tenía dos secciones: especial y general. La primera, pagada, tenía aulas propias, un patio de recreo separado y un trato esmerado de las profesoras lo que implicaba un aprendizaje de mejor nivel. La sección general, era gratuita y formaba parte del apostolado de la orden religiosa especializada en atención hospitalaria y en educación con valores cristianos. En ese tiempo esa separación era enteramente normal, pero ahora nos parece terrible la manera en que fomentaban la separación de clases sociales, cuando ellas eran las llamadas a unificar a las alumnas en camaradería y solidaridad.

Permanecen en la memoria las compañeras de mi infancia. Las veo con el uniforme que tanto nos llenaba de orgullo: falda y chaleco azul cielo; blusa de organdí blanco con adornos de encaje; medias celestes; y, zapatos blancos. Tantas cosas compartidas, tantos juegos, tantos sueños. Ahora muchas de ellas me esperan en otra dimensión para volver a compartir en la eternidad.

Desde los siete años de edad estudié música gracias al empeño de mis tías que pagaron clases con el señor Virgilio Hidrovo, quien me enseñó a leer notas y a la ejecución de populares melodías en piano. Desde entonces, la música ha sido parte importante de mi vida, motivo de solaz y regocijo.

Al iniciar quinto grado en La Inmaculada, designaron una nueva superiora de la comunidad. Ella no estuvo de acuerdo en la existencia de dos instituciones paralelas, una general y otra especial, por lo que ordenó la fusión de las dos.

En la pequeña y bucólica Ibarra se produjo una conmoción. Para las chicas de la sección especial y más aún para sus padres, fue un duro golpe, pues debían estudiar junto

a la "plebe". Pero no tenían opción, el colegio era bueno y no había manera de remediar esta situación. Debieron resignarse. En mi caso, el cambió prácticamente no me afectó, pues conocía a muchas de las nuevas compañeras.

Habíamos estado acostumbradas a un trato especial, porque nuestra profesora era una monjita riobambeña, del "ancho de la seda", que era como entonces se describía a una persona de mejor situación económica o social. Todo en ella era suavidad y gentileza. Nuestra nueva profesora de quinto grado, era una religiosa costeña, muy franca y algo dura, acostumbrada a tratar al raje a sus alumnas.

Ventajosamente le caí en gracia y, poco a poco, descargó en mí parte de sus responsabilidades. Desde entonces, tomaba lecciones a mis compañeras de grado; cuidaba la disciplina en el aula cuando ella se ausentaba; ejercía de monitor cuando salíamos hacia nuestras casas en ordenada fila; abría el aula en las mañanas y cerraba con llave en las tardes.

En esa época teníamos en el colegio dos jornadas, de 8 a 12 en la mañana y de 2 a 5 en la tarde. Asistíamos a misa todos los días del mes de mayo y en las fiestas eclesiásticas.

Desde los primeros años de escuela, me designaron para llevar la bandera del Ecuador en los desfiles. En esa época no había un proceso establecido para elegir abanderadas. Generalmente otorgaban ese honor a la alumna más aplicada o a la de mejor conducta. El caso es que varios años, hasta que terminé mi instrucción primaria en octavo grado, tuve el honor de llevar la bandera patria, por lo que siempre me sentí muy orgullosa, aunque era cansado cargarla en desfiles y ocasiones especiales, sobre todo por el ardiente sol que caracteriza a la ciudad blanca.

El mayor acontecimiento de la finalización del año escolar, era la ceremonia de premiación, para la cual profesoras y alumnas se preparaban con mucha anticipación. En este evento especial se presentaban actos musicales, bailes, recitaciones, etc. Pero todas esperábamos para conocer quién era la agraciada con el premio de excelencia que correspondía a la mejor estudiante; quiénes recibían los premios de aplicación, urbanidad, religión y las correspondientes menciones honoríficas. En el salón de honor de la escuela, autoridades, padres de familia e invitados. Las niñas que recibían los diplomas y las medallas, acudían al escenario con recato, como nos habían enseñado, pero con la visible emoción de haber conseguido una meta y distinguirnos entre nuestras compañeras. Recuerdo con profunda satisfacción, que recibí la medalla dorada, con cinta tricolor del premio de excelencia, desde primero hasta octavo grado. Contemplo a la distancia esos momentos y aún me causan una profunda emoción.

Generalmente la ceremonia culminaba con un acto artístico. En algunas ocasiones se trataba de una interpretación en piano, a cuatro manos, de melodías populares, especialmente valses, que tanto gustaban a la audiencia. Michita Merlo tocaba los bajos y yo los altos, para lo cual nos preparábamos intensamente durante meses. Los aplausos de los presentes eran nuestra mejor recompensa.

Sin embargo, no siempre esas actividades eran bien recibidas por el cuerpo docente. Recuerdo que en el año 1940, cuando cursaba sexto grado, se anunció la visita del Presidente de la República, doctor Carlos Arroyo del Río. La ciudad lo recibió con un desfile cívico – militar – estudiantil. Las autoridades del Concejo Cantonal de Ibarra decidie-

ron presentar un hermoso carro alegórico que representaba la integración de las provincias. Escogieron a cuatro niñas para representarlas: Michita Merlo a Pichincha; Bertha Durán a Esmeraldas; Lourdes Alarcón al Carchi y Pepita Aguirre a Imbabura. Como es natural, las niñas escogidas acudimos ante nuestra profesora para informarle que no íbamos a desfilar con el colegio. La reverenda madre montó en cólera. "Claro, dijo, las señoritas de sociedad tienen muchos compromisos fuera de la escuela. Y no pueden participar con nosotros en el desfile. Y sobre todo tú, Pepita, dejas el honor de portar la bandera patria, por salir a exhibirte en un carro alegórico. No me parece bien". Aunque no teníamos la culpa, pues las autoridades municipales nos designaron sin consultarlo con nuestras familias, debimos soportar el chaparrón de críticas de la molesta religiosa.

Cuando el país fue alevosamente invadido por tropas peruanas en 1941, en todo el Ecuador se desató el fervor patriótico. Miles de jóvenes se presentaron a los cuarteles para defender al país, aunque muy pocos pudieron en realidad ir hasta la frontera sur por las limitaciones económicas y las complicaciones políticas de un gobierno. Los desfiles de apoyo a la Patria se sucedieron y en ellos también porté con enorme orgullo la sagrada bandera demostrando el amor a la Patria en peligro.

Los años pasaron veloces y llegó el momento de abandonar las aulas de mi querido colegio. Muchas de mis compañeras se habían despedido cuando terminamos sexto grado. En aquellos años no existía un establecimiento secundario femenino en la capital de Imbabura. Poquísimas familias aceptaban que sus hijas prosigan su educación en el Colegio Teodoro Gómez de la Torre, tradicionalmente

masculino. Yo tuve la suerte de continuar hasta terminar la educación especial por dos años más, en la cual además de complementar nuestra formación académica en lengua, matemáticas, historia y geografía, nos preparaban en modales, comportamiento, arte, lecturas y música.

Con profunda nostalgia, en julio de 1943, nos despedimos de las aulas de nuestro querido colegio, de nuestras profesoras y compañeras. La vida nos estaba esperando.

Años de juventud

El Ecuador vivía entonces una situación extremadamente complicada. Tras la derrota en la frontera y la enorme pérdida de territorio, existía una sensación de desaliento y pesimismo. La economía estaba en una crisis espantosa. Los habitantes de las provincias fronterizas con el Perú, habían escapado, huyendo de la guerra. Poco a poco, lojanos y orenses se fueron asentando en las provincias del centro y norte del país. Se les denominaba "refugiados", un nombre que ejemplificaba su penosa situación en su mismo país.

Terminada la etapa de la niñez y adolescencia, había que seguir una carrera que me proporcione el sustento para mi vida. Mis habilidades naturales para la música y especialmente el baile, no tenían forma de desarrollarse en la pequeña ciudad provinciana. Me hubiera gustado tener la oportunidad de desarrollarlas como profesión, pero fue imposible. Así que me decidí a aprender corte y confección con mi tía Lucilita, una excelente profesional, de mucho prestigio en la ciudad.

En octubre de 1943 iniciaba el aprendizaje del arte de la moda y sus caprichos. Con enorme entusiasmo me dediqué a aprender todo lo que mi maestra procuraba enseñarme

de manera práctica, en el día a día en el taller. Admiraba sus conocimientos, prolijidad y destreza. Intentaba copiar fielmente sus habilidades y dedicaba muchísimas horas del día y a veces de la noche al trabajo. A los cinco meses de iniciado el proceso de aprendizaje, mi tía me dio la primera obra, que eran unos delantales decorados, que por esa época se utilizaban mucho. Al entregarlos, mi maestra me entregó el pago correspondiente. Fue increíble la sensación de que me había ganado mi propio dinero, que era el primer paso de mi vida profesional. Con el fruto de mi primer trabajo me compre una lanilla de color negro y me hice un precioso terno con botones dorados. No podía estar más feliz y orgullosa.

Bajo la severa mirada de la Lucilita, rápidamente dominé los secretos de la confección de todo tipo de prendas, interpretación de modelos y la capacidad de entender y satisfacer el gusto de las clientes. Pronto estaba cumpliendo tareas de asistente de mi tía: atendiendo clientes, recibiendo materiales, tomando medidas, eligiendo modelos de los figurines, las revistas extranjeras que mi tía compraba para poder confeccionar prendas exclusivas que eran un éxito en la ciudad.

Más adelante, además de trabajar en la confección, daba clases a las alumnas que mi tía tenía regularmente en su taller y controlaba las tareas de las operarias. A mí me ha gustado siempre la perfección, en cuanto eso sea posible en la condición humana. Siempre he tenido ese patrón de vida: cuando me comprometo a hacer algo, lo hago bien o no lo hago. Entonces me exigía y exigía a las alumnas excelencia.

Rápidamente adquirí prestigio en la profesión, aún bajo la tutela y en el taller de mi tía. Mis trabajos eran muy

cotizados, tenía muchos clientes y me sentía realizada. El tiempo seguía su marcha casi sin sentirlo.

El grado

Con regularidad me seguía reuniendo con mis compañeras y amigas. La jorga de chicas que de alguna manera lideraba las actividades sociales de mi querida Ibarra. Un día, mientras tomábamos un helado, esa delicia propia de la ciudad que obtenía su suave textura de los jugos naturales y la fricción del hielo de las montañas, en una paila de cobre, mis amigas me hicieron una pregunta que no tuvo respuesta: "¿por qué no te gradúas?". Su preocupación me conmovió. Había terminado tres años antes la formación en mi profesión, me había dedicado de lleno al trabajo y a la enseñanza y había descuidado ese aspecto. "Eres excelente profesional, pero sin título, eso no vale nada", insistieron. Ellas eran como de mi familia, mis amigas del alma, por lo que les agradecí profundamente su preocupación y su consejo.

Esa noche, sin poder dormir, reflexioné profundamente sobre mi situación. Al día siguiente, muy temprano en la mañana, le dije a mi tía Lucila, "quiero graduarme el próximo viernes 18 de septiembre". Apenas faltaban dos semanas para esa fecha. Ella se sorprendió, casi se cae para atrás. Fiel a su carácter fuerte, la Lucilita mostró su oposición: "usted recibió las clases hace mucho tiempo, tendría que repasar siquiera un mes y luego hacer las obras…"

Mi maestra tenía razón. En ese tiempo, 1948, además del examen práctico, la aspirante a graduarse debía presentar ropa de su confección. Parecía imposible preparar todo para el grado.

Pero no contaban con mi voluntad y la firmeza de mi decisión. Contra el consejo de mi tía, pedí cita al comisario que era quien recibía los exámenes de grado y nombraba el jurado. El aceptó mi pedido y la fecha prevista: 18 de septiembre a las 3 de la tarde.

Acudí de inmediato a mi colegio de la Inmaculada para solicitar el salón de honor en el que se celebraría el examen. Las monjitas aceptaron encantadas. Luego comuniqué del evento a mis amigas y familiares. No había vuelta atrás.

Esos días, trabajaba todo el día y de siete a doce de la noche repasaba los trazos y las cuestiones teóricas sobre las que versarían las preguntas de los examinadores. Solicité a mis clientas autorización para presentar las prendas que había confeccionado esos días como prueba práctica de grado.

El día elegido, el salón estaba colmado con mis amistades y familia. Mi tía Lucila no acudió, porque temía que fracase en el examen y ello dañaría su reputación de ser la mejor profesora de corte y confección de la ciudad. Llegaron el comisario, don Modesto Andrade Oña y los examinadores, Rosita Rosero y don Luis Elías de la Torre, famoso sastre. Yo esperaba tranquila, pues estaba segura de mis conocimientos. Me había vestido para causar la mejor impresión el jurado y a los asistentes.

Con aire imponente, don Luis Elías anunció que la prueba práctica consistía en trazar, cortar y armar un pantalón y una camisa de hombre. No recuerdo bien, pero creo que me puse pálida. Da la casualidad que yo no había estado presente justamente las dos ocasiones en que tía Lucila había impartido esos conocimientos. Haciendo honor a su carácter, no quiso repetir la clase y tuve que aprender en base a los comentarios de mis compañeras de clase. Como

mi especialidad era la ropa de dama, tampoco tuve oportunidad de practicar la confección de prendas masculinas. Sin embargo, no perdí la calma. Ocultando mis emociones, tracé, corté y cosí el pantalón. Modestia aparte, la obra quedo excelente, corte aplomado y medidas precisas. Los concurrentes me brindaron abundantes aplausos.

De manera inusual, mis amigas habían preparado un intermedio musical para bajar tensiones. La interpretación al piano de Lolita Sánchez fue muy festejada y contribuyó a mejorar el ambiente que era tenso en la primera parte.

A continuación, los examinadores iniciaron la ronda de preguntas. Percibía en ellos miradas alentadoras, lo que fortaleció mi confianza. Estaba segura que pasaría la prueba.

"Dígame señorita -inició el señor de la Torre-, ¿cómo hace para calcular la cantidad de tela que debe pedir para un vestido?". Un silencio de expectación se produjo antes de mi respuesta. "Mido el largo del vestido y de la manga. Si tiene algún adorno adicional incremento un poco la cantidad de tela. Mi lema es que mis clientas ahorren en la tela. Pido siempre lo justo". La respuesta fue recibida con aplausos. Don Luis Elías repreguntó: "Y si por algún motivo le sobra tela, ¿qué hace?". Casi no le dejé terminar y le contesté: "Si la clienta es pobre, le devuelvo todo porque a ella le va a servir; si es rica, no le devuelva nada, porque ella seguramente va a desperdiciarla". La respuesta, muy sincera, provocó risas y un enorme aplauso. Eso aumentó mi tranquilidad y confianza.

Toma la posta entonces Rosita Rosero, gran profesional del arte de la costura, quien con su forma delicada de ser, me dice: "Pepita, quiero que me interprete un modelo; corte y arme un corpiño". En esa época estaban de moda los

cortes, los drapeados, las alforzas y los bordados. Con la práctica, me había vuelto experta en interpretar cualquier modelo, por complicado que fuera. "Con mucho gusto Rosita -le contesté-. Dibújeme cualquier modelo ya que no traje figurines". Mi respuesta le impactó. Me acerqué con un papel de trazo y un lápiz pasando del dicho al hecho. Se puso roja del susto. Resulta que el dibujo no estaba entre sus habilidades. Advertí la situación y para salir del paso, le pregunté si yo misma podía dibujar el modelo. Ella me lo agradeció.

Lo extraño de la situación es que a pesar del escaso tiempo que tuve para prepararme y de la advertencia de mi tía y maestra, estaba muy tranquila. Veía las expresiones de tensión y de angustia de familiares y amigos; recordaba el temor y los nervios de quienes pretendían graduarse, pero yo no, muy tranquila. Terminé el corpiño entre los aplausos de los asistentes y las señales de asentimiento de los examinadores.

El examen tomó casi tres horas. Algo inusual. El tribunal procedió a calificarme con sobresaliente, por aclamación. En el momento en que me entregaban el diploma que acreditaba mi condición de profesional en el arte de la moda, ingresó a la sala mi tía Lucila, que recibió las felicitaciones que se merecía. Tras un brindis, me despedí con prisa: estaba muy cansada, tras dos semanas tremendamente agitadas. Apenas llegué a la casa, me desplomé en la cama y me dormí.

Los amigos de la jorga, emocionados por mi grado, que de alguna manera era el suyo, pues por la hermandad existente, si alguien obtenía un triunfo, todos éramos partícipes del mismo, organizaron una fiesta. Sin embargo, mi abuelita Cleofé no me permitió asistir, así que, nadie bailó.

Un giro inesperado

Un día después del grado, una tremenda sorpresa. La madre superiora de La Inmaculada, que estuvo presente en mi grado, emocionada, consultó con la comunidad y decidieron ofertarme el cargo de profesora de corte y confección. No dudé en aceptar la oferta, tanto por el desafío que representaba como por el enorme afecto que sentía por la institución que me formó y en la que pase mis años de infancia y adolescencia. Mi obligación era dictar dos horas de clase diarias. El sueldo era de 150 sucres, una cantidad significativa para la época. Adicionalmente, me permitían asistir a clases de bordado y mecanografía. Una gran propuesta y un giro significativo en mi vida.

Inicié de inmediato mi labor como profesora, lo que me obligó a organizar mi tiempo al centímetro. Tenía las actividades propias del taller de mi tía Lucila: atender a las clientes; tomar medidas; realizar compras; poner pruebas; cortar y coser. Estaban las clases en el colegio y adicionalmente, ayudaba a mi tía en las clases particulares que daba a un grupo de alumnas. Terminé trabajando desde muy temprano en la mañana hasta la noche.

Eso me sirvió para aprender a trabajar duro, día y noche si es preciso, amando las labores que uno desempeña y haciéndolo lo mejor posible. Aprendí que la organización es esencial para no desperdiciar el tiempo, de manera que uno pueda llegar a dar lo mejor de sí en cada trabajo que desempeñe.

Ilusiones, esperanzas, sueños

De la época dorada de mi juventud, nada comparable a la jorga (grupo) de amigos, que en realidad, más que amigos, eran verdaderos hermanos: unidos, solidarios, siem-

pre atentos a las necesidades de los demás. De 1945 a 1949, compartimos tantas vivencias, tantas esperanzas, tantos sueños. Luego, poco a poco, por cuestiones de estudio, de trabajo o de vida, nos fuimos separando. Pero siempre perduró esa amistad, más fuerte que el paso del tiempo.

A la distancia de décadas, aún siguen sus nombres grabados a fuego en la memoria. María y Martha Bonilla Madera; Frandila e Hilda Jarrín; Enriqueta y Ligia Pabón; Betsabé Cabrera y Pepa Aguirre. César Dávila Saa; Mario Lalama; Fabián de la Torre; Pepe Vásquez; Fabián Jarrín; Carlos Almeida; Tocayo Nieto y Rubén Monge. 16 personas únicas, sinceras, solidarias, amorosas e inolvidables.

Amigos desde la adolescencia, aprovechábamos las vacaciones escolares para jugar tenis, pasear en bicicleta, nadar. En la época escolar, nos reuníamos en las tardes, apenas tomada la merienda, cuando conseguíamos permiso de los padres. En mi caso, la palabra final la tenía siempre mi abuela.

Salíamos a la esquina, a conversar. ¡Los minutos, las horas no eran suficientes para tantas cosas sobre las que hablábamos! Ilusiones, esperanzas, sueños, propios de la juventud. Opinábamos sobre todo, en especial, sobre los pequeños acontecimientos de la ciudad: ¿sabías que?, ¿te enteraste de? Y entonces las noticias confirmadas, los rumores y los chismes se agigantaban en el silencio de las calles apenas alumbradas.

El domingo era el día de la matiné. La función de cine era obligatoria para el grupo. Nos reuníamos temprano, poco después del almuerzo y con cierta premura caminábamos hacia el Teatro Municipal, entre bromas y comentarios. El pequeño local se llenaba pronto, por lo que intentábamos conseguir los mejores asientos. Era fascinante acudir a las

funciones de cine. En la oscuridad de la sala, totalmente abstraídos, contemplábamos la pantalla, embelesados por los amores románticos, divertidos por la comedia o asustados por las películas de terror. La mayoría de los filmes presentados eran mexicanos, pero nosotros preferíamos las producciones americanas.

En ocasiones, sin conocimiento de nuestras familias, en vez de ir al cine, armábamos una humorada, es decir un baile, en uno de los salones del Hotel Imbabura, propiedad de la familia de César Dávila. Eran bailes llenos de alegría, sin alcohol ni cigarrillos, solo refrescos para calmar la sed.

Calculábamos la duración de la película y cuando el baile estaba en su apogeo, debíamos salir disparadas hacia nuestras respectivas casas. En esa época, nuestros padres eran sumamente estrictos y si detectaban la escapada, se hubiese terminado para siempre la gloriosa salida a la matiné.

Por mi forma de ser y la seriedad con la que afrontaba el estudio y el trabajo, los padres de mis amigas me tenían una especial confianza. Cuando planificábamos un paseo o una fiesta, yo era la encargada de solicitar el respectivo permiso. Acudía a sus casas, hablaba con su papá, quien daba la autorización para que asistan mis amigas. De otra manera, se quedaban en sus casas.

En una ocasión, Mario Lalama organizó un paseo a la legendaria laguna de Cuicocha. En esos tiempos ello implicaba una buena planificación para el viaje, que tomaba una hora y media en el único bus que en la mañana viajaba de Ibarra a Cotacachi. Luego, contratar transporte hacia la laguna, el cual debía esperar para el retorno. Finalmente, estar a tiempo de regreso en Cotacachi a tiempo para tomar el único bus que iba en dirección a Ibarra en la tarde. Fue-

ron en grupo a pedirme que solicite el permiso para que las amigas puedan participar en el paseo. Pero, por ser día ordinario, por mi trabajo, yo no podía participar. Además, debía entregar un vestido de novia, lo que hacía aún más imposible que vaya con ellos. Me rogaron, suplicaron, incluso Mario, medio en broma, medio en serio, se pudo de rodillas. Pero para mí el deber siempre fui primero y me mantuve firme, hasta que entendieron que no podía ir. Entonces, el grupo de chicas, para conseguir el permiso, inventaron que iba con ellas y con ese argumento convencieron a sus padres de darles el permiso.

Como ocurre siempre que existe un engaño de por medio, algo falla. El vehículo que les llevaba en la tarde desde el lago hacia la ciudad, sufrió un daño y ellos se vieron demorados. A las cinco de la tarde, hora prevista para el regreso, el grupo de amigos no apareció en Ibarra. Pasó una hora, pasaron dos. Al anochecer, la preocupación cundió en los hogares de mis amigos. Como en esa época no existía servicio telefónico en la ciudad, la mamá de Betsabé Cabrera decidió ir a la casa de mis tías a indagar sobre los paseantes. Como es lógico, ocupada en mi tarea de concluir el hermoso vestido de novia, yo no sabía nada. Tocan la puerta de calle y salgo a abrir. El alivio que sintió al verme, pronto se cambió por susto, al comentarle que estaba trabajando y no estaba en el grupo que fue de excursión a Cuicocha.

Sin noticias de mis amigos, esa noche me fue imposible conciliar el sueño. Solo a la mañana siguiente me enteré que finalmente habían llegado, en un carro alquilado, más allá de las ocho de la noche, más asustadas por la perspectiva de la reprimenda de sus autoritarios padres que por la experiencia vivida. Se confirmó el dicho: "Más pronto cae un

mentiroso que un ladrón". A consecuencia de este hecho, en adelante, si yo no pedía permiso, no había ni paseo ni fiesta.

Las ocho amigas, además de las actividades del círculo de amigos, participábamos activamente en la vida social de la ciudad. Con frecuencia nos pedían ser madrinas de equipos deportivos o de clubes; participábamos en desfiles, en carros alegóricos, en fiestas estudiantiles.

Además de mi jorga, por mi carácter, tenía contactos con otros grupos de amigas y amigos, que también fueron importantes en mi vida. Recuerdo de manera especial la relación con los Egas Grijalva: las hermanas María Judith, Pepita y Grace, junto a Darío el hermano mayor. Junto a ellos, Fanny Herrera, Sarita Arturo, Blanca Herrera, Nelson Rosales, Fabián Jijón y Gustavo Grijalva. Otro grupo encantador de amigos sinceros.

Al calor de la amistad, también surgieron los romances, efímeros algunos, trascendentes otros. La caballerosidad y el romanticismo de César Dávila Saa, finalmente me conquistaron. El primer amor, un romance juvenil, lleno de detalles, afecto y promesas de futuro. Tras graduarse del colegio, partió a Quito, para iniciar sus estudios universitarios. La despedida fue triste, pero estábamos convencidos que el afecto superaría ese obstáculo. El venía con frecuencia a Ibarra, tanto como lo permitían sus estudios. En 1949, conteniendo el llanto, me informó que había logrado una beca para estudiar en Francia. Yo me alegré por él, que podía cumplir sus sueños. Días después se alejó de la ciudad que lo vio nacer, dejando atrás el amor, sus amigos y su familia. Al verlo partir, un dolor profundo se instaló en mi corazón. La tristeza que sentía, se atenuaba por sus cartas, que al principio llegaban cada quince días. Eran misivas llenas de

afecto, en las que me contaba su vida en París, los estudios y la cultura en Europa. Pero el tiempo y la distancia son crueles. Poco a poco sus cartas se fueron espaciando, hasta que más de un año después, dejaron de llegar…

Arriba: Grupo de familia. Constan mis tías Anita, Imeldita, Lucilita y Hermelindita y mi mamá Rosita. Abajo: La Rosita y mi hermano Carlos Humberto.

Arriba: Mis amigos de juventud. Abajo: Con mi prima Mercedes y mi hermano.

Segunda parte

Un amor extraordinario

En Salinas de Imbabura.

Una madrugada de enero

Conocí a mi esposo David Andrade Torres, la madrugada del 28 de enero de 1951 en la estación del ferrocarril en Ibarra. Había acudido a despedir a una religiosa que trabajaba conmigo en el Colegio La Inmaculada. Luego de embarcar a la monjita, pasé por la oficina para consultar los horarios y el costo del pasaje en autocarril a Quito. Me atendió cortésmente el señor David, que estaba a cargo de la taquilla. Ese mediodía fuimos con mi tía Lucila para abordar el transporte férreo hacia la capital, pues acudiríamos a la celebración de la primera Fiesta de las Flores y las Frutas en Ambato por invitación de un ahijado de mi tía. Entonces tuvimos la oportunidad de conversar brevemente.

Estuvimos en Ambato de jueves a domingo, disfrutando de las actividades programadas en uno de los primeros intentos de "culturizar" el carnaval, que hasta ese momento se jugaba mojando a las personas en las calles, muchas veces con actitud agresiva. Era distinto el festejo en las casas, donde se programaban bailes, en los cuales también los participantes se mojaban, pero de una manera galante, utilizando en ocasiones cascarones de cera, llenos de agua perfumada, en vez de los globitos de elástico. Luego venía la "secada", que incluía baile y agua de canela, endulzada para los jóvenes y con piquete para los adultos.

Cuando retornamos, alguien me saludó en la estación del ferrocarril, pero como no soy fisonomista, no lo reconocí. La tarde del día siguiente, para mi sorpresa, lo volví a ver caminando por mi barrio. Lo saludé con una inclinación de cabeza. A partir de allí, lo veía caminando por el barrio, con la evidente intención de "toparse" conmigo.

Como era usual en aquellos tiempos, procuré informarme respecto del personaje que rondaba mi esquina. Por una alumna supe que se llamaba David Andrade Torres y que era originario de San Antonio de Ibarra.

Meses atrás había terminado una relación con un señor Segundo Obando, que tenía un almacén de electrodomésticos. Mis tías veían con agrado una formalización de relaciones, pues el, al parecer tenía intenciones muy serias, pero a mí no me gustaron algunas de sus actitudes y comportamientos y di por terminada la relación. Era mejor tomar esa decisión a tiempo, antes que tener una vida llena de complicaciones.

Como parecía inevitable en una ciudad pequeña, días más tarde se produjo un encuentro fortuito. David me lanzó un piropo al pasar. La norma en esos casos era pasar de largo, sin mirar al galanteador, pero no pude evitar tornar mi cabeza para mirarle. El me saludó con un gesto. Nuestras miradas se cruzaron y surgió una chispita de complicidad. Llegué a mi casa inquieta por el encuentro, pero al mismo tiempo, deseando volver a verle. Finalmente surgió una oportunidad para hablar. Era un conversador nato e intuitivo, por lo que el breve encuentro fructificó en una simpatía mutua. Me invitó a tomar un helado al día siguiente. Esperé con ansias que las horas pasasen. Nos encontramos en la heladería y naturalmente se despertó un sentimiento, cuando él rozó mi mano. Me invitó al cine, lo cual implicaba el inicio de una relación. Le contesté que me dejara pensarlo. ¡Así eran los romances de aquellos tiempos!

Mi respuesta tomó algunos días. El, persistente, seguía rondando la esquina. Finalmente acepté. No logro recordar la película. Lo que se quedó para siempre en la memoria,

fue el retorno a mi casa. Caminamos lentamente las escasas seis cuadras, como dilatando el tiempo, en espera de una decisión inevitable. Al llegar, sin aviso previo, me robó un beso. Fue el inicio de un amor extraordinario.

Una decisión para toda la vida

David era un joven correcto, gentil y amoroso. Siempre preocupado de los detalles. Fueron un año y seis meses de efusiones y reflexiones. Una linda temporada para forjar ilusiones, hacer planes, pensar en el futuro. Ese amor sin par, finalmente se formalizó. En una solemne reunión, en la sala de la casona familiar, él pidió mi mano, con el beneplácito de mi abuela, mi madre, tías y tíos. Tras el brindis, con el vino Cora que se acostumbraba, empezamos a planificar una boda que sería la culminación de nuestros sueños.

Empezaron los preparativos. Con mi tía Lucila escogimos el vestido, sobrio pero elegante. Con enorme ilusión participé en la confección de esa prenda cuyo intenso simbolismo da cuenta del inicio de una nueva etapa en la vida. Por nuestra forma de ser, pretendíamos un matrimonio sencillo, rodeados del afecto de las dos familias. Así ocurrió con la ceremonia civil, tras la cual se realizó una pequeña reunión en familia: un café acompañado de las delicias culinarias de mi tía Hermelinda. Tras la conversación y los buenos augurios, David y su familia se retiraron. Esa noche fue difícil dormir. Al peso de la decisión, que comprometía el resto de la vida, se sumaban la incertidumbre y la emoción.

Una multitud

Sin embargo, al día siguiente, jueves 18 de septiembre de 1952, cerca de las ocho de la noche, el templo de la Terce-

ra Orden, que estaba muy cerca de la Iglesia de San Francisco, presentaba un panorama inusual. Una verdadera multitud copaba el pequeño recinto religioso. Había personas incluso en el exterior.

Las primeras filas del recinto estaban ocupadas por los familiares de los novios y los pocos amigos que habíamos invitado. El resto fue copado por vecinos y curiosos que deseaban acompañarnos y estar presentes en la ceremonia. Todos habían ido para presenciar el matrimonio de la Pepita Aguirre.

No sin dificultad, en medio de los buenos augurios de todos, logré llegar al altar, donde me esperaba quien sería el compañero de mi vida. Junto a él, para mi sorpresa, no uno, sino tres sacerdotes.

Mi familia, en especial mis tías, tenían una gran amistad con el doctor Vicente Ponce, párroco de San Francisco. El carismático sacerdote, cuya pasión por la religión lo llevaría a construir una obra monumental, la Basílica de la Dolorosa, se encontraba esos días fuera de Ibarra en un retiro, por lo que opté por enviarle una misiva comunicándole de mi matrimonio. Acudimos entonces a pedirle que celebre el matrimonio al por entonces joven sacerdote Leónidas Proaño, con quien había colaborado en misiones de ayuda social y que era amigo de David, por haber nacido ambos en San Antonio de Ibarra. El aceptó encantado. Esperábamos por tanto que la ceremonia religiosa estuviese presidida por el padre Proaño. Sin embargo, el impulsivo doctor Ponce, fiel a su carácter, dejó en suspenso el retiro y acompañado de otro amigo sacerdote viajó a Ibarra para estar presente en la boda. Y de esa manera, recibimos la bendición de tres discípulos de Cristo.

Tras la ceremonia, buena parte de los presentes nos acompañaron hasta la casa de mi tía Imelda de Rosero y de alguna forma participaron en el brindis por la felicidad del nuevo matrimonio. Una vez recibidas las felicitaciones, acompañadas de abrazos y besos, los invitados y la familia disfrutamos de una velada sorpresa. El grupo musical de Fernando Pabón, que yo había contratado para acompañar, bellamente por cierto, la misa, se había desplazado también hacia el sitio del brindis. Gentilmente nos acompañaron también en la comida y, más tarde, iniciaron un baile que se prolongó toda la noche. Allí conocí las habilidades de don David para la danza, que expresaba su enorme ansía de vivir.

La luna de miel

Nuestra vida en común se inició con un viaje de luna de miel hacia Salinas. A las cinco de la mañana del día siguiente al matrimonio, salimos en autocarril hacia Quito, en donde pernoctamos.

El viaje en los pequeños y ruidosos autocarriles de la época era en verdad una aventura, pero al mismo tiempo una delicia. Viajar de Ibarra a Quito tomaba unas seis horas. El prolongado viaje permitía contemplar los excepcionales paisajes de Imbabura. En cada parada, una ciudad, un pequeño pueblito. Las esperas, en algunos casos prolongadas para propiciar el ingreso de pasajeros y acomodar la carga, permitía disfrutar de la gastronomía de cada población: fritadas en Andrade Marín; café o leche con pan de dulce en Otavalo; bizcochos con queso de hoja en Cayambe; chirimoyas en Guayllabamba…

Al día siguiente, viajamos en tren hasta Riobamba y el domingo llegamos a Guayaquil. Dedicamos el lunes a

descansar y a conocer el puerto principal, con sus casas al filo del río, sus olores intensos, el calor y la humedad. Finalmente el martes arribamos hasta Salinas, utilizando un automóvil de alquiler para trasladarnos hasta la península de Santa Elena.

La inmensidad del mar, esa sensación de insignificancia que sentimos frente a la grandiosidad de la naturaleza, es mi primer recuerdo de la por entonces pequeña ciudad de pescadores, en ese momento casi deshabitada, pues había terminado la temporada vacacional. Disfrutamos enormemente de la mutua compañía en la inmensa soledad.

Una vida distinta

Una semana más tarde estábamos de vuelta de la luna de miel. Nuestro destino era otro Salinas, en Imbabura, una pequeña población en la cual mi esposo trabajaría como jefe de estación.

Desembarcamos en San Antonio al retornar. Fui muy bien recibida por la familia de David. Una deliciosa comida fue el antecedente para que mi presentación a los familiares directos, que desfilaron a lo largo de la tarde por la casa de don Camilo y doña María, mis suegros, a pocos pasos de la plaza principal.

Terminado el saludo protocolario, la señora María me llamó y puso en mis manos un atado de ropa. "Es de su marido. Ya está lavada.", me dijo con autoridad. Al inicio no entendí el propósito de la entrega. "Para que la planche", me aclaró. Este sencillo acto me colocó de inmediato en la nueva realidad del matrimonio. Había estado acostumbrada a tener todas mis cosas listas, pues siempre hubo dos personas contratadas para las labores domésticas en

la casa de mis tías, donde viví desde niña. La una, Rosario, se desempeñaba en la cocina y por la tarde planchaba toda la ropa; la otra, Rebeca, barría, arreglaba los cuartos y lavaba la ropa. Nunca me había preocupado de cocinar, planchar, lavar o limpiar la casa. Solo mis estudios y el trabajo eran mis ocupaciones hasta entonces.

Con el fardo de ropa en los brazos, me quedé un momento en blanco. Entonces me di cuenta que no estaba preparada para las duras tareas de llevar adelante una familia. No sabía cocinar, ni lavar, ni planchar. Un par de lágrimas, pugnaron por aparecer, pero las reprimí. Respiré hondo y me hice la promesa de aprender, lo más rápido posible. En broma, mi marido decía que por entonces sabía hacer una rica agua tibia. Pero aprendí pronto. Tanto que uno de mis placeres es cocinar, aún ahora en el ocaso de mi vida.

Los primeros tiempos

Salinas de Imbabura, un pequeño pueblo construido en base a la caña de azúcar y la explotación de la sal artesanal. En la planicie árida, cubierta mayormente por espinos y cactos, excepto en las zonas con riego, se levantaban polvaredas en las tardes y silbaba el viento en las noches, en que la temperatura bajaba considerablemente, tras el calor de los días soleados. La tierra, rica en sal, era utilizada para "cocinarla" y extraer de ella los residuos salobres para confeccionar "hormas" de sal que eran comercializadas en el centro y norte del país. Era común por esa época contemplar a personas con bocio (coto en la palabra quechua) a consecuencia de la falta de yodo, que este tipo de sal no proveía. Con el uso de sal yodada, se erradicó el problema.

En ese ambiente seco y transparente hice mi aprendizaje como ama de casa. David fue muy paciente en la enseñanza de los rudimentos de cocina imprescindibles. Con él aprendí también a compartir no solo las tareas del hogar, sino a apoyarle en su trabajo cotidiano: emitir boletos, realizar tareas administrativas, dar órdenes para el cruce de trenes, recibir la carga.

Un apoyo importante en esa primera etapa fue mi suegro, don Camilo Andrade Melo. Tuvo una vida complicada, llena de peripecias, que le otorgó calma y sabiduría en sus años de madurez. Rentaba una pequeña finca en el valle de Salinas e hizo todo lo posible por apoyar nuestro crecimiento como pareja, con sus sabios consejos. Él nos proveía de la leche que tenía un sabor especial, totalmente distinto, debido a que las vacas consumían plantas de sábila y espino y lamían el suelo salobre; así como quesos y granos que producía.

Por aquél entonces, mi suegra, doña María, decidió dejar, temporalmente, su amado San Antonio y fue a vivir en Salinas. Eso nos permitió conocernos mejor y compartir tareas entrañables, como la de hacer pan, en un horno a leña de espino, con un sabor delicioso.

Esa vida apacible, pronto se vio completada con el nacimiento de nuestro primogénito, David Patricio, el primer viernes de junio de 1953, en la casa de mis tías en Ibarra. Cuidar a un niño constituyó otra etapa de aprendizaje, un ritmo de vida nuevo. Las malas noches y la constante inspección del bebé, propia de una madre primeriza, se compensaba con la enorme felicidad de la maternidad.

La vida, casi idílica, en Salinas, duró apenas un año. En septiembre, la empresa de ferrocarriles decidió el retorno

de David a Ibarra. La ilusión de volver a vivir en la capital de Imbabura, se opacó levemente con los problemas del traslado y la ambientación, ya con un niño. Nos instalamos en un departamento en la casa de la familia Novoa situada en las calles Olmedo y Oviedo, para más tarde ubicarnos en un departamento en la casa de don Amado Espinoza en la calle Pedro Moncayo.

El trabajo de David le tomaba todo el día, por lo que ahora, sin ayuda, debía afrontar todas las responsabilidades del hogar. Incluso, poco a poco, fui retomando ciertas labores de mi profesión, con el fin de complementar los ingresos.

En esa casa nació el segundo de los hijos que Dios me envió, mi Pepito. José Xavier, vino al mundo el 21 de noviembre de 1954, día de la virgen de El Quinche. A las dos de la mañana sentí los primeros dolores. Le desperté a David para que fuera a traer a la señorita Olimpia Gudiño, la obstetriz que iba a atenderme en el parto. David fue presuroso a su casa, pero debió insistir mucho hasta que la señorita Olimpia finalmente abrió la puerta. Otra demora hasta que ella se aliste y prepare su instrumental. Pero mi hijo, apuradito, no quiso esperar. Nació solo; lo tomé en brazos y lo arropé. En ese instante ingresó la señorita Olimpia y casi se desmaya del susto. Rápidamente cortó el cordón umbilical, limpió al bebé y me atendió a mí. Como me conocía desde pequeña, solo atinó a decir: "Jesús, ¡qué fuerte que ha sido la Pepita!".

Nuestro segundo hijo debió llamarse Francisco Xavier. Me gustaba el nombre y David estuvo de acuerdo. Sin embargo, cuando fue a inscribirlo en el Registro Civil, decidió cambiarlo por José, como un homenaje a mí. Cuando llegó,

contento, me informó del cambio y yo, espontáneamente le dije: "Vamos a tener un hijo travieso". Y así fue. Pero siempre compensó su carácter con un corazón noble y un comportamiento afectuoso.

Pronto logramos estabilizar nuestra vida en Ibarra. El jefe de familia en su oficina, trabajando todo el día. Yo en mi casa, recibía encargo de obras para coser y de esa manera poder cuidar a los hijos. Como era usual en aquellos tiempos, contratamos a una empleada para cocinar y lavar.

Desde el primer momento mantuve la ilusión de tener una casa propia. Nos ofrecieron una frente a la Escuela de los Hermanos Cristianos. Decidimos cambiarnos para probar las condiciones de la casa y, también, para ver si el ingreso y salida de tantos chiquillos no constituía mucha molestia. Pero unas cosas son las que uno propone y, a veces, otras las que Dios dispone.

Rumbo a la montaña

Por su carácter íntegro y su don de gentes, David siempre fue bien considerado por sus amigos y compañeros de trabajo. Le resultaba imposible callarse cuando veía una injusticia o mal comportamiento. En los primeros meses de 1955 era presidente del sindicato de trabajadores del ferrocarril en Ibarra. Uno de los males endémicos de la administración pública de esos tiempos era la falta de pago oportuno de los haberes. Los atrasos eran habitualmente de dos, tres y hasta cuatro meses, lo que afectaba brutalmente la economía de los hogares que muchas veces tenían situaciones de hambre, pues ya no conseguían que los comerciantes les proporcionen alimentos fiados. En nuestro caso, con mi trabajo solventábamos gastos esenciales, en especial comi-

da y arriendo, a la espera que la empresa cancele el sueldo de David.

Esa falta de pago, al volverse consuetudinaria, poco a poco afectó la actividad misma de la empresa y el ánimo de los trabajadores que decidieron hacer la primera huelga en la historia del Ferrocarril del Norte. Paralizadas las actividades, se suspendió la principal forma de transporte de pasajeros y carga hacia Quito y hacia el límite con la provincia de Esmeraldas.

Al tercer día del paro, fiel a su carácter, el presidente José María Velasco Ibarra decidió romper la huelga. Abordó un tren y acompañado de efectivos de la Policía y el Ejército, avanzó hasta Ibarra, ordenando en cada estación que se reinicien las actividades. Finalmente los trabajadores depusieron su actitud.

La empresa, envalentonada, decidió castigar a los directivos del paro. No los despidió, pero los envió a destinos alejados de la capital de Imbabura. En nuestro caso, David fue designado "jefe" de la estación de Guallupe (ahora denominada La Carolina), un pequeño caserío en plena montaña, que en ese entonces carecía de los servicios más elementales.

Aunque mi esposo, tomando en consideración que teníamos dos hijos, insinuó que me quedase a vivir en Ibarra, yo consideré que era mi obligación acompañarle. Así que, hicimos las maletas y allá fuimos.

La primera impresión fue no solo desoladora, sino angustiante. En realidad no había estación. Una pequeña caseta con una bodega minúscula era todo lo que la empresa le proveía al jefe de estación. Una cuantas casas desperdigadas a lo largo de la vía. A casi un kilómetro, el río Mira que

bajaba turbulento en ocasiones y en otras pacífico, desde las montañas de Pimampiro. Un puente colgante permitía llegar hacia la otra orilla, en donde estaba la población, un pequeño conjunto de casas alrededor de una plaza desolada. Los pobladores de Guallupe vivían de la explotación de la madera y de la agricultura de subsistencia. La exuberancia de la zona tropical les permitía cosechar todo el año yuca, maíz y camote, así como frutas: guayabas, papayas, guanábanas, guabas. Una parte de la cosecha se enviaba hacia el mercado de Ibarra utilizando el ferrocarril.

Cuando llegamos y comprobamos las condiciones de la vida en ese pequeño puesto en medio de la nada, nos llenamos de angustia. No había casa, ni comodidades para los hijos. Vivir en el pueblo era impensable por la distancia que impediría una adecuada atención a los pasajeros y clientes.

A un costado de la vía se encontraban dos vagones de ferrocarril que no estaban en uso. Decidimos arreglarlos para convertir uno de ellos en oficina y taquilla y el otro en dormitorio-cocina-comedor.

Hicimos lo posible por adornar ese hogar improvisado y de alguna manera lo conseguimos. Sin embargo, la estructura totalmente metálica de los vagones volvía al clima aún más extremo de lo que era. El sol del mediodía convertía en un horno el interior, por lo que llevaba a los bebés al río a refrescarse y procuraba que duerman la siesta en hamacas improvisadas que colgaban de un árbol de las inmediaciones de la estación. En la noche, el frío de la montaña se acrecentaba en la inmensidad metálica de los furgones.

Lo más complicado fue acostumbrarse a las condiciones de vida en las estribaciones subtropicales de la montaña. Los insectos eran un problema grande, especialmente

para los niños. Las picaduras se convertían en ronchas y más tarde en heridas abiertas a consecuencia del clima y de las inquietas manos infantiles que no dejaban de rascar. No había atención médica disponible en ninguna de las estaciones cercanas. En caso de emergencias, se debía esperar al siguiente tren o autocarril para llevar al enfermo a Ibarra. La espera, en ocasiones resultaba fatal.

Lo más seguro era acudir a las antiguas recetas de la herbolaria tradicional. La agüita de hierbas terminó siendo el remedio preferido para tratar una variedad de males, desde el dolor de barriga hasta la fiebre. El emplasto para las heridas. El clavo de olor para el dolor de muelas. Y mantener como un tesoro, las pocas medicinas que se podían almacenar sin refrigeración en el clima tropical. El Mejoral servía para muchos dolores, menos el del corazón. La Benzoparegorica para el dolor de estómago y los cólicos. La Cafiaspirina para el dolor de cabeza y el malestar. El Sulfatiazol para las infecciones; la pastilla molida se usaba para curar heridas menores. Aunque parezca fantasía, se vendían píldoras de éter, capsulas blandas que se abrían para aplacar dolores fuertes, especialmente el de oído. Para otras dolencias, la bendición del padre Tiempo.

Conservar los alimentos era otra de las proezas de la vida en la montaña. No había electricidad, por lo cual todo debía conservarse cerrado y sellado. La poca carne que se consumía se salaba y curaba al sol, el *charqui*, que venía de una antigua tradición indígena.

Los roedores, en especial ratas negras y gigantes, aparecían en las noches para acabar con las reservas de cereales de los agricultores o los alimentos de las casas. En el vagón, cualquier alimento que se dejaba sin protección desapare-

cía en las noches. Las pocas veces que pusimos la carne seca en un alambre a cierta altura, confiando en que eso evitaría la acción de los roedores, fracasamos. Se daban modos para caminar en el alambre, cual funambulistas, para darse un atracón con nuestro almuerzo del día siguiente. El asco que les tenía, sumado al miedo de que atacasen a los niños, me tenía muchas noches en vela, escuchando los atemorizantes sonidos de la espesura.

Con la persistencia que da la desesperación, David por una parte y yo por otra, pedimos, suplicamos, importunamos a los directivos del ferrocarril para que nos dotasen de una vivienda, por pequeña que fuese. Ningún resultado. Cómodamente instalados en sus oficinas de Quito o de Ibarra, los gerentes jamás se interesaron por solucionar el acuciante problema de un empleado y su familia que vivían en un vagón, allá, en el otro Ecuador, el de los pequeños pueblitos en la Costa, Sierra u Oriente, cuyos pobladores estaban abandonados a su suerte, sin los servicios elementales, sin salud, ni educación, ni trabajo.

Finalmente buenos amigos de David y el corazón generoso de los ingenieros de la compañía italiana Ciave, que estaba a cargo de la construcción del ferrocarril a San Lorenzo, que ya se adentraba en la selva esmeraldeña, para cumplir con el sueño de los ibarreños de llegar al mar, permitió la adecuación de una pequeña caseta para nuestra vivienda. La arreglamos y la convertimos en nuestro hogar, dejando, tras largos meses, la hostil protección que os otorgaban los vagones del tren.

Solucionado el problema más importante, volví a emprender con negocios paralelos, que eran indispensables para asegurar el sustento, dado el permanente atraso en los

pagos a los empleados del ferrocarril, problema que seguía sin solución.

Decidimos instalar una pequeña tienda que ofertaba los alimentos más esenciales: arroz, azúcar, harinas, fideos, atún, sardinas, sal. Poco a poco fue creciendo con vegetales que eran tan escasos en la montaña. Lo combinamos con el negocio de la madera. Aprendí a conocer los distintos tipos de madera y su calidad, en especial a advertir si se había secado adecuadamente. Salía cada quince días a Ibarra, con mis dos hijos aún muy pequeños, llevando madera y frutas en el tren. En la estación, entregaba la madera y las frutas a comerciantes que ya conocía y con ese dinero adquiría los productos para la pequeña tiendita que rápidamente había prosperado y atendía no solo a los habitantes de Guallupe, sino de otras estaciones cercanas.

Estabilizada la economía familiar, la vida se desarrollaba con amor y tranquilidad. Los niños se habían habituado al calor y los insectos. Disfrutaban de la sencilla vida en el campo. Debía tener algo más de cuidado con el primero, que a pesar de tener un ligero impedimento para caminar, era bastante travieso. Cuando debía ir por agua al río Blanco, que era mucho más limpio que el Chota, o cuando lavaba la ropa, lo dejaba sentado junto al padre, atendiendo a los clientes del ferrocarril o lo ataba con una cuerda a mi cintura para evitar algún accidente.

Esa costumbre la adquirí desde que, cuando tenía poco un año y medio y aún vivíamos en Ibarra, lo dejé un par de minutos solo para ir a comprar algo en la tienda y lo encontré ensangrentado. Había empujado una silla y se había subido a la mesa del comedor, para jugar con una azucarera de cristal. Seguramente la empujó con demasiada fuerza y

la azucarera cayó, estrellándose en el piso. El, asustado, se asomó a contemplar el desastre y sumó otro desastre mayor: se cayó de la mesa, justo encima de los pedazos de vidrio y los restos de azúcar. Cuando llegué, me llevé el susto de la vida. Pasamos el resto de la mañana en el hospital en donde le curaron las heridas y retiraron los fragmentos de vidrio incrustados en su cabecita.

Pepito era mucho más tranquilo. Le gustaba conversar, en su media lengua mientras cocinaba o limpiaba la casa. Cuando pasaba el tren, lo miraba desde la ventana hasta que se marchaba. Entonces pedía salir fuera para jugar. Yo lo cuidaba de lejos, sin mayores preocupaciones.

Poco a poco el Pepito se animaba a salir a caminar con su hermano por los pequeños senderos de la montaña. Tenían prohibido caminar por las vías del tren y alejarse más de cien metros de la estación. Una tarde, vi a mi hijo mayor jugando solo en la tierra, con unos trozos de madera. "¿Dónde está tu hermano?", le pregunté. "Adentro", me contestó. Sentí de inmediato que algo andaba mal. No lo había visto en más de media hora. Era imposible no verlo en la pequeña habitación. Me llené de angustia. Pensaba en las posibilidades y todas eran muy peligrosas: que se hubiese perdido en la montaña; que se hubiese ido solo al río o caminando por las rieles. Desesperada, corrí a avisar a mi marido.

El, más tranquilo, me ordenó dejar seguros a los otros dos hijos y salió a recorrer el camino que llevaba al río, dando voces y deteniendo a verificar en los pequeños senderos que llevaban a los sembríos vecinos.

Por mi parte, recorrí y volví a recorrer la vía del tren, preguntando a los escasos vecinos si habían visto a mi hiji-

to. Todas las respuestas eran negativas. La tarde terminaba y la angustia crecía y crecía. Pude ver que el Davidcito regresaba y el alma se me vino al piso cuando vi que retornaba solo, con la preocupación en su rostro. La noche caía y decidimos cambiar de tarea: él iría por las vías del tren y yo por el camino del río. Gritaba su nombre, repetidamente, sin respuesta. De pronto, unas lejanas risas de niños me llamaron la atención. Me interné en una pequeña trocha y divisé una choza en la semioscuridad. Era la casa de la familia Delgado. Allí, alrededor de una fogata, tres niños de esa familia y mi Pepito. Comían alegremente trozos de yuca con sal. Y se reían. Mi preocupación explotó al mismo tiempo que mi alivio. Con algo de brusquedad sujeté al travieso, mientras le daba las gracias a la dueña de casa por cuidar a mi hijo. "No se preocupe", me dijo. "A él le gusta jugar con mis hijos". A volandas lo llevé a la caseta en que vivíamos, advirtiéndole en el camino que nunca, nunca volviera a ir solo a ninguna parte. Al llegar, encontré al mayor cuidando con cariño a su hermana, que tenia aún lágrimas en sus mejillas. El alivio fue total cuando regresó David, cuando ya era noche cerrada y su rostro se llenó de alegría al ver a sus hijos, juntos, sonriéndole.

La encrucijada

La minúscula tienda en la estación del ferrocarril nos había permitido alcanzar cierta tranquilidad económica, pero los gastos se incrementaban a medida que la familia crecía. El 6 de junio de 1956 se sumó a la familia una linda muñeca, muy parecida a su padre, nuestra hijita **María Elena de la Dolorosa**. La familia crecía y las responsabilidades también.

Algunas veces discutimos el tema con mi marido. El, con su espíritu aventurero, se ilusionaba con cambiar de actividades. Pero finalmente se imponía mi espíritu práctico, que buscaba crecer a partir de lo que ya teníamos, es decir no abandonar el trabajo en el ferrocarril y las actividades de compraventa que estaban a mi cargo.

Atender a tres niños, el pequeño negocio y la venta de la madera, resultaba agotador, pero gratificante. Los niños crecían sin mayores sobresaltos. Habíamos logrado superar la enfermedad del primogénito que nació con su pie izquierdo un poco deforme. La celebración de un congreso de medicina en el Hospital de Ibarra y la presencia en él del doctor Augusto Bonilla, quien se había especializado en cirugía reconstructiva en el exterior, permitió que se realice la operación de mi hijo, como una demostración para los médicos y estudiantes que participaban del evento.

Fue como un milagro ver al pequeño, aún con las férulas y el yeso que le colocaron para mantener la posición del pie, caminar, con dificultad, pero totalmente erguido. A pesar de su corta edad, soportó estoicamente la operación y el tratamiento. Bueno casi todo el tratamiento. En algún momento, para quitarse la comezón, introdujo un agujón en el yeso y con él, se rascaba a escondidas. Sin advertirlo, se hizo una herida, que a consecuencia del calor y la humedad al interior del yeso, se infectó. Empezó a manifestar dolores en la pierna operada y una leve fiebre. Una visita al médico no solucionó nada, pues lo atribuyó a la evolución normal de la pierna operada. La intuición de mi marido y su necedad, impulsaron una segunda visita, a otro médico, el cual detectó, al extender el yeso, el olor característico de una infección. El médico debió abrir la

escayola y encontró el tobillo y el pie con una severa infección que debió ser curada de urgencia. Tras el tratamiento, se colocó un nuevo yeso y el chico fue dado de alta con la advertencia que no vuelva a introducir ningún objeto en la protección y, en lo posible, que no intente caminar con ella. Inútil advertencia. Feliz de poder caminar normalmente, se paseaba por la casa de mis tías en Ibarra o en los alrededores de la estación en Guallupe, hasta desgastar la planta de la bota de yeso que le llegaba hasta la rodilla. Hubo que reemplazar el vendaje al menos un par de veces, para evitar nuevas infecciones.

Transcurrió más de un año y empezamos a analizar un tema difícil de resolver: la escuela para los hijos. En ese momento no había una escuela en Guallupe. El establecimiento más cercano estaba en Salinas, lo que hacía imposible que el hijo mayor pudiese acudir todos los días a clases. La opción de irme a vivir a Ibarra con los niños y dejar solo a mi marido, no me gustaba. Las gestiones realizadas con la empresa para conseguir un traslado fueron infructuosas y el tiempo corría.

La preocupación se incrementó cuando el médico me confirmó que esperaba mi cuarto hijo. Notaba a don David pensativo, preocupado. Una mañana me dijo que se iba a visitar a su papá en su finca en Salinas. Me encargó el despacho en la estación y se embarcó en el autocarril.

A la noche regresó con otro semblante. Con carita de "yo no fui". Mientras merendábamos soltó la bomba: "Sabes Pepita que resolvimos con mi papá que nos separemos del ferrocarril y nos pongamos a trabajar por cuenta propia". La noticia me impactó. En mi mente primaba la seguridad, un ingreso fijo que mal o bien llegaba, los negocios que iban mejorando, ¿cómo dejar todo para iniciar de cero?

"Nos vamos a vivir en San Antonio, arrendaremos la casa de mi hermano Nelson y nos ponemos una tienda", agregó David, contándome todo el plan que había forjado con don Camilo. Lo contemplé en silencio por un largo rato. Luego puse mis reparos: "¿Pero, de qué vamos a vivir hasta que el negocio tenga resultados? Hay que pensar que tenemos tres hijos y un cuarto en camino. ¿Cómo sabes que nos va a ir bien con la tienda? ¿No sería mejor que…?" Mis objeciones topaban con una pared. Sabía que por su carácter, cuando tomaba una decisión, era muy difícil que diera marcha atrás. Decidí que lo mejor era esperar.

Sin embargo, pocas semanas después el tema no tuvo marcha atrás. Impulsivamente, David notificó a la empresa y puso su renuncia. Yo soy una persona de fe. Puse este cambio de vida en manos de Dios. Él hizo lo demás… Nos ayudó para salir adelante.

El domingo 1 de diciembre salimos de Guallupe con nuestros pocos efectos personales, los artículos que aún teníamos en la pequeña tienda y los tres hijos. Al llegar a Ibarra, nos miramos por un instante y, como siempre, supimos que juntos lograríamos salir adelante.

Alquilamos un pequeño camión para llevar nuestras cosas a San Antonio. Me acomodé con los niños en la cabina, mientras David iba en la parte de atrás, disfrutando de la aventura. Cuando el antiguo vehículo, de color negro, subía trabajosamente por la carretera empedrada, ingresando a San Antonio, sentí que la vida nos daba otra oportunidad. Regresé a ver a mi esposo y él tenía una mirada de determinación.

Nuestra llegada fue recibida con curiosidad por los habitantes de San Antonio de Ibarra. El vehículo se parqueó

en la esquina norte del parque principal, en la calle principal de la población, en la cual estaba la casa de mi cuñado. Desde las puertas de calle o las ventanas, contemplaban el trasteo. El mobiliario era escueto: dos camas, un velador, una mesa de comedor, una cuna y los utensilios de cocina. Miraban además que se desembarcaban los productos que darían inicio al negocio: un quintal de arroz, uno de harina y otro de azúcar; un par de cajas de madera con fideos; las frutas de estación que traíamos desde la montaña que habíamos dejado; una balanza antigua con sus pesas. Acomodé a los dos hijos menores en una estera en lo que sería el dormitorio, mientras nuestro hijo mayor intentaba ayudar a la mudanza. Pronto se acercaron los vecinos a saludar al David "panucha", apodo que había heredado de don Camilo. Pronto el ambiente se volvió cordial, pues las personas tenían aprecio a mi marido, que se había ido muy joven del pueblo para trabajar. Fue un gran alivio recibir los saludos, Aproveché para anunciarles la inminente apertura de la tienda de abarrotes.

Cuando terminó la mudanza, fui a atender a mis niños y me encontré que estaban acompañados de sus primos Gustavo y Estela. Por largos años compartiríamos la casa con la familia de Nelson Andrade.

Los siguientes días fueron de intenso ajetreo pues debíamos poner en marcha lo antes posible el negocio. Unas estanterías que nos proporcionó mi suegra doña María y otras que confeccionó David, un antiguo mostrador y un baúl de lata, eran todo el mobiliario de la pequeña tienda que queríamos abrir en unos días. Los productos se exhibían en sus empaques originales, costales de yute o de tela, cajones de madera y cajas de cartón.

Iniciamos el negocio con las normas que serían la base de todas nuestras actividades comerciales en el futuro: productos de calidad, al mejor precio posible, atención cordial y personalizada, tratar al cliente como amigo, fueron las llaves de la consolidación de este emprendimiento.

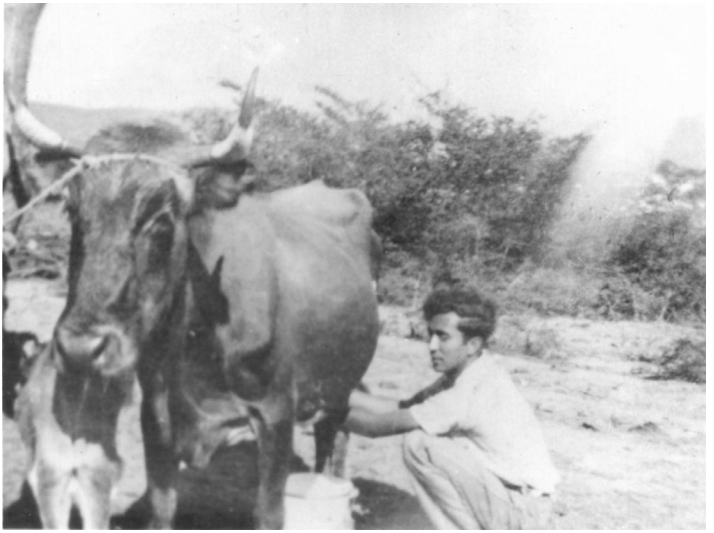
La tienda estaba a punto de iniciar sus actividades cuando llegó el advenimiento de una bella nenita, **Mónica Elizabeth del Carmen**, el 21 de diciembre de 1957, a las ocho de la mañana.

Ese día viernes, en la madrugada, sentí los primeros dolores del parto. Esperé que amanezca. Me bañé y emprendimos el viaje a Ibarra. En el camino le pedí a mi marido que no avisara a mis tías de la proximidad del parto. Llegamos al hospital y pregunté por el doctor Julio Larrea, pariente mío que me iba a atender en el parto. Sale el Julito volando. Después de saludarle, le digo: "Ya vengo a dar a luz". El, pensando que era una broma, me remeda "ya vengo a dar a luz, ya vengo a dar a luz". Más mirando mi seriedad, prosigue; "Y por qué no gritas ni estás desencajada, vienes toda sonriente". Yo le expliqué que esa era mi forma de ser. "Bueno, agregó, no seas malita, déjame desayunar y luego te atiendo". Asentí y le dije: "Julito, tómate tu tiempo; yo espero". El médico ordenó a las enfermeras que me preparen y luego le avisen. Lo chistoso es que el pobre apenas pudo endulzar su café cuando le notificaron que yo estaba en proceso de parto.

Recibí una atención estupenda del doctor Larrea a lo largo de los tres días que permanecí en el hospital. Mi familia materna tenía una relación estrecha con los Larrea y yo con Julio por la cercanía en edad. Más tarde, él me ponía de ejemplo a otras parturientas, por mi actitud serena

para enfrentar todo el proceso del parto, especialmente los dolores.

El día siguiente, sábado 22 de diciembre, David abrió el negocio en San Antonio. Tras salir del hospital, descansé una semana y de inmediato me puse a trabajar en la tienda. En esos tiempos en que las parturientas pasaban meses sin salir de casa, sometidas a "dietas" de muchas calorías para tener fuerzas para amamantar al bebé, a todas las personas, incluso a los médicos, les causaba sorpresa y admiración que en apenas quince días ya estuviese trabajando. Pero así eran las condiciones de nuestra vida.



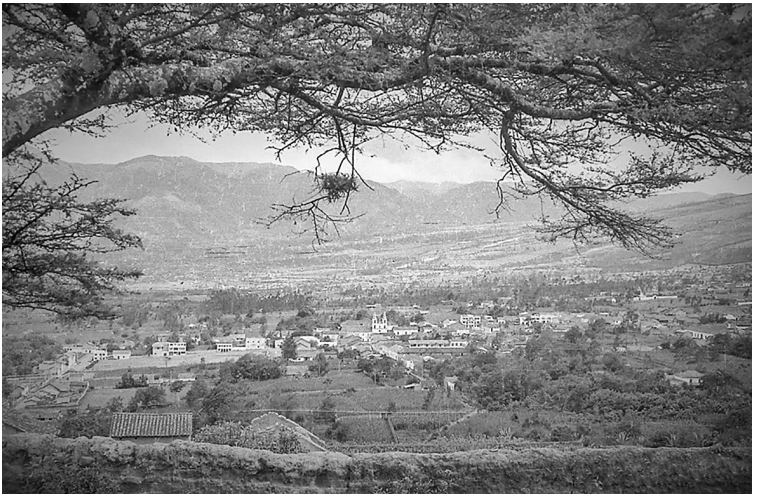
David en el campo, Salinas 1954.

Arriba: Una vida distinta, Salinas 1954. Abajo: En el río Mira, David y Pepe, Guallupe 1956.

Arriba: Ibarra, 1954. Abajo: Ibarra 1956, David, José y María Elena.

Tercera parte

San Antonio de Ibarra



San Antonio en los años sesenta. Fotografía: Pepe Placencia.

Una población encantadora

En aquellos años era un pueblo pequeño y amable de casas bajas con techo de tejas. La vieja carretera empedrada, serpenteaba desde Ibarra; pasando por El Ejido; subiendo hacia la Florida; bajando luego hacia el Milagro y Chorlaví; trepando trabajosamente por Moras hasta llegar a San Antonio.

Unas cuantas casas aisladas daban la bienvenida a la población. Una curva cerrada daba acceso directo a la carretera que allí, se convertía en la calle principal de la parroquia. A la derecha, el estadio. Una cancha de tierra con un pequeño graderío en su extremo sur. Se utilizaba durante la semana para practicar la pelota nacional, ese deporte que exigía una enorme fuerza para levantar y jugar con un guante, una rodela de madera cubierta por una cara con clavos de acero de 10 centímetros de largo, con un peso de alrededor de 30 libras.

Del estadio a la estación del tren había unas ocho cuadras. A lo ancho, seis cuadras escuetas. La iglesia, ubicada casi a la entrada del pueblo, se destacaba por la colección de tallas religiosas atribuidas a las manos de los primeros escultores: los Reyes. De manera inusual, no se ubicaba en la plaza principal, sino una cuadra más abajo. Es posible que se deba a los estragos del terremoto de 1868 que había devastado buena parte de la provincia. A las espaldas de la iglesia, el viejo cementerio, ya en desuso, cuya puerta trasera, que permanecía siempre cerrada, daba a la plaza, un espacio cuadrangular, dominado por el monumento a los héroes de la independencia, una de cuyas batallas se había librado justamente en el pueblo, con un desenlace fatal

para las armas del ejército quiteño. La tradición dice que allí había sido fusilado el coronel Francisco Calderón, cuya memoria era recordada en ese monumento. El parque, con senderos de tierra, estaba adornado con árboles de ciprés, prolijamente recortados, setos de tupirosa y pequeños jardines con geranios. En su centro, el monumento al héroe de la independencia coronel Francisco Calderón, quien combatió contra los españoles en las calles del pueblo.

En la calle principal, frente a la iglesia, el Colegio de Artes Daniel Reyes, semillero del talento artístico de San Antonio de Ibarra, que se caracterizaba por sus escultores y pintores, así como por las manos prodigiosas de sus artesanos. En esa calle y en alguna de las vías laterales, los talleres de los artesanos.

Al final del carretero, la estación del ferrocarril. Amplia, construida con el modelo tradicional de las estaciones del ferrocarril del norte que llegó a Ibarra en 1929. Alrededor de ella, de la agricultura y del tallado en madera giraba la vida económica de la población.

A pesar de la cercanía a la capital de la provincia, al pueblo de San Antonio era una encantadora población de agricultores y artesanos, pequeña y recluida, fuertemente atada a sus tradiciones. A ella acudían los habitantes de Tanguarín, Santo Domingo, Moras, Chorlaví, los Óvalos, Bellavista e incluso Natabuela, a realizar sus compras, asistir a misa, disfrutar de las fiestas y realizar el trueque de productos agrícolas los domingos.

La escultura, que se había vuelto tradicional, se había iniciado a principios de siglo, reemplazando poco a poco las labores de agricultores y arrieros, que eran el sustento de la economía en el pasado. El trabajo de los artesanos se vendía

en los pocos almacenes que funcionaban por ese entonces. Los turistas, nacionales y extranjeros, se deleitaban en la impresionante habilidad de los artistas populares, a los cuales podían visitar en los talleres, que tenían siempre su puerta abierta. Las tallas más populares eran los "bartolos", imágenes de pordioseros e indígenas, de alta demanda en el mercado.

La imaginería religiosa tenía una amplia fama no solo en el país, sino en las naciones vecinas. Tallas de santos y vírgenes se elaboraban en San Antonio bajo pedido para ser exhibidas y veneradas en iglesias y conventos de Colombia, Venezuela, Panamá, Perú y Ecuador. En ese sentido, los artistas de San Antonio eran orgullosos herederos de la Escuela Quiteña que tanta fama alcanzó en la época colonial. En ese entorno tan especial, se desarrollaría nuestra vida en la década siguiente.

La familia de don David

En los primeros años de matrimonio, pude compartir largos momentos con don Camilo Andrade Torres, mi suegro, especialmente en la época en que vivimos en Salinas en donde arrendaba una finca.

Envejecido prematuramente por una larga -y en ocasiones agitada- vida de trabajo y sacrificios, don Camilo tenía un aspecto de calma y dignidad, que se acentuaba por su sabiduría en el decir y su aún impetuoso carácter. Una progresiva ceguera le había apartado del trabajo en el campo y ahora vivía en San Antonio. Salía a sentarse en el parque para aprovechar el primer sol de la mañana, para luego caminar unas decenas de pasos para visitar a sus hermanas Rosa, Dolores o Amelia. Cuando llegamos, mis hijos se acostumbraron a salir a jugar al parque, mientras el abuelo

los contemplaba. Luego, el mayor lo tomaba de la mano para llevarlo de vuelta a su casa o a la visita familiar. El Pepito, que era más inquieto, no resultaba buen guía para su abuelo, pues se distraía y terminaba llevándole por el borde de las acequias o por zonas con mayores dificultades para su trabajoso caminar. Disfrutamos de su presencia, de sus consejos y afecto por poco tiempo. Apenas tres años después de nuestro arribo, lamentablemente falleció.

Acostumbrada a afrontar la vida relativamente sola, por los viajes de don Camilo o su trabajo agrícola en propiedades lejanas, el fuerte carácter de doña María, la mamá de David, era legendario en la población. Conocida como Mama Marica, había logrado formar y educar a sus hijos, afrontando las dificultades con una fortaleza a toda prueba. Conocía todos los vericuetos del trueque y el comercio. Vendía los productos que producía su marido; así mismo productos esenciales como leche, panela, sal, fideos. Horneaba el sabroso pan tradicional del norte: botadas, arepas, pan reventado, mestizo. Una parte lo dejaba al calor del rescoldo para abizcocharlo, lo que incrementaba el tiempo de consumo. Engordaba y faenaba cerdos para comercializar su carne y su manteca. Pero en especial, se dedicaba en cuerpo y alma a dos cosas para ella esenciales: su familia y la religión. Los párrocos de San Antonio tenían en ella su protectora y asistente.

Eran los hijos sobrevivientes de esta pareja, David, el mayor; Nelson; Estela y Camilo. Nelson y su familia nos acogieron generosamente y decidieron arrendarnos parte de su casa para que establezcamos allí el negocio y nuestra vivienda. Sus hijos y los nuestros pasaron su infancia en San Antonio.

La parte de la casa que habitábamos constaba de un local que destinamos al almacén, dos dormitorios y una cocina-comedor. El único baño de la vivienda estaba en la parte externa, por lo cual debíamos atravesar un patio para acceder a él. Esto no tenía mayores complicaciones en el día pero si hacía muy difíciles las visitas nocturnas, en parte por el frío y en parte por la oscuridad: en aquellos tiempos solo se disponía de fluido eléctrico hasta las nueve de la noche. Un par de años más tarde, arrendaríamos una habitación adicional, junto a la tienda, la cual se convertiría en salón y heladería. Pero ya llegaremos a esa parte.

Estelita había escogido la vida religiosa, impulsada por doña María, quien había fracasado en sus intentos de convertir a sus hijos en sacerdotes: a David nunca le atrajo la vida de contemplación y los innumerables sacrificios de estudiar para religioso y decidió empezar a trabajar apenas siendo adolescente, ante la negativa rotunda de doña María de permitirle estudiar en un colegio laico. Nelson ingresó al seminario, pero una enfermedad derivada de un castigo y la añoranza de su madre y su vida en San Antonio le hicieron abandonar la carrera eclesiástica. Sus primos, los hermanos Jacinto, Jorge y Oswaldo Ribadeneira Andrade, se convertirían en sacerdotes. La tía Estela profesaría su fe religiosa en la Comunidad de las Hermanas de Santo Domingo y ejercía su apostolado en Popayán, Colombia.

Camilo por su parte, inquieto y aventurero, tras un breve paso por el seminario, había deambulado por un par de colegios normales hasta graduarse de maestro. Su vida galante se inició temprano y terminó afectándole. La familia de una de sus novias quiso obligarle a casarse y él optó por la huida. Terminaría viviendo en Colombia y Venezuela

por algunos años. Finalmente, había retornado y formado familia con la cual vivía en Ibarra.

La familia se completaba con una larga lista de parientes cercanos y lejanos. Además de las tías paternas, estaba la hermana de doña María, la tía Luisa, que vivía en Quito y era una referencia importante en la vida de sus sobrinos. Las dos quedaron huérfanas en su natal San Pablo del Lago y fueron a vivir a San Antonio, a casa de una tía lejana, a quien llamaban Mama Rosario y su marido, un carpintero de apellido Miño, cuyo mal genio y propensión al alcohol, transformó sus vidas en un infierno. El fuerte carácter de doña María le impulsó a enfrentar, apenas adolescente, al maltratador, para luego ponerse a trabajar, en lo que fuera, para mantener a su hermana. Con sus ahorros, logró alejar a su hermana Luisa del asedio del que decía ser su padrastro, enviándole a estudiar a Quito, a cargo de unas religiosas. Allí se educaría y formaría familia. Más tarde, ayudaría mucho a sus sobrinos, en especial a Camilo, cuando llegaban a visitarle y exponerle sus problemas.

Los difíciles inicios

El pueblo de San Antonio contaba con tres o cuatro tiendas a las cuales haríamos competencia. Contábamos con los productos que habíamos traído desde Guallupe. Ofreceríamos además una variedad de frutas y hortalizas que habitualmente no se conseguían en San Antonio y se debían comprar en el mercado de Ibarra. Pero nuestro principal capital era la forma de atender a los clientes, lo cual permitió un lento pero sostenido crecimiento del negocio.

Iniciamos con lo esencial: abarrotes como arroz, azúcar, harina, manteca, panela, sal, jabón y fideos. Poco a poco

íbamos descubriendo las necesidades de los clientes e íbamos incorporando nuevos productos: queso, pan, espermas, aceite, maíz, afrechillo… De igual manera materiales destinados a la artesanía: lijas, cera, cola. Es decir un almacén con los productos indispensables para no tener que ir por ellos a Ibarra, que aunque estaba apenas a 8 kilómetros, implicaba un viaje de más de una hora en el lento transporte público de aquellos tiempos.

El Davidcito madrugaba para tomar un bus que salía de Otavalo a las cinco de la mañana, pasaba por San Antonio y llegaba a Ibarra cerca de las seis. A toda prisa caminaba desde la estación hasta la panadería España, ubicada en la calle Pedro Moncayo, para recoger el pedido del pan y con aún mayor prisa volver a la estación para tomar el primer bus a San Antonio. De esa manera, a las seis y media ya podíamos ofrecer pan aún caliente a los clientes. Cuando el transporte no pasaba por el pueblo en el horario habitual, lo cual no era infrecuente, tomaba su bicicleta y se dirigía a Ibarra por la carretera aún oscura. El riesgo mayor era que pasase por un hueco o se estrellase con una roca, pues el escasísimo tránsito de la época no implicaba gran peligro. Un par de ocasiones retornó con magulladuras producto de una caída. Ya en Ibarra, tomaba los canastos del pan y se embarcaba en el bus, con la bicicleta subida a la parrilla.

El pan era importante en la venta diaria, pues hasta ese momento todas las familias debían consumir pan hecho en casa, que aparte de su delicioso sabor, tenía un inconveniente grave, no podía conservarse por algunos días, lo que obligaba a elaborarlo con frecuencia. Algunas panaderías de la capital imbabureña tenían una merecida reputación: la de las hermanas Palacios, la Vienesa, la España. De ésta

última llevábamos a San Antonio cada día panes de a real (diez centavos de sucre), dos, cuatro y ocho reales. Las botadas eran las más consumidas; así como los cachitos (croissant), caracolillos, reventados, arepas y cholas (pan de sal con el centro de masa de dulce). No faltaban los bizcochos, cuya masa crujiente era una delicia.

De Atuntaqui nos llegaban, dos veces por semana, las golosinas: panuchas, rosquetes, mojicones, rosquillas nevadas, bizcochitos, quesadillas, aplanchados. Provenientes de la tradición árabe, su elaboración se había transformado en España, antes de pasar a América. Aquí se le dio el tono local, en especial por el uso del maíz.

Y de Ibarra los dulces: bocadillos de tomate, melcochas, suspiros, bolas de maní, colaciones, chupetes, cigarrillos de chocolate, bolitas de dulce de leche, mazapanes, higos enconfitados. Una delicia.

Sin embargo, el proceso de consolidar al negocio fue lento y extremadamente sacrificado. Al inicio los ingresos eran escasos y las necesidades muchas. Teníamos cuatro hijos y pronto vendrían los tiempos escolares. Resultó imprescindible mantener los otros negocios que habíamos iniciado cuando vivíamos en Guallupe.

Los contactos realizados en la montaña nos permitían seguir recibiendo cada semana en la estación del ferrocarril los cajones de frutas tropicales para venderlos a comerciantes del mercado de Ibarra. De igual manera, me remitían madera para su venta a los constructores. A los proveedores se les pagaba con víveres que les llegaban de vuelta en el ferrocarril o en efectivo cuando el pedido era grande.

Más adelante, buscamos proveedores para el envío de dos especies madereras el cedro y el naranjillo, que eran

usadas por los artesanos de San Antonio para sus esculturas en reemplazo del nogal, que ya en esa época era escaso. Nuestro sistema de compra abarataba el costo del material, por lo que rápidamente tuvimos alta demanda. El negocio se terminó por dos factores logísticos: la irregularidad del servicio del ferrocarril y la construcción de la carretera hacia Esmeraldas, que permitió el ingreso de camionetas que compraban en el sitio el producto.

Los secretos del negocio

Construimos el negocio paso a paso. Cada nuevo producto implica un sacrificio y un riesgo. Debíamos ahorrar cada centavo para poder crecer. Con el apoyo de los comerciantes mayoristas y los pequeños productores, íbamos probando; comprábamos tres, seis unidades; si la venta prometía, incrementábamos las compras, en caso contrario, las descontinuábamos. La pequeña tiendita se transformó en un negocio diversificado, poco a poco, con paciencia y mucho sacrificio.

Trabajábamos desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche, en que debíamos cerrar por cuanto a partir de esa hora, en cualquier momento nos quedábamos sin servicio eléctrico. Aprendimos a tener listos y empacados los productos, lo que ahorraba tiempo. Libras y medias libras de arroz, azúcar y harina en sus fundas de papel estaban listas para los clientes. En ese tiempo no se disponía aún de plástico. Sin embargo, muchas clientes, querían ver y constatar el peso, por lo cual, se procedía a pesarlos en su presencia. Pero eran pocas, pues la mayoría confiaba en nuestra honradez.

Justamente la confianza era un pilar fundamental del negocio. El otro era el servicio. Conocer al cliente, por su

nombre y sus peculiaridades; tratarlo con respeto, cortesía y amabilidad; intentar satisfacer sus pedido, de manera que no tenía ya motivos para hacer el viaje a Ibarra; expender productos frescos y de calidad.

Esa confianza pronto se extendió a los proveedores y a los bancos. Las primeras compras debieron hacerse en efectivo, lo que limitaba el crecimiento del negocio. Poco a poco nos concedían pequeños créditos en la compra de productos, los que se pagaban en una semana. Eso permitió la ampliación de la oferta y por consiguiente del negocio. Los pequeños créditos de las instituciones financieras fueron claves para la consolidación definitiva de un almacén que se convirtió en el establecimiento más prestigioso de San Antonio.

Así mismo se sentaron las bases de la cooperativa. Es decir el trabajo en conjunto. David y yo siempre colaboramos en las actividades que teníamos que hacer. Si me encargaban una obra de costura, él hacía los pespuntes. Si debíamos empaquetar productos, yo pesaba y el embolsaba. El madrugaba a traer el pan mientras yo atendía a los niños y abría el negocio.

Más tarde, poco a poco, también los niños fueron adquiriendo responsabilidades, especialmente el mayor. Obviamente eran pequeñas tareas de apoyo que no interferían con sus estudios. Con el tiempo, también fueron aprendiendo que el trabajo duro es parte vital del éxito en la vida.

Tienda, heladería, bar

Un par de años después de iniciar el negocio, compramos de oportunidad un congelador Kelvinator. Iniciamos entonces un pequeño negocio de heladería. Helados de frutas naturales. Al inicio, utilizamos la receta tradicional utili-

zando frutas de temporada, agua y azúcar. Helados de real y de dos reales. Especialmente de mora, naranjilla y limón. También los congelados, es decir, bananos cortados a la mitad a los que se colocaba un palito para poder degustarlo. Más tarde experimentamos y descubrimos que utilizar el jugo de frutas concentrado le otorgaba un sabor especial al helado. Nacieron así los helados especiales que costaban cuatro reales y alcanzaron gran fama.

Se convirtió en una costumbre que los domingos, muchos ibarreños iban de paseo a San Antonio para dar una vuelta por el pueblo, visitar los almacenes de artesanías y tomar un helado, con galletas o quesadillas. Para atender la demanda, deshabilitamos la sala familiar y colocamos mesas y sillas. Nació así la heladería que se llenaba los fines de semana y las vacaciones. Ningún visitante pasaba por San Antonio sin dejar de probar nuestros reputados helados especiales.

En las noches, tras cerrar la tienda y acostar a los niños, elaboraba el jugo y lo mezclaba en las concentraciones adecuadas para cada tipo de helado. Lo colocaba en los conos de aluminio y ponía un palito en cada uno. Al inicio, David confeccionaba los pequeños palitos con carrizo cortado en los tamaños adecuados. En no pocas oportunidades el filo de las cañas le cortaba los dedos. Se curaba la herida y seguía. Luego el "cargaba" la congeladora, es decir iba colocando los conos en orden para que en el transcurso de la noche se congelaran. Obviamente el negocio pudo iniciarse por cuanto el servicio eléctrico había mejorado y ya no había suspensiones regulares en la noche. Cuando se iba la luz, adiós helados.

En las festividades de la Virgen del Quinche, en noviembre, San Antonio se transformaba. Recibía a miles de visitantes que acudían a la feria durante el día y se que-

daban para presenciar la quema de castillos y de chamiza en la noche. Los priostes pagaban los castillos mientras los barrios eran encargados de recolectar las ramas secas que formarían la gigantesca hoguera que ardería en el centro de la cancha de tierra del estadio. Los jóvenes, con la osadía de los pocos años, saltaban por encima de las llamas en cuanto éstas alcanzaban la altura apropiada y luego se metían debajo de los castillos, esquivando las camaretas y los tronadores, que a intervalos regulares "saltaban" del castillo para su deleite y el susto de los demás.

En las fiestas de la población, la heladería se transformaba en un pequeño bar, con expendio de cerveza y hervidos. Una radiola ubicada en una de las esquinas proporcionaba el ambiente adecuado para la celebración. El aparato era manual, por lo que se requería cambiar de disco para escuchar una nueva canción. En horas tempranas asumía esa función nuestro hijo mayor y luego lo hacía su papá. Los viejos y añorados discos de pizarra y los más nuevos de acetato, dejaban oír boleros, pasillos y rancheras. De vez en cuando, una cumbia. Más tarde sería tiempo de los pasillos. Se acercaba la hora de cerrar y enrumbar a los clientes a la seguridad de sus propias casas. Con el tiempo, dimos servicio de servicio de bar también los días viernes.

En esos tiempos, las gaseosas eran la Sinalco, las quíntuples de la empresa Guitig y la Orangine que venía en el tradicional sabor de naranja y en el especial de mora (que era una verdadera delicia). Subsistían aún los refrescos fabricados en Ibarra y aún no se popularizaban las gaseosas de origen norteamericano como la Coca Cola.

Aunque la empresa de cervezas Yuracruz aún subsistía, la competencia se daba entre los fabricantes de las cervezas

Pilsener -elaborada en Guayaquil- y Victoria -fabricada en Quito-.

La familia sigue creciendo

Aparte del lento crecimiento del negocio, el primer resultado tangible de la independencia se dio casi de inmediato. Apenas nos instalamos en San Antonio, nuestro hijo mayor se sentaba en una de las ventanas a ver pasar a la gente. Era un espectáculo nuevo, tan distinto al paisaje lujurioso de la montaña, en la cual de tanto en tanto se podía ver a una persona o un animal.

Lo que más le llamaba la atención era ver a su primo mayor salir temprano de la casa y volver a mediodía. Luego advertía que nuevamente se iba, solo, en la tarde y volvía un par de horas después. Intrigado, le preguntó a David: "¿A dónde se va mi primo?". La respuesta era obvia: "A la escuela". "¿Puedo ir yo?", insistió el pequeño. La respuesta aunque cordial fue tajante: "No, mijo. Todavía no tienes edad".

Un par de días más tarde, David se fue a hacer compras en Ibarra y yo estaba ocupada en la tienda. Pensé que los niños jugaban en el patio. Cuando les llamé, solo el Pepito respondió, María Elena y Mónica que eran muy pequeñas, estaban en el dormitorio. Inquieta, le pregunté por su hermano. En su media lengua me contestó: con el primo. Cerré la compuerta del negocio y me fui a preguntar por mi hijo a la esposa de Nelson, Sofía. Ella me contestó: "El Gustavo se fue a la escuela". Aún más inquieta, salí a la calle a preguntar a las vecinas. Fui donde la tía Rosa y no le había visto. Lo busqué por el parque, nada. Luego pregunté a la Laurita, prima de David, que vivía enfren-

te, tampoco me dio noticias. Entrando en desesperación lo busqué en el taller de don Gonzalo Montesdeoca, donde a veces se quedaba entretenido viendo trabajar al maestro y sus operarios; no lo habían visto. Corrí a preguntar dónde su abuela. La respuesta negativa nos preocupó a las dos. Dando voces, doña María preguntó a las vecinas si habían visto al Patricito. Una de ellas nos dijo que "le parecía" haber visto al Gustavo pasar con otro niño a la escuela. Agitada, con el temor en el cuerpo, me dirigí hacia la escuela. Di apresurados golpes a la puerta cerrada y finalmente me abrió don Enrique el portero. El no conocía a mi hijo así que me acompañó a preguntar a los profesores. En el segundo grado, encontré a Gustavo y le inquirí por mi hijo. "Vino conmigo, pero ya se fue", me respondió. Me llené de terror. Al pasar por el primer grado, una intuición me impulsó a asomar la cabeza. Allí estaba, sentado en la primera banca, con un lápiz y unas cuantas hojas de papel de empaque, de las que servían en la tienda para empacar los productos. Copiaba las primeras letras que la profesora escribía en el pizarrón. Sonrojada, saludé a la maestra y le pedí disculpas por la presencia de mi hijo en su clase. "Al contrario doña Pepita, me contestó, yo me disculpo. Pensé que el niño tenía su permiso para venir a la escuela". "No tiene todavía la edad. Mil disculpas" insistí, al tiempo que con algo de brusquedad, empujé al chiquillo que se resistía a salir. En el camino de vuelta a la abandonada tienda, mi molestia pudo más que mi alivio, por lo que el pequeño, varias veces zarandeado, llegó entre lágrimas a la casa.

"Que sea la última vez", le amenacé. Pero fue en vano. Un par de días más tarde, se volvió a escapar, siguiendo a distancia al primo. Esta vez, volvió acompañado de su

tía abuela Dolores, quien lo había recibido después que el portero lo entregó. Cabizbajo, se disponía a recibir mi reprimenda, cuando intervino David. "Te gusta la escuela", le preguntó. El niño afirmó con la cabeza agarrando con fuerza el lápiz y los papeles. Mi marido me miró y luego me comentó que le gustaría hacer una gestión para que le permitiesen asistir de vez en cuando a la escuela.

En efecto, fue a visitar al director, el señor Cervantes. Renuente a aceptar a un niño que no tenía la edad y menos cuando ya terminaba el primer trimestre, finalmente el director aceptó que pueda ir una semana de "oyente". "Como es tan chiquito, dijo, en un par de días se cansará. Con gusto le aceptaremos el próximo año".

Pero el bandido nunca renunció a ir a la escuela. Se despertaba tempranito, tomaba el frugal desayuno que acostumbrábamos: café con pan y queso y corría a la escuela. Se rehusaba a tomar leche porque no le gustaba la leche de "tarro". Acostumbrado al sabor vegetal y algo salado de la leche de Salinas, que también consumíamos en Guallupe, detestaba el sabor a suero, algo dulzón, de la leche que llegaba en los recipientes de aluminio, convenientemente bautizada con agua, para su expendio en San Antonio.

Bueno, el caso es que el chico nunca se aburrió de la escuela. El director aceptó que siga concurriendo el siguiente trimestre y finalmente terminó el año. Para la señorita Susana Maya, que hacía su primera experiencia como maestra tras graduarse del normal, era su mejor alumno. Lo ponía de ejemplo a sus compañeros, lo que generó algún roce en los recreos. Finalmente terminó el año y aprobó los exámenes. Debimos realizar gestiones ante las autoridades de educación para que reconozcan la validez de sus estudios,

tras el informe de su profesora y del director, de manera que, pasó de año.

La vida se iba consolidando y la familia crecía. A las dos preciosas hijas que ya caminaban juntas por la casa, inseparables, se sumó, el 7 de septiembre de 1959 nuestra quinta hija, **Gema Consuelo de las Mercedes.** Su primer nombre le pusimos por pedido de la tía monjita, que estaba por llegar a San Antonio, a visitar a sus padres, tras permanecer diez años ininterrumpidos en Colombia.

La noticia del arribo de la tía Estela fue motivo de gran alegría para toda la familia. Programé una linda recepción en su homenaje, pero no es lo que una propone sino lo que Dios dispone. A la madrugada del día de su arribo, llegó primero la Gemita, apurada como siempre. Como no había médico disponible en San Antonio y no alcanzábamos a llegar a Ibarra, di a luz a solas, con el total apoyo de mi marido. Recién en la mañana, David fue a buscar a la obstetriz para la atención posparto y de esa manera evitar alguna infección y verificar el estado de la criatura. La recepción debió posponerse, pero no el festejo por el advenimiento de un nuevo miembro de la familia Andrade Aguirre.

El desafío

Los humildes inicios de la tienda en San Antonio de Ibarra no impidieron el crecimiento continuo de un negocio que se fundamentaba en las reglas simples pero efectivas que le habían dado prestigio.

Para sostener a la familia, debíamos laborar sin desmayo, todo el día, todos los días. La rutina se iniciaba al amanecer. En el pequeño pueblo, el canto del gallo anunciaba el alba. No necesitábamos otro despertador. Las madrugadas

frías, traían los primeros ruidos de la mañana; el olor del musgo bañado por el rocío; el aroma de los fogones que se despertaban para preparar el desayuno; los ocasionales ladridos de un perro; el trabajoso descenso del primer bus que pasaba rumbo a Ibarra.

Antes de abrir la tienda había que preparar el frugal desayuno que era la norma de aquellos tiempos: café y pan; leche para los niños; algo de fruta. Alrededor de las siete de la mañana, llegaba el Davidcito con el pan desde Ibarra. Abría la tienda mientras yo terminaba de preparar al hijo mayor para la escuela y de vestir y peinar prolijamente a las niñas. Una de mis debilidades era el cuidado en el vestir de mis hijos. Procuraba que estuviesen adecuadamente vestidos, siempre limpios. Me esmeraba especialmente con las niñas, pues pronto descubrí que con los varones la cuestión era cuesta arriba. Salían impecables a jugar para volver en pocos minutos con la ropa desarreglada, los cabellos sudorosos, desgreñados, muchas veces sucios. Los reprendía, se quejaban porque los limpiaba con algo de brusquedad, pero minutos más tarde estaban jugando en el parque, a las bolas o las cogidas, con las manos llenas de polvo, las rodillas raspadas, sudorosos y felices. En otras ocasiones, la acera era el escenario de sus juegos de futbol, pues no les permitía ir solos a la cancha de tierra que recibía el pomposo título de estadio. Jugaban con tanto entusiasmo, que pronto se les unían otros chicos vecinos e incluso adultos, que disfrutaban del escaso tráfico, que de vez en cuando interrumpía el juego.

Seguramente los dos varones recordarán mejor que yo cuando su padre les compró la primera pelota, una de color azul que estaba cubierta de letras y números. La tomaron

y la contemplaron extasiados. Esas miradas demostraban que para un niño no hay mejor regalo que una pelota. El problema fue que cada uno pretendía ser el "dueño" de la dichosa pelota. Las disputas a veces eran interminables. Finalmente el más pequeño ganaba la lid, pues sus padres, ocupados, le habían inculcado al mayor que debía cuidar de su hermano.

El trabajo en la tienda se prolongaba a lo largo de todo el día. No cerrábamos nunca. A mediodía, se ponía una compuerta que impedía ingresar pero no interrumpía la atención. Con frecuencia, mientras almorzábamos o merendábamos, se podían oír unos ligeros (o rudos) golpes en la puerta y la frase: "A vender" o "Señora Pepita", que advertían de la presencia de un cliente. Por turnos, dejábamos de comer para atender a los clientes. Y lo hacíamos con ganas, sin fastidio. Era parte de nuestra filosofía del negocio. En ocasiones, cuando ya habíamos cerrado y nos encontrábamos en las tareas complementarias: hacer helados, dejar pesados y listos los productos, acomodarlos en las estanterías; se escuchaban fuertes golpes en la puerta de la tienda y el clásico: "Doña Pepita", que nos impulsaba a semiabrir la puerta y procurar dar atención a quien demandaba de nuestros servicios.

En las noches, mientras acostaba a los cinco hijos, David ponía la radio, en volumen bajo, para escuchar las noticias y luego algún programa en la emisora colombiana Caracol. Las emisoras de la capital de Imbabura habitualmente cerraban sus emisiones a las ocho de la noche y las emisoras quiteñas no tenían potencia suficiente para captarlas en el pueblo. Mi esposo, aficionado al fútbol, se las ingenió para colocar una antena en el techo de la casa, lo

que le permitía, con dificultades, escuchar la transmisión de los partidos del campeonato nacional los domingos. Se sentaba en una silla, con la oreja pegada al querido radio Phillips de tubos, para intentar descifrar el relato de Pancho Moreno y los comentarios de Blasco Moscoso (si es que no recuerdo mal los nombres). De vez en cuando yo escuchaba una peculiar risa del relator y preguntaba qué pasaba. Un gol, me contestaba mi marido, sin más explicación, pues sabía que no me interesaba ese deporte. Cuando jugaba el Aucas, a esa risa alargada del periodista se sumaba el grito de don David, festejando a su equipo favorito. Para llevarle la contraria, nuestro hijo mayor, haciendo una broma infantil que luego se convirtió en realidad, "iba" por la Liga Deportiva Universitaria. Pronto se le sumaría su hermano Pepe, que alentaban al equipo rival de su padre, convirtiendo los domingos en que se jugaba ese partido clásico en un concierto de gritos, mientras yo atendía en el negocio y don David cobraba.

La educación de los hijos

Habían transcurrido dos años y el hijo mayor estaba por terminar su segundo grado en la Escuela Juan Montalvo en el pueblo de San Antonio de Ibarra. Su segundo maestro, el señor Perugachi, también estaba contento con el desempeño del alumno más pequeño de la clase. La mayoría de sus compañeros tenían ya nueve años, mientras él aún no cumplía siete.

Llegaba el tiempo de que el Pepito inicie su educación. Su papá por razones de control y facilidad quería que los dos niños se eduquen en la misma escuela fiscal. Yo le propuse que los pusiéramos en una escuela en Ibarra, propuesta que

fue apoyada con entusiasmo por mis tías. A las objeciones que ponía mi marido, especialmente respecto del transporte, ponía mis razones que tenían que ver con la calidad de educación que podían recibir. "Es mejor escuela", le decía. "Pero cómo van a ir solos en el bus", me contestaba; "el mayorcito cuidará al más pequeño y yo les recomendaré a los choferes de los buses, que nos conocen", le replicaba. "¿Y si les pasa algo en la escuela?", me argumentaba; yo tenía lista la respuesta: "Mi tía Matilde tiene su negocio a dos cuadras de la escuela. Ella puede ayudar si es necesario". Finalmente cedió y decidimos ingresar a los dos niños en el Instituto Rosales, regentado por los Hermanos Cristianos.

A pesar de sus temores, mis expectativas terminaron por cumplirse. Era evidente que enviar en bus, dos veces por día, solos, a los dos niños nos llenaba de preocupación. Pero pronto Patricio mostró su disciplina y responsabilidad. Cuidaba con mucho cariño a su hermano pequeño, tanto en el bus como en la escuela, procurando que el carácter inquieto del Pepito no causase muchos problemas. Pero los hubo.

Los dos chiquillos debían despertarse antes de las seis de la mañana, para vestirse, peinarse, tomar su desayuno a trompicones y partir en el bus de las seis y media para estar a tiempo en la escuela a las siete de la mañana. Terminaban sus clases a las doce y media. Patricio iba a buscar a su hermano, que generalmente estaba jugando en el patio, para tomar a tiempo el bus que los dejaba en San Antonio algo más tarde de la una. Debían almorzar con prisa y prepararse para tomar el bus de las dos de la tarde para ir a clases. Finalmente, retornaban, cansados, tras terminar sus clases a las cuatro y media de la tarde. Les daba una media hora

para jugar y luego, a hacer los deberes. Merendábamos a las siete y de inmediato se iban a dormir. Bueno, el Pepito cabeceaba mientras tomaba su merienda y se dormía de inmediato. Patricio se ofrecía a ayudarnos en las tareas de la noche. A veces lo permitíamos, pero generalmente lo enviábamos a dormir. En ocasiones, ya tarde, cuando terminábamos nuestra labor, advertíamos que, metido dentro de las cobijas, seguía despierto. Le encantaba leer y aprovechaba esos momentos para hacerlo. Apagaba la luz apenas se daba cuenta que íbamos hacia el dormitorio. Nosotros lo sabíamos, pero generalmente no le decíamos nada.

La rutina de ir y volver, dos veces al día, para ir a clases era cansada para los chicos. Aunque confiaba en el hermano mayor, siempre estaba pendiente de la llegada de ellos y me angustiaba si había alguna demora.

A veces, en las tardes, no llegaban a la hora habitual. Yo salía a esperarles en la esquina y al ver que no bajaban del bus, le preguntaba al chofer. Obviamente la respuesta era que no los había visto. Mi intranquilidad se contraponía con la posición de David, que me pedía esperar la llegada del siguiente bus. En esos tiempos, no disponíamos de servicio telefónico en los domicilios. Únicamente nos podíamos comunicar del teléfono de la oficina de correos de San Antonio a la de Ibarra. O de la estación de ferrocarril a la matriz de Ibarra. Eran teléfonos que requerían de un operador y funcionaban a manivela. Por tanto, incomunicación casi total. Así que, a esperar media hora a que llegase el siguiente bus. Cuando los veía llegar, al alivio se sumaba la necesidad de reprenderlos para que no lo volviesen a hacer.

Con el tiempo, mi hijo mayor me explicó que debían salir corriendo de la escuela en la tarde, pues no alcanzaban

a tomar el bus a las cuatro y media y que vendrían en el de las cinco. Lo autoricé, pues de esa manera todos estaríamos tranquilos. Lo que no sabía era que el Pepito quería quedarse jugando un rato más en la escuela con sus amigos y su hermano mayor aprovechaba para alquilar una revista en un puesto que estaba a pocos metros de la parada de bus. Allí, sentado con otros chicos en viejas bancas de madera, disfrutaba de la lectura, esperando que llegue el bus. Apenas lo veía, corría a la escuela a recoger a su hermano para embarcarse rumbo a San Antonio.

No lo hubiese detectado sino fuese por una anécdota que retrata como funcionaban las familias de aquellos tiempos. La tía Matildita tenía una tienda de golosinas que funcionaba en la esquina de la parada de bus, a pocos metros de la escuela y… del puesto de revistas. Había visto pasar a Patricio un par de veces, solo, en el rumbo contrario al de la parada. Intrigada, la siguiente vez puso la compuerta y le siguió unos pocos pasos y le vio ingresar al garaje que funcionaba como local para alquilar revistas. Le llamó la atención al zapatero que era dueño del local y le pidió a su esposa que le avise si su sobrino volvía a alquilar revistas. Para ella y para muchas otras señoras y señoritas de aquellos tiempos, era un vicio dedicar dinero a alquilar revistas, mucho más si la lectura "perjudicaba a la vista". Luego, tomó de una oreja al chiquillo y lo llevó a la parada de bus.

El pequeño aprendió la lección: procuraba que su tía abuela no lo vea y volvió a frecuentar la lectura de los comics. Ahora no se sentaba a la vista del público, sino que se ubicada detrás de una de las enormes puertas de madera del garaje. Así no sería detectado. Pero no contaba con el respeto que la esposa del zapatero tenía a su tía. Tiempo

después la señora le alquiló la revista y luego lo comunicó a la Matildita. Ella puso la tradicional compuerta para asegurar el negocio y caminó al puesto de revistas. Allí, sentado leyendo una revista, estaba mi marido, esperando la llegada del bus. "Con razón –explotó la Matildita-, si el viejo tiene el vicio de las revistas, ¿cómo no va a venir el guagua?". Entre divertido y avergonzado, el Davidcito entregó la revista y se encaminó a la parada. Un par de minutos más tarde, nuestro hijo, que había contemplado la escena sentado detrás de la puerta, apareció en la parada con una sonrisa cómplice. La censura de la tía finalmente logró que el papá no volviera a alquilar revistas, aunque el hijo lo siguió haciendo, de tarde en tarde.

En muy contadas ocasiones que el hermano mayor tenía alguna actividad extra escolar que le demoraba, embarcaba al hermano menor en el bus, pidiéndole que me explique la razón de la demora. Diligentemente, hablaba además con el chofer del bus, solicitándole que deje al hijo de doña Pepita en la esquina de la tienda. Así lo hacían. Despertaban al Pepito, que habitualmente se dormía en el viaje y lo hacían desembarcar en la esquina. Sin embargo, un par de veces, el conductor se olvidó del chiquillo y siguió su camino. Al llegar a la parada final, que estaba una cuadra más arriba de la estación, el niño despertó sobresaltado. El chofer le pidió entonces que esperase para dejarle en el parque en el trayecto de retorno. Así lo hizo. Se bajó con él y se acercó a la tienda para pedirme disculpas por el olvido. Eran realmente otros tiempos.

Solo una vez esa rutina se quebró por completo. A media mañana, recibí –en la oficina de correos- una llamada urgente de Ibarra. Era mi tía Anita que me informaba, con

tino, una novedad: "El Pepito se cayó en la escuela". No quise escuchar más. Cerré la tienda y tomé el primer bus para ir a Ibarra. Apenas llegamos a la estación, corrí a la escuela. Los niños no estaban. El hermano director me comentó que el asunto no era tan grave, que de todas maneras, llevaron al niño al hospital. Corrí, literalmente, las cuatro cuadras que llevaban hasta el centro asistencial. Allí, una de las enfermeras amigas me informó que el Pepito ya estaba curado y que lo habían llevado a casa de mis tías. Recuperé el aliento pero seguía preocupada: nadie me había comentado que pasó. Al tocar a la puerta de la casa de mis tías, salió mi tía Hermelinda, quien con su tranquilidad habitual me dice "Qué bueno que vino Pepita. El guagua está donde la Imeldita" (otra de mis tías). Ya más tranquila, me dirigí hacia allá. Al ingresar, lo recuerdo hasta hoy, mi tía Lucila en vez de consolarme, me dice: "Ya ve, eso les pasa por traviesos". Solo cuando vi a mi hijo, pude entender: se había caído y tenía el brazo enyesado. Aún adolorido, al mirar que llegaba, esperó una reprimenda. Lo abracé con cariño, finalmente aliviada de que el accidente no tuvo mayores consecuencias.

Ya más calmados, le pregunté qué pasó. El, se empecinaba en decir que se cayó. Finalmente su hermano, que también estaba muy asustado, me comentó que todos los niños de la escuela estaban en el patio, esperando turno para visitar la gruta de la virgen, que estaba ubicada a unos cuatro metros de altura, en la pared de fondo de la escuela. El acceso era una escalera pequeña y empinada, que solo daba espacio a una persona a la vez. Los niños, inquietos, se arremolinaban para ganar turno para subir, saludar a la virgen y bajar por el otro lado, a pesar de los esfuerzos por controlarlos de sus profesores. El Pepito, siempre inquieto,

quiso ganarles a sus compañeros e intentar ser el primero en la fila. Algún empujón y el pequeño espacio disponible provocaron lo inevitable: una caída desde unos dos metros que se saldó con la fractura del brazo izquierdo y una apresurada visita al hospital.

Cuando llego el momento de que nuestra primera hija ingrese a la escuela, estos avatares, que se iban a multiplicar porque ella debía estudiar en una escuela de niñas (no existía aún la educación integrada) y complicaría más el cuidado de los dos a cargo del mayor, nos impulsó a tomar la decisión de que ella estudiase en la única escuela religiosa que había en San Antonio: la escuela de niñas Inocencio Jácome regentada por las religiosas Dominicas, congregación a la que pertenecía su tía Estela. María Elena se educó entonces a un par de cuadras de su casa.

Don Camilo

La dura vida en las actividades del campo y su continuo transitar por los agrestes caminos de la provincia, terminaron por afectar seriamente la salud de mi suegro. Poco antes de ir a vivir en San Antonio, él había retornado definitivamente a su pueblo natal. Cansado, enfermo, casi ciego, quería disfrutar de la vida en familia, de sus hijos y de sus nietos.

Apenas el sol calentaba, salía de la casa, tanteando con su bastón, para caminar unos pocos pasos hasta el parque del pueblo. Allí se sentaba para calentarse y poder conversar con los vecinos. Mi marido salía al cabo de una hora, llevándole alguna golosina, para acompañarle de vuelta a su casa.

En la tarde, lenta, trabajosamente, caminaba un par de cuadras para visitar a sus hermanas. Dolores que vivía cer-

ca de la Escuela o Rosa, en el parque. Ellas lo consentían con café y pan casero.

Mis hijos pudieron disfrutarlo apenas un par de años. Cuando le veían sentado en su banca del parque, pedían permiso y salían corriendo a saludar al abuelo. Luego jugaban en los alrededores, esperando la oportunidad de llevarle a su casa. Un grito de la abuela: "Camilo, Camilo" o apenas un gesto de su papá, era la señal para que lo tomen de la mano para guiarlo, pasito a pasito, hasta llegar a la puerta de la casa.

En otras ocasiones, iban a visitar al abuelo y lo acompañaban a la casa de su hermana, la tía Lola. Mi hijo mayor, lo llevaba con mucho cuidado, procurando evitar que se tropiece con el empedrado o los obstáculos del camino. Pepito en cambio, lo llevaba a su ritmo, sin importarle mucho los obstáculos. Alguna vez lo llevó por medio de la pequeña acequia que corría al costado de la calle. Al abuelo no le importó mojarse los pies, por el puro deleite de ir con el nieto más chico. Llegó a la casa de su hermana con los pies empapados y una sonrisa que le llenaba la cara. "Este bandido –comentó- pensaba que no me daba cuenta". Más tarde comentaba la anécdota y se reía de la picardía del nieto.

Una mañana de octubre del 62, su viejo corazón dijo basta. Lo enterramos al día siguiente, un día gris y desapacible, acompañado por sus amigos y familiares.

A partir de entonces, siempre extrañamos su bondad, la sencilla sabiduría que había acumulado en los viajes por caminos polvorientos, su profundo afecto a sus hijos y nietos, la paz que reflejaban sus ojos nublados. Y el amor que sentía por los animales, entre ellos el inolvidable Calixto, un burro extremadamente inteligente, que lo llevaba de San

Antonio a Salinas, ida y vuelta, como un experto guía. Don Camilo se acomodaba en la vieja montura de madera, ponía encima su poncho y se adormilaba en el viaje, convencido que el animal no solamente conocía el camino, sino sus peligros. Calixto seguía la ruta, caminado con cautela por los riscos, cruzando por puentes y pasos de la vía del tren y "despertaba" a su jinete cuando avistaba la torre de la iglesia de San Antonio. Un animal ejemplar.

Los amigos y el baile

El negocio nos proporcionaba por entonces los ingresos necesarios para el sustento familiar. La organización que le habíamos dado nos permitía, por primera vez disfrutar de una vida apacible y soñar con el futuro.

El enorme sacrificio que implicaba atender el almacén y los nuevos negocios que iban surgiendo, no nos impedía disfrutar de la compañía de excelentes amigos con los cuales compartíamos reuniones por los cumpleaños o santos; festividades especiales, ceremonias religiosas o simplemente reuniones sociales que nos ayudaban a consolidar la amistad.

Cómo no recordar a esos queridos amigos de la feliz época de San Antonio: Fausto y Zoilita Cervantes; Edmundo y Rosario Chamorro; Alcides y Margarita Montesdeoca; y, Laurita Carvajal.

Muchas de las reuniones de amigos terminaban en baile. Después de una gran conversación, un buen café o algún licor, se apartaban los muebles, se prendía la radiola y se colocaban los discos que daban inicio a la danza. David era un gran bailarín y habitualmente era el que daba el paso inicial. Cumbias, mambos, paseos y porros eran el abrebocas. Luego era el turno de los boleros, esa música inmortal.

Algún tango o una ranchera cortaban el camino de la poesía que se bailaba. Al final, como buenos ecuatorianos, era el momento de la música nacional: sanjuanitos, albazos y cachullapis. El zapateo hacía temblar los pisos de madera impidiendo el sueño de los niños de la casa en la que se realizaba la fiesta. Tiempo más tarde llegó la invasión de la música americana. Nos contagiamos del furor del rock and roll y el twist. Recuerdo hasta ahora temas como "Despeinada", "Popotitos", "La gallinita Josefina" o "Marcianita".

Otro grato recuerdo es el de los paseos con los amigos y sus familias. Generalmente a destinos cercanos y en ocasiones a algún balneario. Eran momentos de solaz que permitieron fortalecer una amistad que permaneció a lo largo del tiempo.

Esa época feliz al inicio de los años sesenta, también estuvo marcado por el advenimiento de nuestra sexta hija, **Mirian Antonieta del Rosario**, el 13 de junio de 1961, una preciosa niña, bella y diminuta, otro regalo de nuestro Señor.

Por entonces, después de consultar al médico, yo planificaba el parto para las nueve de la noche. Tenía todo preparado para el alumbramiento. La hora era adecuada pues en ese momento los niños ya estaban durmiendo y mi marido podía asistirme en el proceso. Una vez que tomaba un baño, me recostaba para esperar las contracciones y darle la bienvenida al mundo a una nueva personita que venía a enriquecer a nuestro hogar.

Las reuniones familiares

En ocasiones especiales, especialmente el Jueves Santo, Navidad y los cumpleaños, la familia Aguirre Carbajal se reunía en la casa de mis tías. Eran amplias reuniones fami-

liares presididas por la imagen austera de mi abuela Cleofé en un extremo de la mesa y de mi tío Alejito en el otro. Además de mis tías Matildita, Lucilita, Hermelindita, Marianita e Imeldita, estaban mi mamá Rosita y las familias Rosero Aguirre (el tío Lucho Rosero, su esposa Imelda y sus hijos), Torres Aguirre (el tío Alfonso Torres, su esposa Mariana y sus hijos) y Andrade Aguirre.

El día de la reunión, ponía a los guaguas de punta en blanco. Siempre me gustó que estuviesen bien vestidos. Sacrificaba tiempo de sueño para coserles unos preciosos vestidos a mis niñas. Los hijos nos acompañaban en el viaje en bus y luego a la corta caminata hasta la casa familiar. Habían recibido la advertencia de no ser traviesos, portarse bien, no ingresar a las habitaciones de los tíos, comportarse educados en la mesa y comer todo. No siempre era fácil controlar a tantos niños, pero habitualmente lográbamos conservar cierto orden, interrumpido a veces por una queja o un sollozo. Generalmente una mirada mía bastaba para que los chicos vuelvan al orden.

En los cumpleaños se estilaba una visita al homenajeado y un cafecito. Bajo ese nombre se ocultaba una ceremonia que empezaba con "un vinito". En verdad se trataba de un aperitivo, un vermouth Cora o Cinzano, tradición posiblemente inducida en la cerrada sociedad ibarreña por los militares de la misión italiana que llegó al país en los años veinte del siglo pasado y por los ingenieros italianos que formaron parte de la épica construcción del Ferrocarril del Norte primero y de la vía a San Lorenzo, más tarde.

Ya en la mesa, un delicioso café pasado, típico del norte del país; o té, con una rodajita de limón. Para acompañar, una humita o un tamal. En otras ocasiones, el pan de la casa.

En Ibarra, el tamal adquiere verdaderas cumbres culinarias. Una sabia mezcla de harina de maíz con grasa de cerdo, era transformado por las hábiles manos de mi tía Hermelinda en una vaporosa mezcla gracias a horas de incesante friega y el añadido, en pequeñas porciones de la miel de panela que le daba su característico sabor dulce, totalmente distinto al de los restantes tamales tan populares en toda la América hispana. El relleno, tierno pollo adobado con cebollas y pimientos, tenía la justa mezcla de sal y picante para hacer un excelente contraste con la masa dulce. El resultado, una verdadera delicia. También se elaboraba la versión de sal, más cercana a la de los tamales tradicionales. Para cerrar la reunión, una copita de "fuerte" para los señores y, para mi mamá Rosita, la cual lo prefería al famoso vinito.

Luego, la despedida formal de mis hijos, dando la mano a sus tíos y tías y un abrazo a su abuela, para llegar a tiempo a tomar el último bus que salía de Ibarra rumbo a San Antonio.

El jueves santo, la reunión alcanzaba otras cumbres. Para muchas familias, la Semana Mayor conjugaba la devoción religiosa por la celebración de la vida, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Se iniciaba con la recordación del domingo de ramos, la entrada de Jesús a Jerusalén. En el transcurso de la semana, las personas acudían a las iglesias para las ceremonias religiosas. El jueves, la recordación de la última cena se convertía en un almuerzo épico, tras el cual, se acudía a la iglesia para la ceremonia de las siete palabras. El copioso almuerzo y la duración, muchas veces excesiva de la ceremonia, generaban situaciones tragicómicas, con desmayos incluidos. Esa noche, la población entera desfilaba por la decena de iglesias y capillas de la ciudad, visitando los "monumen-

tos", es decir los decorados altares mayores, hábilmente adornados por manos piadosas.

El Viernes Santo, ciudades y pueblos se llamaban a silencio. La gente se vestía de luto y conversaba en tono bajo. Las emisoras emitían solo música sacra o clásica, por pocas horas. A las tres de la tarde, también apagaban sus equipos. Era el momento del sermón de las siete palabras, conmemorativo de la crucifixión y muerte del Señor. Al cerrarse las ceremonias, las campanas de las iglesias eran reemplazadas por las matracas, que se utilizaban en las ceremonias ese día y el sábado santo. Las campanas volvían a sonar el domingo, para celebrar la resurrección de Cristo.

Existe mucha polémica respecto de los platos que componen el almuerzo de jueves santo. En la casa de las señoritas Aguirre, la tradición dictaba que el festín se inicie con ensalada de frutas. A continuación, sopa "de pajaritos", una ligera sopa con pequeñísimas masas fritas. Luego el plato fuerte: la fanesca incomparable. En el estilo ibarreño, con todos los granos pelados, el plato tiene un refrito de cebolla y ajo en manteca colorada que sirve como base para que se vayan incorporando los restantes ingredientes: choclo, arveja, frejol, lenteja haba, mellocos, chocho… Los granos debían ser pelados, es decir, sin su revestimiento externo. Un trabajo que llevaba un día entero. Para otorgarle consistencia, se incluía arroz previamente cocido, zambo (no zapallo) cocido en forma de puré y leche. No se utilizaba el caldo de bacalao por su sabor excesivamente fuerte. El pescado se cocinaba aparte y se lo ponía en un plato en el centro de la mesa para quienes gustaban de él. El delicioso sabor de este plato que lo diferenciaba a los de otras regiones, se debía a la pepa de zambo, tostada y molida, diluida en leche.

Como adornos de este fantástico plato: bolitas de harina fritas, rueditas de plátano dominico frito, huevo cocinado en rodajas, aguacate y queso. Y un detalle de excepción, las cebollitas encurtidas agridulces.

Para cerrar la comida recordatoria de la cena de Jesús y sus discípulos, el postre. En realidad dos para escoger, arroz con leche o dulce de higos con queso. En definitiva, un banquete que compensaba los días de ayuno y abstinencia obligatoria, que era una de las normas de la iglesia católica para su semana mayor.

Un viaje aventurado

El trabajo nocturno para preparar los helados terminó afectando la salud de David. A ello se sumó una vieja lesión de espalda que se había vuelto crónica por los esfuerzos de cargar y descargar bultos en sus viajes con don Camilo cuando era muy joven.

Tras meses de dolores, una consulta con el médico le convenció de la necesidad de consultar con el especialista. Decidió viajar a Quito a realizar esa consulta. Acudió al Hospital Vozandes, una magnífica obra social de la Iglesia Evangélica. Allí le diagnosticaron una hernia de disco y le sugirieron una operación inmediata. David le pidió al médico tiempo para tomar una decisión: "Debo consultar con la Pepita", le comentó. Consultó además los costos de la operación y el tiempo de recuperación. Con esos datos regresó a San Antonio.

Tomamos juntos la decisión de que debía operarse pero también de esperar un poco para poder ahorrar y afrontar los gastos de la intervención. Un alivio temporal del dolor, parecía incrementar las dudas de mi marido, pero por mi

parte había tomado una decisión firme. Cuando logramos ahorrar el dinero necesario para la operación, preparé todo para que fuese al hospital. En el negocio me di modos, con la ayuda de mi hijo mayor para mantener la normalidad. En la casa, tenía la ayuda de Isabel, encargada de la cocina y de mantener cierto orden con los otros chicos.

A distancia, con ocasionales llamadas de mi marido (a la referida oficina de correos) pude seguir el curso del tratamiento. A la operación exitosa, siguió un período de rehabilitación, con el Davidcito realizando ejercicios y durmiendo con un sistema de tracción con pesas. Transcurrieron tres semanas cuando me avisó que le habían dado el alta y que retornaría al día siguiente.

Preparé todo para recibirle. Como era verano, los niños estaban de vacaciones. Una comida especial le esperaba. Calculé que llegaría alrededor de mediodía. A las doce, empecé a vigilar el paso de los buses que venían de Quito. Pasó una Flota Imbabura y no se detuvo. Más tarde, paró en el parque un bus de la empresa Amado Espinosa. Salí a recibirle, pero no venía en ese transporte. Como sabía que no llegarían más buses sino hasta las cuatro de la tarde, me senté a almorzar con mis hijos.

Como a las tres, un carro empezó a pitar insistentemente en la esquina de la casa. No era un sonido muy fuerte, pero si continuo. Un poco molesta, salí a ver de qué se trataba. En la esquina, un jeep verde un poquito viejo. Sentado al volante, con una sonrisa de oreja a oreja y los ojitos entrecerrados, mi negrito.

Yo me pegué un susto. No supe que pensar. No había nadie acompañándole. Se bajó y me dio un largo abrazo. Luego recogió su maleta e ingresó a la casa. Tengo en mi

memoria la foto de aquel instante. Se agachó, lentamente, para abrazar a sus hijos. El Pepito, María Elena, Mónica y Gema, lo abrazaban, jubilosos. Un paso atrás, el hermano mayor esperaba su turno. David abrió la maleta y entregó un pequeño juguete a cada uno. Su felicidad era total.

Nos sentamos a la mesa. Él me contó de la operación, de los ejercicios, del apoyo de su tía Luisa. Aunque tenía curiosidad, esperé a que terminara de comer para que me contara sobre el carro. El, demoraba en topar el tema. Finalmente las preguntas se acumularon. "¿Y ese carro? ¿Cómo llegaste? ¿Quién te trajo?". La historia del vehículo y el viaje eran absolutamente sorprendentes.

El Hospital Vozandes, además de los exámenes médicos previos a la operación, le pidió llenar un cuestionario socio económico. Del análisis de nuestra condición, se derivó una sorpresa: el costo de la operación, el tratamiento y la permanencia en el hospital serían mucho menores de lo que se había supuesto. David se alegró, pues podríamos invertir ese dinero para ampliar el negocio.

Una de las cosas más admirables de mi marido era su capacidad para tomar contacto con las personas. Emprendía conversaciones con todos y hacía amigos con mucha facilidad, Tenía un interés genuino en escuchar y solía opinar de muchos temas. Además un corazón generoso, dispuesto siempre a ayudar.

Esas cualidades le sirvieron además para buscar y encontrar nuevas oportunidades para hacer negocios, realizar viajes o participar en emprendimientos. Así ocurrió en este caso. En el transcurso de sus conversaciones con los médicos, recibió la advertencia de que no podría, al menos por un par de años, levantar pesos o realizar grandes esfuerzos,

para evitar nuevos daños a su columna. Él se preocupó mucho con la noticia, pues el negocio que teníamos requería justamente levantar pesos, transportar cosas, estar en continuo movimiento. "¿Y ahora cómo hacemos?" –pensó-.

Por casualidad, participó en una charla del personal del hospital. Les comentó de sus andanzas en el trabajo del ferrocarril, su negocio y la dolencia que le había llevado al hospital. Uno de los misioneros le preguntó si sabía manejar. Sin pensarlo le contestó que sí. Que había aprendido a manejar los autocarriles con sus compañeros. Seguramente pensó que no sería tan diferente.

Un día antes de salir con la alta médica, el misionero le volvió a visitar con otro norteamericano. Le comentaron que estaban rematando maquinaria y equipos y que le ofrecían un vehículo Land Rover, que aunque era un remanente de la guerra mundial estaba en buen estado. Su carácter impulsivo y aventurero le impulsaba a decir que sí, pero le frenaba la situación económica. Preguntó el costo del carro. Era mayor a los ahorros que le quedaron. "Por si acaso", les preguntó si podría pagar en dos partes y, para su sorpresa, lo aceptaron. Entonces selló el negocio: salió del hospital con carro y con deuda.

Al día siguiente, llegó el vehículo al hospital. Pagó la primera parte con su dinero y un préstamo que le hizo la tía Luisa. A continuación le dieron una breve, brevísima instrucción de manejo. "Estos son los pedales del acelerador, el freno y el embrague". "Aquí están las luces". "Tenga cuidado con el freno, pues puede recalentarse". Se dieron las manos, le entregaron los papeles y se encontró, en la puerta del hospital Vozandes con su primer vehículo, sin saber cómo manejarlo y con la misión de llegar a San Antonio con él.

Se impuso su alma aventurera. Puso la marcha y el carro no se movió. Volvió a ponerla y el vehículo se movió hacia atrás. Finalmente atinó con la primera marcha y, a trompicones, enrumbó por la avenida 10 de agosto hacia el norte.

Le escuchaba contar sobre el viaje y no sabía si reírme o llorar. En un semáforo, ya saliendo de la capital de la República, el carro se volvió a apagar. Se demoró en prenderlo de nuevo. Luego, despacio, despacio, tomó la carretera empedrada rumbo a Ibarra. No era fácil conducir un jeep de los años cuarenta, mucho más en las estrechas y desiguales carreteras empedradas de aquellos tiempos. Cada vehículo que venía en sentido contrario era una amenaza; cada curva un desafío; cada subida, el riesgo de que el carro se volviese a apagar con el peligro subsiguiente.

Pasito a pasito llegó a Guayllabamba, donde se detuvo para refrigerar el motor. Luego avanzó con mayor confianza. Pasó Otón y llegó a Cayambe. Llevaba manejando casi tres horas. Tras tomar un cafecito, reinició la jornada. Al trasponer el nudo de Mojanda Cajas y contemplar, a lo lejos, el Imbabura, se convenció que llegaría a su hogar. Debió cruzar Otavalo muy despacio por el recelo de los peatones que se cruzaban en la vía. Finalmente, tras casi cuatro horas, avistó a lo lejos a San Antonio. Llegó hasta el parque. Al frenar, se subió a la acera. Había llegado a la meta e involuntariamente, su cuerpo temblaba. Lleno de júbilo tocó la bocina muchas veces, mientras saludaba con los vecinos que le miraban curiosos. Cuando salí, la alegría le volvió al cuerpo. Estaba en casa, con su familia, sano y salvo. Sin saber manejar, ni conocer el vehículo, había viajado ciento treinta kilómetros, sin accidentes, para llegar a su destino.

No sé si era un inconsciente o simplemente un aventurero, pero cumplía sus objetivos. Dios lo bendiga.

Crecen las responsabilidades

A pesar de que la decisión impulsiva de David nos ponía en apuros económicos, por lo que al inicio me causó disgusto, la realidad es que el jeep fue un factor clave para impulsar el negocio, pero mucho más para unir a la familia en torno a actividades que nos permitían salir un poco de las agobiantes tareas del día a día.

El domingo se convirtió en el día del paseo. Abríamos el negocio hasta las doce del mediodía y luego, llevando alimentos previamente preparados, nos encaminábamos hacia algún paraje campestre para disfrutar de un almuerzo al aire libre. A David le encantaba la vida al aire libre, los paisajes, la libertad.

Por aquellos tiempos, era muy fácil encontrar en el campo sitios para hacer un picnic. Muy temprano empezaba, con la ayuda de una empleada, a preparar los alimentos que consumiríamos. Choclos con queso amasado. Cosas finas (una mezcla muy andina de frejol, alverjas y chochos, a veces acompañados de los residuos de la fritada). Alguna fruta o un jugo. En muy contadas ocasiones un regalo especial para los chicos, un refresco de soda, que en el Ecuador se le llama "cola". A los niños les encantaba la Orangine de mora, una verdadera creación de una empresa ecuatoriana. Yo prefería la Orangine tradicional: de naranja.

Hacia las once, el Pepito y la Mónica empezaban a mostrarse inquietos y a preguntar: "¿A qué horas nos vamos?". Pocos minutos después: "¿Cuánto falta para salir?". Y un minuto más tarde: "Mami, ¿ya nos vamos?". Y mien-

tras tanto, entraban y salían de la tienda, llevando a la zaga a sus dos hermanas pequeñas, que estaban al cuidado de María Elena. Para distraerles, les decía al inicio que me avisen cuando ya estuviese lista la comida. Se iban a la cocina y esperaban sentados esperando una señal de Isabel. Luego venían corriendo, diciéndome a gritos: "Mami, mami, ya está la comida. Ya vamos." Y en el fondo, el Pepito: "Vamos, vamos, suban al carro." Y yo, "esperen, esperen. Cuenten hasta cien y me avisan". Era un espectáculo verlos a los dos revoltosos contando en voz alta y sus hermanas más chicas, en su media lengua, imitando el conteo.

Finalmente, terminábamos de atender al último cliente, apurados por las miradas suplicantes, ahora de cinco niños. El mayor estaba –como siempre ayudando. Cerrábamos el local y a la orden de vamos, los más grandes se atropellaban para ganar sitio en el pequeño vehículo. En el jeep cabían cuatro adultos, pero nos acomodábamos los ocho y uno más en camino. Pronto, muy pronto, en diciembre del año 63 llegaría la última de nuestras hijas, la joya que completaría la corona, nuestra Ana Lucía Marcela.

Apenas nos acomodábamos, surgía inevitable la pregunta, "¿A dónde vamos?" y de igual manera inevitable la misma respuesta de don David: "A dónde nos lleve el carro". Los niños protestaban "¡¡Papá!!", pero esa era la forma del padre de enseñarles a buscar la aventura, a perseguir nuevos destinos.

A veces el paseo era a un lugar cercano al pueblo: la Peña Colorada, Tanguarín, Santo Domingo, la Loma Redonda. Buscábamos un prado en donde colocábamos un mantel y la comida. Había tiempo para jugar: a las cogidas, a las adivinanzas, a los colores, a las ollitas. Los varones, con su

inseparable pelota de letras. Tras los juegos, la sencilla comida dominguera se convertía en fuente de regocijo. Las risas de los niños demostraba la eficacia de esta rutina semanal.

En otras oportunidades, los paseos eran más largos. Yaguarcocha, Salinas, las piscinas termales de La Salud en Quinchuquí, cerca de Otavalo. Permanecer mayor tiempo en el vehículo y la incomodidad consiguiente, a veces provocaba estragos en los más pequeños, pero los viajes siempre valían la pena. Mi marido nos enseñó a conocer el paisaje, a tomar referencias, a conocer algo de la historia de los lugares a los que íbamos. Por mi parte, intentaba distraerlos con juegos y canciones. El retorno, con los niños cansados y felices, se hacía corto, pues la mayoría dormían y solo despertaban hasta llegar a San Antonio.

Nuestro carrito viejo

A pesar de los consejos médicos de descansar por varios meses para evitar nuevos daños a su columna, a David no le quedó más remedio que volver a trabajar. La compra del carro se reveló entonces providencial. Con él viajaba a Ibarra todos los días para comprar el pan y algún otro producto que necesitábamos. Podíamos ofrecer entonces el pan aún tibio a nuestros clientes, lo que fortaleció el negocio.

Cuando se trataba de compras mayores, acompañado de sus hijos varones, iba con una lista a los almacenes mayoristas. Allí no tenía problemas, pues los empleados colocaban los bultos de arroz, azúcar, harina y afrechillo o las cajas de fideos, manteca, aceite, jabón, en el vehículo. Al retornar, a veces había algún vecino amable que ayudaba. Si no era el caso, ayudada por mis hijos, a veces a trompicones, lentamente, lográbamos ingresar los productos a la

tienda. A pesar de que David quería ayudar, lo impedíamos, pues estábamos muy conscientes de la estricta prohibición de los médicos.

Ese período de más de un año demostró la voluntad y tenacidad de los dos hijos mayores, que sin protestar, asumieron actividades que parecían excesivas para su corta edad. Especialmente el Pepito, cuya fuerza equiparaba y muchas veces superaba la del hermano mayor. Su papá, orgulloso, comentaba más tarde a sus amigos que habían levantado un quintal, haciendo soporte en sus rodillas, para colocarlo en el yip o que habían bajado solos toda la mercadería. ¡Cuánta gratitud les debemos!

A pesar de nuestros cuidados, el trajín del negocio y sus ganas de ayudar, terminaron pasando factura a David. Tuvo que volver a visitar el hospital en donde le recetaron una terapia de pesas y dormir en cama dura por unos meses. Demostró disciplina en este esfuerzo por fortalecer su espalda, la cual, sin embargo, siempre le ocasionó dolores a lo largo de la vida.

El carro también permitió ampliar las perspectivas del negocio, pues podíamos comprar más productos para atender mejor a la clientela y de esa manera, evitar que deban viajar al mercado, en Ibarra, para realizar compras.

También nos permitía traer con facilidad productos de librería adquiridos en el negocio de los herederos de don Daniel Antonio Guzmán y los tradicionales caramelos de rayitas, fabricados por el señor Varela. Como anécdota que me llena aún de profunda emoción, durante la enfermedad de David, una vez al mes, mis dos hijos mayores hacían el viaje en bus a Otavalo, para esos productos y otros como palos para helados o velas de sebo. Con ejemplar responsa-

bilidad, llegaban, hacían las compras, cargaban los productos en el bus y llegaban, siempre sin novedad a San Antonio. Alguna vez me contaron que para evitar robos, bajaban del bus e iban corriendo hasta la imprenta que estaba en la calle Bolívar. Cargaban el paquete y volvían a correr hasta la fábrica de caramelos. Luego, ya más tranquilos, caminaban hasta la parada del bus. Se sentaban en la última fila para regresar a San Antonio, marcados los paquetes o con ellos entre las piernas.

El espíritu emprendedor de David, le permitió visualizar otras formas de hacer negocios. Al inicio, transportaba "pedidos" de materiales y herramientas para los artesanos y luego, teníamos en stock esos productos en la tienda.

Más adelante, en las conversaciones con otros comerciantes, advirtió que podía también distribuir productos y procuró organizarse para realizar nuevos emprendimientos. Lo hablamos varias veces. Yo estaba conforme con nuestra vida y con el negocio. El trabajo era fuerte pero satisfactorio. Sin embargo, en el fondo de mi corazón sabía que a mi marido hacer el mismo trabajo, todos los días, lo agobiaba. Le gustaba salir, conversar con otra gente, hacer negocios. Era un visionario, mientras que yo tenía más los pies sobre la tierra. De manera que, finalmente, acepté que intentara hacer realidad su sueño.

Como siempre, ahorramos por un tiempo para tener el capital necesario para iniciar el negocio. David advirtió que la mayoría de empresas guayaquileñas ya tenían distribuidores en Ibarra, por lo que empezó a buscar en el periódico y conversando con agentes vendedores, otras empresas fabricantes de productos nuevos.

No fue fácil la indagación. Con una idea en mente y lo poco que habíamos ahorrado, decidió viajar a Quito. Iba con la idea de adquirir productos o conseguir una distribución de La Universal. Llegó a la sede del distribuidor de esa empresa para la Sierra, una gran bodega situada en La Floresta, cerca de la Universidad Católica. El gerente de la empresa lo recibió amablemente y le explicó que por el momento preferían utilizar vendedores. La facilidad de don David para iniciar conversaciones y entablar amistades, le permitió conseguir un descuento especial en esa línea de productos y, tras la primera compra, una línea de crédito, vital para el negocio.

Pero obtuvo algo más: los primeros contactos con otros productores, que con el tiempo fructificarían en la ampliación de las líneas que venderíamos en el almacén en Ibarra. Pero esa es una historia que contaré más adelante.

Por lo pronto, David, cargaba los caramelos, galletas y chocolates de la Universal y los ofrecía de negocio en negocio, de tienda en tienda, en Ibarra y los pueblitos cercanos, intentado romper un mercado dominado por los productos colombianos. Su paciencia y facilidad de palabra lo ayudaron para logar que, poquito a poquito, la gente se acostumbre a consumir los manichos, ositos, turrones, caramelo de menta y fresa, galletas de vainilla "Petite Beurre", que luego se convertirían en favoritos de los consumidores.

Una conversación con mi gran amiga, Pilar de Tobar, que solía venir con su esposo Pepe y su hija a tomar helados en San Antonio, nos permitió contactar con una empresa por entonces desconocida en la región: Industria Ales, cuyos jabones, mantecas y aceites, fueron introducidos por nosotros en Imbabura y más tarde, en Carchi.

Pero me estoy adelantando. El proceso fue lento y a veces descorazonador. La economía de la provincia era escasa. Había poco trabajo y mucha pobreza. Los dueños de tienda solían ser muy tradicionalistas. Se contentaban con vender los pocos productos de siempre. Cada visita le tomaba a David (muchas veces con la compañía de nuestro hijo mayor), un largo tiempo de convencimiento, generalmente infructuoso. Finalmente, el éxito llegó por el lado de la economía. David logró convencer a muchos de sus clientes, especialmente en el mercado de Ibarra, no solo de la calidad de los productos ecuatorianos, sino de una mayor ganancia. Tozudo como era, cuando un cliente le dijo que no era cierto, David le retó: le doy el producto gratis si no era verdad. Procedieron a abrir y comparar una funda de caramelos colombianos y otra de caramelos nacionales, que tenían un precio similar. Un grupo de curiosos se acercaron a ver. En el paquete de caramelos colombianos venían 90, que era el estándar para ese país. En la de caramelos ecuatorianos venían 100, pues utilizaban los estándares de la industria americana. La ganancia, por supuesto era mayor con los productos de las empresas ecuatorianas. Realizó esa venta y como la noticia se difundió, pronto adquirió nuevos clientes. Muchos de los cuales le pedían que demuestre "lo de los cien caramelos".

Una decisión impulsiva

Pasaba el tiempo y las responsabilidades con la familia aumentaban. Cinco hijos ya en la escuela. Cuatro de ellos yendo diariamente a Ibarra y retornando. El trabajo era sumamente duro pero lo afrontábamos con gusto. La familia era una prioridad.

Por entonces, se me metió una idea en la cabeza. Pasaba un día por la calle Bolívar en dirección al nuevo mercado Amazonas en la capital imbabureña. Al llegar a la esquina de la nueva calle que iba al mercado, en ese momento aún sin nombre (luego avenida Alfredo Pérez Guerrero), me encontré con don Amador Sandoval, propietario de la quinta Sandoval, que ocupaba la esquina y se prolongaba media manzana. Observé que medían el terreno contiguo e impulsivamente le dije: "Si se decide a vender algún pedazo de terreno, me avisa". El gentilmente contestó: "No se preocupe Pepita, cuente con ello".

A partir de allí, en broma y en serio, cada vez que pasábamos por la zona, echaba una mirada a "mi terreno", a pesar de que sabíamos que no contábamos con los medios para comprarlo. Me propuse ahorrar –aún más- para concretar esa posibilidad.

Tiempo después, al ir hacia el mercado, se me cayó el alma al piso. Un tractor estaba realizando tareas de ampliación de la calle, mientras un grupo de obreros desmontaban el muro de "mi terreno". Estaban iniciando la excavación para construir una casa. Me olvidé de las compras y caminé hacia el centro de la ciudad, en busca de don Amador. Lo encontré en su casa familiar, en la esquina del parque Pedro Moncayo. Tras una corta espera, me acogió con amabilidad. Aún con la frustración latente, no atiné sino a reclamarle: "Están construyendo en mi terreno. Usted me prometió, don Amadorcito…" El, con una sonrisa, me responde. "Tenía que cumplir con un compromiso familiar y tenía también una urgencia económica. Pero no se preocupe, siempre cumplo con mis promesas. Le tengo reservado el terreno esquinero. ¿Le gusta?". Demoré un poco la respuesta, pues

ésta nos comprometería a la compra. A pesar de no ser impulsiva, mi ilusión era superior. "Si –le respondí-. ¿Cuánto cuesta?". La cifra mencionada era alta, pero las cartas estaban jugadas. Me comprometí a la adquisición del lote de terreno con un pago inicial y cuotas mensuales.

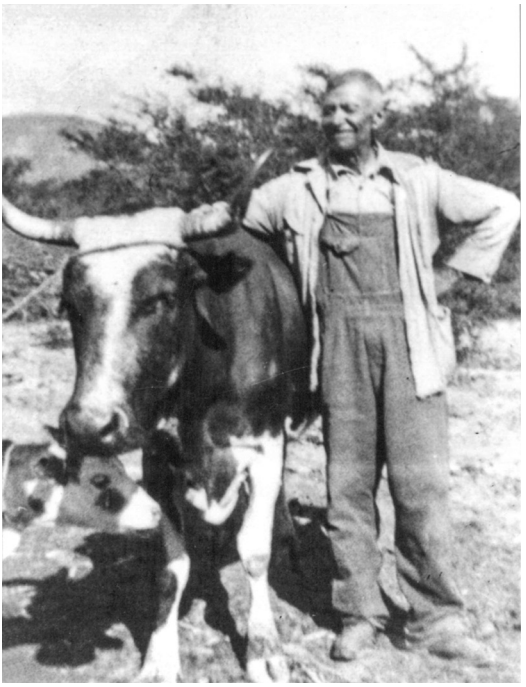
Salí de la reunión con algo de desesperación. ¿Y ahora, cómo pagamos? Y me llegó la respuesta de la fe: Dios proveerá.

Cuando llegué a San Antonio, con la mayor frescura, le dije a mi marido: "Davidcito, sabes que nos compramos el terreno en Ibarra". Él se sorprendió mucho. Seguramente se preocupó porque implicaba un duro esfuerzo. Pero reaccionó con generosidad: "Si lo decidiste, está bien".

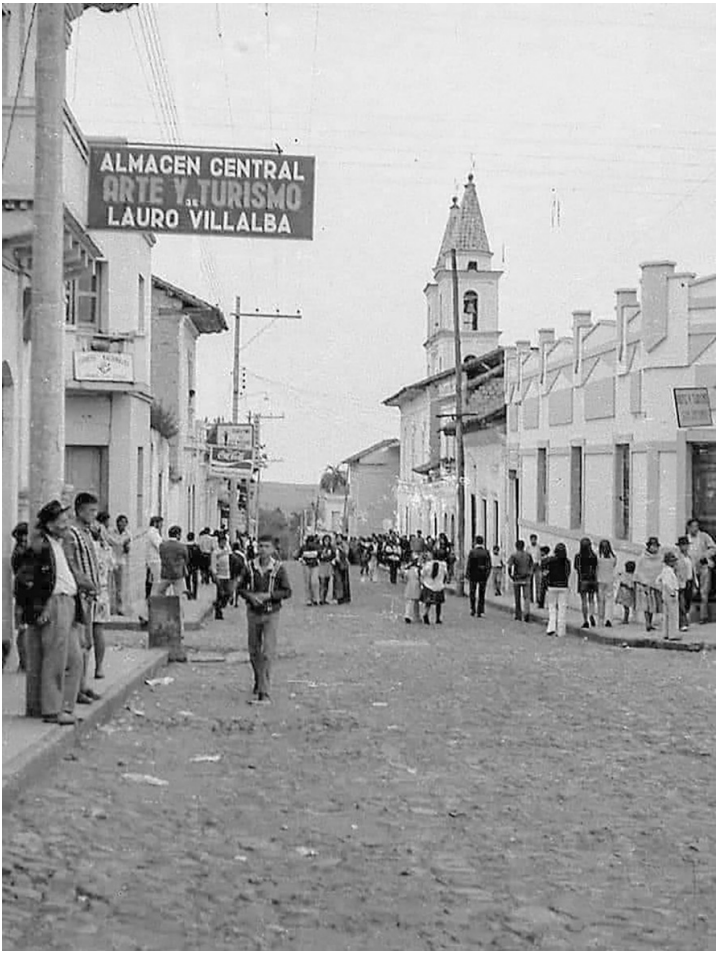
La noticia nos convocó a un redoblado esfuerzo para afrontar los nuevos gastos para la compra del terreno y para el advenimiento de nuestra séptima hija, el botón que completaría el ramillete que Dios nos había enviado. Nuestra querida **Ana Lucía Marcela** vendría a completar la familia en la Navidad de 1962.

Arriba: En el parque de San Antonio, Gema, Mónica, María Elena.
Abajo: En la piscina de la Salud, Otavalo.

Arriba: Con mis hijas Mónica y María Elena.
Abajo: Vestidos de otavaleños con Edmundo y Charito visitando a los amigos Fausto y Zoilita.



Arriba: Don Camilo Andrade Melo.
Abajo: Los hermanos Andrade Torres, Camilo, Estelita, Nelson y David, con doña María.



San Antonio. En la casa esquinera de la derecha estaba nuestra tienda.

Cuarta parte

Un sueño posible

Ibarra en los años sesenta. Foto: Cristóbal Arias Cobo.

Rumbo a Ibarra

La decisión de comprar el terreno de la Bolívar y Amazonas llevaba implícita la idea de trasladarnos a vivir en Ibarra. Al menos para mí, así era. Para mi esposo, a lo mejor no era tan claro, pero algo sospechaba.

El ahorro, que había sido una necesidad para afrontar los gastos de la enfermedad y recuperación de David, ahora se convirtió en una costumbre, en un rito. Reuníamos, centavo a centavo, los recursos que no afectaban a la operación del negocio. Un recorte por allí, una reducción por allá. Los vestidos, los zapatos, debían durar un poquito más. Nada de lujos ni de gastos extras.

El pago inicial del terreno y los abonos mensuales evaporaban todos los ahorros, pero de manera constante, mes a mes, la deuda se iba saldando. Don Amador Sandoval tuvo la generosidad de ser paciente cuanto por razones justificadas, nos atrasábamos unos cuantos días en el pago. Pero siempre cumplíamos. Finalmente llegamos a la meta: el terreno era nuestro.

La ciudad, en los años sesenta estaba cambiando. Se construía la Ciudadela del Chofer que impulsaba el crecimiento de Ibarra hacia el norte. Se impulsaba la venta de terrenos de la Ciudadela Jardín, un proyecto inmobiliario en la avenida de ingreso a la ciudad, en el sector de Ajaví. El nuevo mercado cerrado, una antigua aspiración de los habitantes de la Villa, cuál era la antigua denominación popular de Ibarra, estaba ya en construcción. Se ampliaban calles como la Bolívar para conectar con lo que sería la avenida Atahualpa, que sustituiría al antiguo carretero a Caranqui. Se proyectaban nuevas calles que transformarían totalmente la fisonomía urbana de la capital de Imbabura.

El comercio de la ciudad crecía rápidamente. Nuevos emprendimientos aparecían y con ellos, oportunidades de negocios. Ello se correspondía con la dinamización económica del Ecuador, sustentada en la centenaria exportación de cacao y en nueva y pujante explotación de banano. Las nuevas leyes sociales incorporaron a la economía a importantes sectores de la población, impulsando un crecimiento de la oferta y demanda de productos.

Nuestro negocio en San Antonio se mantenía pujante, pero nuevamente en nuestras cabezas se iba imponiendo la idea de un cambio que nos llevaría inevitablemente a establecernos en Ibarra.

La educación de los hijos era la principal razón de este esfuerzo. Para afrontar los costos de formación, vestimenta y transporte de siete hijos, intuíamos que no serían suficientes los ingresos que teníamos. Sufríamos ante la perspectiva de un cambio tan radical, pero poco a poco nos íbamos convenciendo que debíamos afrontar el desafío de crecer.

Otro negocio que atender

David era hombre de decisiones, yo, pensaba mucho más las cosas. El, sin comentarme, había estado buscando un local para poner una tienda en Ibarra. Un día llegó con el anuncio de que había encontrado un local en el sector del Obelisco, a poca distancia de la estación del ferrocarril. El dueño de la casa era don Gonzalo Montesdeoca, reconocido artesano de San Antonio, quien le ofreció a David facilidades para el arriendo. Viendo la decisión que tenía, acepté con reticencia. Pero las dificultades eran muchas: el mobiliario, el dinero para los productos, la búsqueda de clientes en un sector que ya tenía otros negocios similares.

Puse una sola condición: que las ganancias del nuevo negocio se destinen en su mayoría a una cuenta de ahorros. En mi mente ya germinaba la idea de ir a vivir a Ibarra, ¡a nuestra propia casa!

Como siempre, con mi ayuda y el apoyo de los hijos mayores, fuimos preparando las cosas para el nuevo negocio. David construyó las estanterías y las pintó con David y Pepito. Compramos los escasos equipos necesarios. Por los artículos de expendio no había problemas: compartiríamos todo entre las dos tiendas. Pero también estaban los temas en contra que se ponían en el tapete. Al dividirnos en dos negocios, la atención ya no sería igual; el esfuerzo físico y mental se duplicaría.

Finalmente abrimos el negocio en Ibarra que estaría a cargo de don David. El pobre debió doblar y repicar: tenía que ir a Ibarra en la madrugada, comprar el pan y llevarlo a San Antonio, para regresar de inmediato a Ibarra a abrir el negocio. Llevaba en un portaviandas sus alimentos aunque prefería llevar a sus hijos de la escuela al pueblo y luego de retorno, aprovechando una muy antigua costumbre de la ciudad: cerrar los negocios al mediodía para almorzar y hacer la siesta. Él podía llevar entonces a los niños a sus clases de la tarde y reabrir la tienda.

La vida cambió para todos. El trabajo se duplicó. Y los resultados tardaron en llegar. Los primeros meses apenas podíamos pagar el costo del arriendo. Pero persistimos.

Poco a poco logramos estabilizar el negocio y cumplir nuestra meta de ahorrar. Mi disciplina, a veces obsesiva, convirtió en una rutina el alimentar la cuenta de la Mutualista Imbabura, semana a semana. Al mismo tiempo, con mucho tino, iba convenciendo a David de la necesidad de

trasladarnos a vivir en la capital de la provincia. Las ventajas eran evidentes: fortalecer la educación de los hijos ahorrando costos al mismo tiempo; tener al alcance de la mano atención médica; incrementar el contacto con mi familia, ampliar el negocio.

Mi esposo pensaba en arrendar una casita para vivir. Por mi parte, tenía la ilusión de construir una casa en nuestro terreno, con las comodidades necesarias para la gran familia que teníamos. Claro que el enorme costo ponía una barrera al parecer insuperable a mi sueño.

Finalmente encontramos una solución intermedia: seguiríamos viviendo en San Antonio, mientras conseguíamos un préstamo e iniciábamos la construcción de lo que sería nuestra morada en los siguientes años. Eso nos mantuvo extremadamente ocupados por los siguientes meses. Terminábamos exhaustos, pero manteníamos vivo el sueño de la casa propia.

Una sociedad en ebullición

Ente tanto, al margen del negocio, la vida seguía con sus alegrías y tristezas. Como nunca antes, el planeta vivía una transformación radical. Tras la segunda guerra mundial, los Estados Unidos se habían transformado en la primera potencia mundial. Sin embargo, persistían las injusticias, la discriminación y la guerra. Los jóvenes se resistían a participar en la guerra y se manifestaban en las calles. Mientras tanto en Inglaterra, una nueva revolución transformaría el planeta: los Beatles y su propuesta musical.

El Ecuador permanecía alejado de estos sucesos planetarios. Tras el cuarto gobierno del doctor Velasco Ibarra, terminado por un golpe de Estado, el poder lo ejerció su vicepresidente, el doctor Arosemena Monroy, quien también

fue destituido por un golpe militar que colocó en el poder a una Junta Militar.

En América Latina, la revolución cubana había instalado el miedo al comunismo. El gobierno norteamericano optó por apoyar dictaduras para contener la amenaza. Impulsó además la Alianza para el Progreso.

En las pequeñas ciudades y pueblos de la región, la ayuda de ese programa –aceite, sémola, leche en polvo- se transforma por primera vez en alimentos para familias necesitadas y para los niños en las escuelas. Como en muchas otras ocasiones, alentó también un mercado negro de esos productos.

San Antonio recibe una ayuda que impulsa a su artesanía: capacitación. A los antiguos saberes de los talladores, que venían de la Escuela Quiteña de Arte, se sumaron nuevas técnicas y herramientas. La calle principal vio incrementados sus almacenes y talleres ante la afluencia de visitantes que buscaban adquirir una escultura o un recuerdo en madera de su visita a la provincia de los lagos.

Pero sin duda, el motor principal del desarrollo del arte y la artesanía en San Antonio, era su colegio, el Daniel Reyes, denominado así en homenaje a quien, tras estudiar tallado y ebanistería en Quito, había dedicado su vida a formar alumnos en su taller y transformar así la vida de la parroquia. En el colegio se formaron numerosas generaciones de escultores y pintores que enriquecieron la vida artística del país.

San Antonio crecía y se transformaba poco a poco. Y en la esquina norte de su parque, el almacén y heladería de don David y de doña Pepita se habían convertido en una tradición.

Nuestra casa

En la noche, cerrado el negocio, acostados los niños, conversábamos con David del futuro. Poco a poco el tema se volvió único: cómo conseguir recursos para iniciar la construcción de nuestra casa. Hacíamos cuentas y las volvíamos a hacer. Con la vida espartana que teníamos y lo que podíamos ahorrar, pasarían muchos años para poder iniciar el proyecto.

En algún momento pusimos sobre la mesa la posibilidad de solicitar un préstamo, pero la desechamos, pues a los dos no nos gustaba la idea de endeudarnos. Vivíamos al día y una deuda sería una carga pesada.

La vida está llena de coincidencias y desafíos. Un día fui a depositar a la mutualista. La habíamos escogido porque pagaba un poquito más de interés que los bancos. Su gerente, Hernán Daza, era amigo y se acercó a saludar. Me preguntó: "Pepita, ¿no les interesa un préstamo para el negocio?". Le contesté que por el momento no. Y en un impulso le pregunté: "¿Ustedes dan préstamos para vivienda?". Él se sonrió y me contesta: "Justo para eso son las mutualistas". Me invita a pasar a su oficina y me explica el proceso de un préstamo hipotecario, algo que por esos tiempos era novedoso. Los intereses eran menores que los préstamos bancarios y los plazos mucho mayores. Le agradecí y me despedí.

En el bus, de regreso a casa, me llené de ilusiones. Pensaba que era posible. Que debía analizarlo seriamente con mi marido. Cuando llegué, le dije: "Te tengo una noticia". Y luego, le conté con detalles de los préstamos para construir la casa. Y agregué: "Si seguimos ahorrando y los negocios van bien, podemos pagar un préstamo". A lo mejor, mi de-

seo de tener casa propia fomentaba la ilusión. Mi entusiasmo no era compartido por mi esposo. El pensaba que una deuda iba a ser una carga demasiado pesada. Tenía además recelo de los intereses. Yo le expliqué lo mejor que pude, pero el persistía en su reticencia. Pasaron semanas y seguíamos discutiendo por el tema. Yo me mostré inflexible: quería mi casa. Y el préstamo era el único camino. La garantía era la misma casa, le argumenté a don David. Y ya hemos demostrado que podemos alcanzar metas, le insistía. Finalmente el aceptó.

Por algunos meses ahorramos para tener el dinero de la entrada. Cuando lo tuvimos, fuimos juntos a la mutualista a concretar el préstamo. Era tanta mi felicidad que me despedí del gerente con un abrazo. Al salir, el cielo resplandecía, el aire era más puro. Deberíamos redoblar nuestros esfuerzos, trabajar aún más duro, pero tendríamos nuestra casa.

Nos apresuramos a buscar un arquitecto para el diseño de los planos. Un amigo, el ingeniero Édison Rosales, diseñó la casa que queríamos: un almacén en el frente; cocina y comedor en la parte posterior; área social y habitaciones en el segundo piso. La época imponía una estructura rectangular de la fachada, con un precioso agregado, un pequeño muro de piedra que le daba distinción y encanto.

Con los planos en la mano, debimos esperar unas semanas para recibir la primera cuota del préstamo. Entre tanto, el municipio realizó el trazado final de la calle nombrada provisionalmente como Amazonas, que al convertirse en avenida, redujo en un veinte por ciento al terreno. “Nos quedamos sin patio”, le dije desconsolada a mi marido. El, tranquilo y sabio, me consoló argumentando que al ser la casa esquinera, incrementaría su valor.

El proceso de construcción se convirtió también en una empresa familiar. Con David pusimos las estacas para que el municipio mida el terreno y nos otorgue el permiso. Cada vez que iba a Ibarra, pasaba por el sitio para ver el proceso constructivo. Lo mismo hacía el Davidcito al mediodía para hablar con el ingeniero o conversar con los trabajadores.

Los domingos, los paseos ahora eran a la construcción. Primero para contemplar la excavación de los cimientos. Ibarra se caracteriza por tener una capa de agua muy cerca de la superficie, lo que dificulta la cimentación. Ese no fue nuestro caso. La protección de Dios, les decía a mis tías. Luego, con los niños para contemplar el avance de las obras o llevar materiales en el jeep para ahorrarnos unos centavos. Fue un sueño que vivimos día a día, semana a semana.

Conforme avanzaban las obras advertimos con alarma que el dinero del préstamo no alcanzaría para finalizar la obra. La informalidad era la norma no la excepción en este tipo de trabajos. Lo hablamos con el ingeniero, quien se comprometió hacer lo posible para terminar la obra con el presupuesto pactado. Aunque confiábamos en él, sabíamos que habría que conseguir más dinero para terminarla y volverla habitable.

Ello nos obligó a pedir la ayuda de parientes y amigos que con gran generosidad acudieron en nuestro auxilio. Durante algunos años debimos vivir angustiados por el peso de las deudas. Como se dice popularmente, estábamos siempre alcanzados. En innumerables ocasiones solicitamos préstamos a mi tía Matilde, a mi cuñado Nelson, a los amigos de la familia. Eran pequeñas sumas que se pagaban al día siguiente o a los dos días, y eran utilizadas para solucionar pagos en el banco o a los proveedores. Cabe

mencionar la generosa predisposición e inestimable ayuda del Banco del Pichincha, cuyo gerente, Eduardo Salvador, estaba siempre dispuesto a esperar unas horas hasta que consigamos el dinero y, en muchas ocasiones, a autorizar sobregiros que debían cancelarse al día siguiente.

Mientras el negocio en San Antonio se mantenía, la tienda en Ibarra no progresaba como esperábamos, por lo que no había esperanza de incrementar nuestros ingresos. Además de ahorrar, tendríamos que endeudarnos. Y lo haríamos para no dejar trunco nuestro sueño: nuestra propia casa. En la familia lo recordamos siempre con mucho cariño. Así como a Alfredo Dávila y a mi tío político Alfonso Torres, funcionarios por entonces de ese banco.

Llegó el día

La casa estaba terminada. Para nosotros era bellísima. Recorríamos las habitaciones, un dormitorio principal, otro para los varones, uno para las niñas. La pequeña sala, el comedor, el almacén. Y era nuestra.

Decidimos trasladarnos a Ibarra al terminar el año escolar, en julio de 1965. Fueron semanas de agitación, pues no solo debíamos preparar el traslado de la familia y el mobiliario, sino organizar la nueva casa y, mover la tienda de Ibarra al almacén. Por el momento, mantendríamos la tienda en San Antonio, que era nuestra principal fuente de ingresos. Es decir, seguiríamos divididos hasta equilibrar las finanzas. Yo me haría cargo del negocio en Ibarra y cuidaría a los niños, mientras don David continuaría con el negocio de San Antonio. Debíamos sacrificarnos para poder afrontar los pagos de la deuda que habíamos adquirido.

Finalmente llegó el día: en un camión llevamos nuestras pertenencias de nuestro querido San Antonio a Ibarra. Con enorme pena contemplamos las habitaciones que se iban vaciando, llevándose una parte de nuestra vida. Pero al mismo tiempo sabíamos que venían nuevos tiempos, con su carga de alegrías y tristezas, de logros y fracasos.

Para los niños el viaje, los niños en el camión y las niñas en el jeep, fue una fiesta. Tenían la ilusión de lo nuevo, de lo distinto. Nuestra alegría en cambio, estaba matizada por la nostalgia.

El ajetreo de la mudanza terminó avanzada la tarde. Un café nos permitió reponer fuerzas. Esa noche estuvo poblada de sueños.

Los hermanos Andrade Aguirre con la tía Anita. C. 1967.

Arriba: El antiguo mercado de la capital de Imbabura.
Abajo: La estación de ferrocarril de Ibarra.

Quinta parte

Ibarra

Ibarra. El Ceibo.

Un inicio complicado

Al día siguiente iniciamos la tarea de organizarnos en la casa nueva. La planta baja disponía de un almacén con una pequeña bodega, el comedor y la cocina, lo que posibilitaba combinar de alguna manera las tareas domésticas con la atención al negocio que pretendíamos iniciar de inmediato.

El local en que funcionaría el almacén, en la calle Bolívar y la avenida Amazonas (más tarde avenida Alfredo Pérez Guerrero), a dos cuadras del nuevo mercado inaugurado hace poco, tenía la ventaja de su ubicación en una zona que empezaba a poblarse de negocios que impulsaban el crecimiento urbanístico hacia el sur de la ciudad. En ese entonces, la avenida estaba en construcción; iba desde la calle Bolívar hasta los rieles del ferrocarril, en la zona cercana a la estación. No se habían derribado aún las casas para permitir que la avenida llegue hasta la Basílica de la Dolorosa.

La calle Bolívar proseguía hacia el sur hasta unirse con la avenida Atahualpa, en la zona de Yacucalle. Las nuevas construcciones empezaban a cambiar la configuración de un antiguo barrio de la ciudad de Ibarra, que comenzaba en "El Prado", una zona verde que era utilizada para el pastoreo de ganado y como cancha por los chiquillos de la zona y de las escuelas cercanas.

A partir de la escuela de los Hermanos Cristianos, la calle Bolívar, la arteria principal de la ciudad, transcurría hacia el sur rodeada de casas bajas, la mayoría con patio interior o con huerta, como corresponde a una urbe que a pesar de haber sido reconstruida totalmente a consecuencia del terremoto de 1868, conservó el estilo de construcción de

la soleada Andalucía, acentuado por la tradición de encalar las casas, es decir, pintarlas con cal para evitar de alguna manera a los zancudos, portadores de la malaria, enfermedad endémica de una zona asentada sobre pantanos. La ciudad, mostraba un blanco deslumbrante al ser castigada impiadosamente por el sol perpendicular que elevaba la temperatura al mediodía y otorgaba a sus pobladores un agradable clima, siempre primaveral.

A mediados de los sesenta, alcaldes visionarios, con un fuerte amor por la ciudad, como Cristóbal Gomezjurado, habían iniciado procesos de planificación urbana previendo el crecimiento de una población que dependía del comercio y del empleo estatal. La construcción del mercado cerrado, denominado como "Mercado Amazonas", supuso una fuerte inversión y la polémica del caso, especialmente entre los ciudadanos que defendían tradiciones que, en algunos casos, se oponían al progreso citadino.

Hasta entonces, las compras se hacían diariamente, pues la gran mayoría de familias no disponían de un refrigerador. El mercado municipal, construido en los años treinta, hacía tiempo había quedado pequeño, lo que obligaba a tener un mercado abierto en el amplio espacio contiguo, que quedaba al frente de la escuela de La Inmaculada. El mercado abierto lleno de tenderetes, se convertía el día de feria en un caótico negocio que invadía las calles aledañas. Como es lógico, ello traía graves problemas de insalubridad. El moderno mercado prometía un cambio fundamental para una ciudad en crecimiento. Apenas dos décadas más tarde quedaría a su vez obsoleto. Sin embargo, la incapacidad o el desinterés de los alcaldes y las administraciones municipales, aún mantienen un mercado que

es en mucho una feria al aire libre, indigno de una ciudad moderna. Una lástima.

Alrededor del nuevo mercado rápidamente se inició un poblamiento algo desordenado, con construcciones de ladrillo y cemento armado, que tenían poca relación con la fisonomía tradicional de la ciudad. Al mismo tiempo aparecían urbanizaciones en la entrada de Ibarra, en las inmediaciones de la avenida Mariano Acosta, en el sector de Ajaví y hacia el barrio de Guayaquil de Alpachaca, hasta ese momento habitado mayoritariamente por descendientes de la población negra del Valle del Chota. La ciudad empezaba a crecer, fenómeno que se amplió considerablemente a partir de la transformación económica y social que significó el inicio de la era petrolera.

En ese entorno debía iniciarse nuestra nueva aventura comercial. En pocas horas trasladamos mobiliario y mercadería del local del Obelisco y un buen surtido de productos del negocio de San Antonio. Mi marido adecuó, reparó y pintó las perchas, de manera que en un par de días pudimos iniciar las actividades.

Como todo emprendimiento que inicia, los primeros tiempos fueron muy difíciles. Sin embargo, la ubicación del local, que estaba en el paso obligado para ir al mercado; los contactos que no había perdido a pesar de haber vivido más de una década fuera de Ibarra y, en especial, el trato amable y la atención a los clientes, nos permitieron ir consolidando el negocio.

Fueron tiempos durísimos, en los cuales cada centavo contaba. Había que afrontar los gastos propios de iniciar una nueva actividad; los recursos necesarios para alimentar, vestir y educar a la familia; pero, en especial, el dinero

imprescindible para pagar las deudas, fundamentalmente el crédito con la Mutualista Imbabura.

Afrontar el desafío del nuevo negocio y las responsabilidades como madre y ama de casa constituyeron un desafío agotador. El trabajo iniciaba al amanecer y no terminaba hasta bien entrada la noche. Implicaba resolver todos los problemas de la actividad comercial y las responsabilidades propias de criar, cuidar y –en ocasiones- disciplinar a una familia numerosa.

Para lo primero, siempre contamos con la inestimable ayuda de mi tía Anita, quien tras jubilarse tras toda una vida trabajando en el Consejo Provincial de Imbabura, estaba siempre dispuesta a reemplazarme, cuando debía hacer alguna gestión bancaria o comercial. Así mismo su valiosa ayuda me permitía asistir a las obligaciones como madre de familia en tres establecimientos distintos.

Para lo segundo, estaba mi madre. La Rosita, como le decíamos todos, incluso sus nietos. Ella acompañó a mis hijas menores a sus primeros años de escuela. Y siempre estuvo cerca cuando era necesario.

Cuando creció nuestra hija María Elena, se convirtió en la encargada de cuidar y vigilar a sus hermanas menores. Les organizaba juegos; dibujaba y pintaba vestidos para las "Cucas", muñecas de papel; pero, de manera especial, les sentaba a su alrededor y les contaba historias, maravillosas historias que ellas conservan en su memoria.

Entre tanto, el negocio en San Antonio, a cargo de mi David, se mantenía estable y era el principal sostén de la economía familiar. El sacrificio que hacía mi esposo era enorme, pues su rutina suponía madrugar, llevando el pan a San Antonio. Transportaba a nuestra hija María Elena a su

escuela. Almorzaban juntos en la tienda. Mientras atendía a los clientes, supervisaba los deberes de la pequeña. Terminaban la jornada alrededor de las siete de la noche, hora en que retornaban a Ibarra. En la noche, generalmente teníamos aún trabajo por hacer y cerrábamos la jornada, como a las diez, con un cafecito…

Una pequeña cooperativa empieza a funcionar

Las condiciones que debimos afrontar para salir adelante, no solo obligaron al esfuerzo sacrificado y permanente de David y yo, sino que poco a poco fue incorporando la ayuda de los hijos, que en algunos momentos resultó imprescindible.

En estos tiempos en que se habla tanto de derechos y casi nunca de deberes, deseo expresar un concepto respecto del cual, estábamos absolutamente convencidos mi marido y yo. Los niños tienen derecho a ser protegidos, cuidados, educados, alimentados, queridos. Tienen derecho a las cosas propias de su infancia y de su adolescencia. Pero también tienen derecho a aprender y a entender lo que significa la vida. Es decir a recibir beneficios pero también responsabilidades acordes a su edad, de manera que puedan afrontar la vida con esfuerzo, coraje y disciplina. Y el trabajo es la forma más hermosa de ser responsable. Obviamente eran actividades acordes a la edad y en espacios de tiempo razonables. Esta enseñanza termina siendo un capital decisivo para tener éxito en sus vidas. Así funcionó en nuestra familia.

Durante la etapa de enfermedad de don David, las circunstancias impulsaron a demandar la colaboración de los dos hijos mayores. Debieron afrontar con enorme esfuerzo

la responsabilidad de reemplazar en lo posible a su padre. En especial en aquellas tareas que para mí eran difíciles como cargar objetos pesados.

Nuestro hijo mayor, desde chico procuró ayudar en la tienda y lo hacía con gran responsabilidad. Tanto que no dudábamos en "encargarle" la atención del negocio por algunos momentos cuando se volvía inevitable.

Tras la experiencia de trabajo de los dos varones, poco a poco, fuimos entregando pequeñas tareas a todos los hijos. En una prueba de ensayo y error, pudimos advertir las capacidades y habilidades de cada uno. Y darles tareas acordes a sus intereses. Con una regla innegociable: primero estaban sus estudios, que era su responsabilidad fundamental.

A medida que crecían las actividades comerciales y se diversificaban los negocios, fue creciendo un acuerdo familiar para las actividades complementarias de cada uno. Se formó una pequeña cooperativa que logró sumar los esfuerzos de cada uno para un bien común.

De esa manera afrontamos los complicados tiempos del dinero escaso y las muchas deudas. De esa manera fortalecimos el negocio hasta convertirlo en uno de los más reconocidos y tradicionales de Ibarra e Imbabura. Pero también de esa manera formamos hombres y mujeres de bien, ciudadanos responsables, líderes en sus actividades, personas con una ética de trabajo y personal, que siempre nos han llenado de orgullo.

La cooperativa funcionaba como una línea de montaje, en la cual todas las tareas eran importantes. Pongo un ejemplo. Fuimos los primeros en ofertar fundas navideñas a las familias, establecimientos educativos e instituciones. Su característica era la calidad del producto y el precio. Para

lograrlo, trabajaba toda la familia en las noches. Tras la merienda, se comprobaba que todos tenían sus tareas escolares completas. Si no era así, se debían terminar y el atrasado no participaba del trabajo.

En la mesa familiar se colocaban los productos que debían colocarse en las clásicas funditas plásticas con diseños navideños. Previamente se había hecho el cálculo de costos que incluía una pequeña ganancia, pues la idea era incentivar una mayor compra de productos en el almacén. Se conformaba una lista con la cantidad de cada producto para cada tipo de fundita.

Entonces empezaba a funcionar la cooperativa como una maquinaria muy bien aceitada. Había un encargado de la renovación de todos los productos, es decir abrir las fundas o cajas, de manera que los productos estaban siempre disponibles en la mesa para ser empacados. El primero de la lista abría las fundas; se iniciaba con la colocación de los caramelos; luego los chocolates y los chicles; finalmente las galletas (anís, vainilla, Patronato, Mónica, Amor, bizcochitos de sal). La colocación de las barras de chocolates (manichos, ositos, turrones) se hacía al final, para otorgarle vistosidad a la funda. Concluida la fase de llenar las fundas pasaban a manos de los expertos en poner los lazos y finalmente a quien contaba el producto y lo colocaba en cajas.

Poco a poco los miembros de la cooperativa se fueron especializando. Había expertos con una velocidad increíble en contar caramelos; otros eran buenos para manipular las galletas; manos finas y delicadas acomodaban los productos para darles un toque distinguido; otras manos hábiles formaban los lazos; y, manos fuertes eran las encargadas de acomodar y estibar las cajas con las funditas de Navidad listas.

Habitualmente se confeccionaban una centena de funditas para su comercialización al día siguiente. Pero cuando había pedidos, esa cifra se multiplicada por cuatro o por cinco. La familia entera terminaba su tarea, feliz y agotada, a altas horas de la noche. En una ciudad con escasa vida nocturna, en la cual, casi todos dormían muy temprano, era inusual ver una casa con las luces prendidas hasta tarde. En un momento determinado, los vecinos nos colocaron un apodo que tenía mucho de respeto y admiración: **"La familia que nunca duerme".**

Una visión diferente

A medida que se fortalecía el negocio en Ibarra, advertimos la necesidad de tomar una decisión respecto a mantener o no la tienda en San Antonio. Nos resistíamos a hacerlo, no solamente por los ingresos que seguían siendo fundamentales para la economía familiar, sino por el afecto enorme que sentíamos por el pueblo que había sido nuestro hogar por una década y que había sido tan generoso con nosotros. Un factor muy importante a tomar en cuenta era la unidad familiar, pues al mantener los dos negocios, veíamos muy poco al padre de familia, pues nuestra tercera hija, María Elena, tras concluir sus estudios escolares e iniciar su educación media en el Colegio Ibarra, ya no le acompañaba.

Como en otras ocasiones, el espíritu emprendedor y algo aventurero de don David Andrade Torres propició la toma de una decisión que volvió a dar un giro a la vida de toda la familia.

Por aquel entonces, la capital de Imbabura contaba con unos pocos comerciantes mayoristas en el ramo de abarro-

tes, que se encargaban de proveer de insumos a las pequeñas tiendas de los barrios de las ciudades y de los pueblos. El giro principal de su negocio estaba en los productos de consumo básico: arroz, azúcar, fideos, sal, mantecas, jabones…

Les invito a recordar al país de los años sesenta, una nación mayoritariamente rural, con una industrialización incipiente, que conservaba sus costumbres tradicionales tanto en alimentación como en salud y educación. La inmensa mayoría de la población seguía consumiendo productos agrícolas comprados diariamente en los mercados. Los productos perecibles, inclusive las carnes, no estaban refrigerados y se expendían al aire libre.

El contrabando era el camino para el ingreso de productos colombianos que se vendían libremente en los mercados. Café, galletas, caramelos, chocolates, cigarrillos, productos industriales, eran fabricados en ese país. Aunque estaban disponibles productos ecuatorianos, tenían menor aceptación. Pero el país estaba iniciando un proceso de cambio económico que se acentuaría en los años setenta.

David, con su curiosidad natural advirtió que el problema principal era la distribución. Mientras las "cacharreras" dejaban su producto no solo en los mercados sino en las tiendas, los comerciantes mayoristas esperaban que los clientes lleguen a sus locales. Eso implicaba generalmente que el comerciante pequeño deba cerrar su negocio y caminar o tomar un transporte hasta el almacén y luego alquilar un vehículo (en el caso de Ibarra, con mayor facilidad, una carreta) para llevar la compra.

Al inicio, "les daba comprando", a los dueños de otras tiendas de San Antonio productos que necesitaban con ur-

gencia. Luego, compraba por su cuenta productos básicos, los empacábamos y los ofertaba a las tiendas de San Antonio y sus alrededores. Para iniciar este sistema de negocio, el viejo jeep resultó extremadamente útil.

Una conversación con una buena amiga, Pilar de Tobar, propició el primer acuerdo con una fábrica para distribuir sus productos. Era la empresa Ales, fabricante de aceite vegetal, jabón maquinado para ropa, manteca y otros productos derivados de la palma. David viajó a Quito, ilusionado, para realizar la primera compra a crédito, gracias a la gestión de nuestra amiga. Retornó con el producto y se dispuso a su venta. En Ibarra se encontró con dos novedades: los mayoristas parecían interesados pero no pagaban al contado y… la gente se aferraba a sus tradiciones, no les gustaba –posiblemente por razones económicas- probar cosas nuevas.

Al no disponer de capital, no le quedó más remedio que ponerse a pensar de qué manera podía vender los productos para pagar el préstamo. La solución fue sencilla: ofrecer el producto directamente en las tiendas o a los clientes. Ponerla en práctica fue muchísimo más difícil.

El primer paso fue convencer a los comerciantes, en el mercado, en las tiendas, a las vendedoras callejeras, de la bondad de los productos ecuatorianos. Se ponía el énfasis en la calidad y en el precio. En muchos casos, se hacía un ejercicio de paciencia para demostrar la conveniencia de la compra, contando por ejemplo, uno por uno, los caramelos de una funda. Ocurría que los caramelos colombianos contenían 90 unidades por funda, mientras en los ecuatorianos venían 100. Por tanto, generaban mayor ganancia para el comerciante que los vendía por unidades.

De esta manera, con infinita paciencia, producto por producto, en un trabajo de meses y años, se lograron introducir los productos ecuatorianos en el mercado de Ibarra y los pueblos cercanos.

Para ello se necesitó una nueva logística. Yo reemplazaba a David en la tienda en San Antonio. A su vez, mi tía Anita me apoyaba con el almacén en Ibarra, ayudada por nuestro hijo mayor.

A pesar del durísimo esfuerzo que implicaba la introducción de nuevos productos, a David le encantaba esta nueva forma de hacer negocio "puerta a puerta". Estaba convencido que nos podía ir bien. A ese convencimiento aportaba su natural inclinación por hacer amigos que permitían fortalecer contactos y negocios, así como su ilusión por trabajar fuera de casa. Yo me opuse a la idea, pues requeríamos la seguridad de los ingresos de la tienda de San Antonio para afrontar todos los compromisos que teníamos.

Con paciencia, a lo largo de semanas, David logró convencerme. Cuando finalmente acepté, hicimos los preparativos necesarios para vender la tienda de San Antonio. Ese capital nos sirvió para pagar las deudas más urgentes y una pequeña parte como capital para iniciar el nuevo negocio.

Se cerraba así una época inolvidable de nuestras vidas. En San Antonio no solo consolidamos la familia, sino que creamos las bases para dar a nuestros hijos una mejor educación. Retengo en la memoria a todos los amigos de San Antonio, a nuestros clientes, a los personajes del pueblo, a sus costumbres, al temperamento artístico que forma parte de su herencia cultural. Siempre estaremos agradecidos con San Antonio de Ibarra.

Recorriendo Imbabura

La decisión nos obligó a replantear las estrategias de negocio. La respuesta que encontramos fue la de crecer. Es decir, ampliar cada vez más la oferta en el almacén, lo que permitiría su vez disponer de una gama mayor en el negocio de vender productos directamente en las tiendas y negocios en toda la provincia.

Sin exageración, **vendimos de todo**. A los productos propios de una abacería, fuimos agregando líneas que don David iba incorporando a medida que incrementaba sus contactos con los productores. Era una estrategia que reaccionaba a las necesidades de los clientes. Si nos pedían algo que no teníamos, la siguiente vez estaba disponible.

De los productos Ales a la distribución de Medias Pinto. Este producto era por entonces absolutamente nuevo en el mercado; medias nylon para señoras y señoritas, con una tecnología que las volvía muy resistentes. Al inicio, David debía realizar demostraciones a clientes individuales, mostrando la durabilidad, la calidad y en especial el precio. Hasta entonces, las medias importadas de este tipo costaban una fortuna. El paciente trabajo de introducción del producto, persona por persona, negocio por negocio, fue muy exitoso, Al final de la década de los sesenta, las medias eran utilizadas no solo para fiestas, sino inclusive para los uniformes de gala de los colegios.

Recuerdo que participamos en la primera Feria de los Lagos, un evento de integración fronteriza, realizado en las modernas instalaciones del Colegio Ibarra, que constituyó un verdadero acontecimiento en la ciudad y atrajo a miles de visitantes del norte del Ecuador y sur de Colombia. La combinación de una feria comercial con shows artísti-

cos fue un gran éxito. En esa feria, aunque parezca inusual, uno de los grandes atractivos fue un maniquí. David logró conseguir en Quito uno que representaba a una mujer gorda, muy gorda. Su única vestimenta era un par de medias pantalón. Era la demostración perfecta de la resistencia y la calidad de las medias Pinto. Fue un suceso de tal naturaleza que agotamos todas las existencias en dos días y la fábrica debió enviar –por bus– una nueva remesa.

El viejo jeep transportaba a don David y sus productos por toda Imbabura. Los lunes los dedicaba al mercado de Ibarra. Los martes iba a la zona de San Antonio, Tanguarín, Santo Domingo, Bellavista. El miércoles viajaba a Atuntaqui, Natabuela, Cotacachi y Quiroga. El jueves la ruta era más larga, pues visitaba Otavalo, Quinchuquí, San Rafael, San Pablo. Es decir todos los cantones y pueblos de la geografía de Imbabura. No hubo negocio ni tienda que no visitara. Cuando podía, lo acompañaba nuestro hijo mayor.

A medida que agrandaba su cartera de clientes, resultó evidente que el viejo Land Rover, por sus condiciones mecánicas y su pequeño espacio, no permitiría mantener el crecimiento de las actividades comerciales. Con enorme pena –y la protesta unánime de todos los hijos–, David decidió venderlo.

Con los recursos obtenidos, viajó a Quito para conseguir un vehículo más apto para la venta de productos puerta a puerta. La idea que tenía era la de adquirir una camioneta usada. Esa tarde, un curioso auto llegó a Ibarra con el señor Andrade de piloto. Salimos todos a admirar la flamante adquisición. Me sorprendió que era un automóvil. Tenía dos colores, un gris clarito y un verde pálido. En las puertas tenía pintado un triángulo, mitad azul, mitad rojo, con una U

blanca, el escudo de la Universidad Central. Al inicio no me gustó, pero procuré ocultar mi desagrado. Todos le felicitamos. David abrió el vehículo e hizo ingresar a todos sus hijos para "dar una vuelta". Regresaron contentos.

Esa noche, ya a solas, inicié mis cuestionamientos. "¿Cómo se te ocurre comprar un auto, si necesitamos un carro para trabajar?", le pregunté. David, paciente, me dio todas las explicaciones necesarias.

Me contó que con el dinero que teníamos (el valor del jeep más unos ahorros), no pudo encontrar ninguna camioneta, pues las que le ofrecían eran caras o demasiado viejas. Tras visitar varios sitios y no encontrar lo que buscaba, desconsolado, decidió tomar un taxi para visitar a una persona que vendía una camioneta en el sur de Quito. Como estaba en las inmediaciones de la Universidad Central, caminó hasta la cooperativa de taxis que se ubicaba allí. En el camino, entabló conversación con el conductor. Se le ocurrió contarle su situación. El chofer paró el auto y le dijo: "Si quiere le vendo el mío". Le comentó a su vez que estaba a punto de comprarse otro carro y que el suyo lo estaba negociando. A David le interesó; insistió hasta alcanzar un precio razonable. E impulsivamente, lo compró. Me sobraron 300 sucres, me comentó. Luego me explicó que los asientos del auto inglés de marca Commer podían bajarse y se convertía en una pequeña camioneta cerrada. Que el carro estaba en buen estado. Que la familia podía acomodarse con mayor comodidad. Me hizo entender que ya no había forma de retroceder. Finalmente asentí, no tan convencida.

El auto resultó una gran adquisición. Era un auto familiar pero también un vehículo que permitía transportar

carga, con lo cual los viajes de David se facilitaron pues podía llevar más productos con seguridad y realizar sus recorridos en menor tiempo. Eso le permitió viajar a Quito una vez al mes para traer productos. Otra enorme ventaja fue que de esa manera dispuso de tiempo para ayudar en el almacén y compartir con los hijos.

Poco a poco mejoraban los resultados de las ventas en los cantones de Imbabura. David, siempre creativo, fue incrementando la oferta de productos, lo que le convirtió en un proveedor confiable, que era esperado semanalmente por sus clientes. Al mismo tiempo, iba madurando la idea de visitar algunas ciudades de la provincia del Carchi.

Un buen día de agosto del 66, me anunció que se iba a Tulcán, a intentar "abrir mercado" a los productos ecuatorianos. Era su sueño. Estaba convencido de la calidad de lo que producía nuestro país. Parecía una quimera, pues el mercado en la frontera estaba copado por productos colombianos. Decidió que le acompañe nuestro hijo David.

Al día siguiente, de madrugada, terminaron de acomodar la mercadería en el auto y partieron. Tenían previsto retornar el mismo día. Así lo hicieron. Llegaron cansados, cerca de las ocho de la noche. Tras la algarabía de la recepción le pregunte a mi marido cómo le fue. Me contestó con un escueto ¡Bien! Pero su rostro desmentía la afirmación.

Más tarde, en parte por su propia confesión y en parte por lo que contó nuestro hijo, pude reconstruir lo que pasó en ese viaje. Llegaron a Tulcán cerca de las diez de la mañana. Empezaron la rutina de visitar posibles clientes, hablarles de la calidad de los productos y a realizar las demostraciones necesarias para convencerles de la mejora en sus ingresos con las ventas. Los escuchaban con educación, pero la respuesta

era siempre muy parecida: "Gracias señor, pero aquí solo se consume lo colombiano". Y agregaban, "que es mejor". Tras una veintena de visitas infructuosas, lograron vender tres pares de medias. En una tienda, nuestro hijo convenció a la propietaria de probar con una funda de caramelos de menta. Esa fue toda la venta en la capital del Carchi.

Al mediodía, desconsolados, decidieron hacer un alto. Se desató entonces un aguacero que volvió tremendamente frío el ambiente. Mojados, acurrucados en el auto, sumidos en sus pensamientos, los dos acordaron no dar detalles a su retorno a Ibarra. En el camino ingresaron a San Gabriel, donde lograron vender una funda adicional de caramelos. Un viaje de negocios desastroso, así fue el primero hacia la frontera norte del país.

Ese resultado podía descorazonar a cualquiera, menos a David. Un mes más tarde, volvió a realizar el viaje. Y lo mismo el mes siguiente. Para diciembre, también acompañado por David Patricio, la situación cambió. Lograron vender en San Gabriel y Tulcán casi todo lo que llevaron y dejaron establecida una clientela que poco a poco se había convencido de la conveniencia de comprar productos ecuatorianos, por precio y también por calidad.

A partir de entonces, cada mes, solo o acompañado, viajaba un par de días al Carchi, empeñado en su campaña de vender nuestros productos. En esa provincia le esperaban en almacenes y tiendas, tanto en las ciudades como en los pequeños pueblos: Bolívar, La Paz, San Gabriel, Huaca, Cristóbal Colón, Tulcán a la ida; El Ángel, San Isidro, Mira, al retorno.

Era un viaje muy sacrificado. La vieja carretera empedrada, tortuosa y empinada, tenía el riesgo adicional del

tráfico pesado, especialmente camiones, que ocupaban todo el ancho de la vía, obligando a los pocos autos chicos a realizar arriesgadas maniobras. Muy de cuando en cuando, David comentaba que el bus pasó a centímetros o que tuvo que lanzarse a la cuneta para dar paso a un camión.

En el viaje de ida, el vehículo iba repleto de mercadería. La subida exigía toda la potencia del auto. Debajo del asiento, don David llevaba siempre un trozo grueso de madera. No me enteré de su propósito sino años después, cuando mi marido rememoraba sus viajes con sus hijos y Pepe trajo a colación al "ayudante". A pesar de sus pocos años, mis hijos asumieron la tarea de ayudantes del conductor. En una subida empinada, estaban listos, madero en mano y la puerta semiabierta. Si el vehículo desfallecía o se paraba, bajaban de inmediato para poner el trozo de madera bajo la llanta trasera, mientras don David aplicaba el freno de mano. Las dos acciones combinadas evitaban que el carro resbale de manera inevitable hacia el abismo. Recordaban risueños esas peripecias que aunque representaron gran peligro, ahora eran parte de su memoria de vida.

La situación era peor al retorno, pues entre Tulcán y el Ángel existía una carretera de tercer orden, ligeramente lastrada, que ahogaba en verano en polvo a los viajeros y los hundía en el lodo en invierno. Me contaba David que en muchos viajes, debían esperar que pasara un bus o un camión, para seguirlo. El vehículo pesado dejaba profundas huellas en el lodo con sus llantas y, en el centro un espacio por el que maniobraban con mucho tino, mirando el conductor y el acompañante a los costados, para evitar caer en los huecos dejados por los carros grandes. Una sola vez falló el cálculo cuando viajaba David solo, por lo que no po-

día mirar los dos bordes y se hundió en el lodo. Lo rescató, una hora más tarde, un agricultor con su jeep. Detrás de él, en la angosta carretera, esperaban un bus y un camión, que no podían pasar. Esa noche, llegó a Ibarra extenuado, lleno de lodo, pero sin asomo alguno de desilusión. Eran para él, avatares de su profesión.

Los incontables sacrificios de David Andrade Torres y, más tarde, de otros comerciantes que arriesgaron su capital, su salud, e incluso su vida, recorriendo los caminos de Imbabura y Carchi, para vender productos nacionales, nunca ha sido reconocida. Antes bien, apenas se consolidó el mercado, las empresas fabricantes y otros comerciantes mayoristas, empezaron a hacer competencia –desleal- a los vendedores pioneros, pues contaban con mayores recursos.

Un negocio consolidado

A mediados de los años sesenta, habíamos logrado consolidar el almacén de la Bolívar y Pérez Guerrero, que más tarde sería uno de los negocios más reconocidos y prestigiosos de la ciudad.

Iniciamos con una pequeña tienda de abarrotes en la cual, además de productos de consumo masivo (arroz, azúcar, aceites, jabones, etc.), vendíamos pan, leche y el periódico. Esa diversificación fue la clave del éxito del negocio. Eran las iniciativas de David.

Por aquel entonces, a mediados de los sesenta, los ibarreños seguían consumiendo leche cruda, expendida directamente por los productores que recorrían las calles ofertando el producto o en las tiendas, con los riesgos que ello conllevaba. Las amas de casa estaban atentas al voceo del

vendedor: "Leche, que ya llegó la leche" y salían con sus cacerolas o porta leches a adquirir el producto.

En 1960 había iniciado sus actividades la Pasteurizadora Quito, empresa que produjo los primeros productos de leche pasteurizada en el Ecuador. En sus inicios comercializaba sus productos exclusivamente en la capital. Seis años más tarde, inicia sus actividades la Industria Lechera Carchi en Tulcán. Apenas conoció esta novedad, David, en uno de sus viajes, tomó contacto con la empresa y se ofreció a distribuir la leche, quesos y mantequilla en Imbabura. Consiguió el acuerdo para Ibarra y a partir de 1967 vendimos en nuestro negocio la leche pasteurizada que venía en botellas de cristal. Vendíamos además quesos y mantequilla. Con este último producto no hubo resultados tanto por la escasa demanda como por la desconfianza de los ibarreños, que preferían el producto que se vendía al granel en el mercado.

Con el periódico ocurrió algo similar. Le propuso al representante del diario El Comercio vender unos cuantos ejemplares en el almacén. El consultó con la empresa y aceptaron. Diariamente llegaba desde Quito en su vehículo, Polo Morán con los paquetes del diario para la oficina distribuidora y luego pasaba por nuestro negocio con los ejemplares destinados para nuestros clientes. Con el tiempo tuvimos más de cincuenta suscriptores que pasaban por su ejemplar al ir o volver de su trabajo.

El crecimiento comercial de la zona del mercado Amazonas nos impulsó a especializarnos. Paulatinamente dejamos algunas líneas de negocio, especialmente las de productos de consumo diario para hacer énfasis en aquellos de los cuales éramos distribuidores o en productos innovadores, novedosos en el mercado. De esa manera, la tienda

terminó desapareciendo para dar paso a un almacén, en el cual tenían preminencia los productos de la Fábrica de Medias Pinto; focos Osram; empresa Ales; productos Cyrano, en especial sus famosos ponqués; caramelos y chocolates Inedeca, Kramel y Loor Rigail; los famosos bizcochitos de té y galletas (Mónica, Melba) fabricadas en San Pablo del Lago.

Primero fue la tienda y luego el almacén de doña Pepita, que escomo las conocían los clientes y en general, la ciudadanía. El negocio finalmente se convirtió en la confitería David Andrade, la primera de la ciudad, que se transformó en un lugar icónico, sitio de concurrencia obligada, tanto de los estudiantes que pasaban por un caramelo o un chocolate, como de sus padres, en especial con ocasión de la temporada navideña. En la memoria de varias generaciones está el recuerdo de nuestro negocio.

La locura de Navidad

La descripción que ya realicé de la forma de trabajar de la cooperativa familiar; de los esfuerzos de todos, de los hijos y de los padres; de las intensas jornadas que muchas veces se prolongaban hasta bien entrada la noche; de la diversidad de productos que fueron creados para satisfacer la demanda, desde las primeras bolsitas navideñas básicas, hasta las canastas navideñas; del esfuerzo pionero que luego fue imitado creando de esa manera trabajo para muchas familias; no es suficiente para describir lo que significó por más de treinta años, la festividad navideña para el negocio de la familia Andrade.

La planificación se iniciaba en noviembre. Había que realizar un estimado de las ventas, tomando en cuenta los

resultados del año anterior. Con mi esposo revisábamos las facturas pagadas y los pedidos que no tenían factura por tratarse de elaboraciones artesanales. Hacíamos una lista, que pasaba por una segunda revisión. Con esa información hacíamos los pedidos a los proveedores a mediados de noviembre. La mercadería empezaba a llegar a inicios de diciembre. Al inicio la guardábamos en una pequeña bodega adyacente al local. Más tarde hubo que habilitar otra bodega y todos los espacios disponibles en la casa.

A partir de ese momento, todas las noches funcionaba la cooperativa. Al inicio del mes se contaban y empacaban galletas que venían al granel; se pesaban caramelos, chocolates y galletas en fundas de una, dos y cinco libras, para aquellos clientes que preferían armar sus propios presentes navideños. Se preparaban centenares de funditas navideñas de precio bajo, para tenerlas listas para toda la temporada. Las fundas especiales, más caras, se preparaban bajo pedido, la noche anterior a la entrega.

Apenas terminada la merienda, se iniciaba la tarea familiar. Primero la confección de las funditas que debíamos entregar. Normalmente se hacían una doscientas, lo que nos tomaba algo más de una hora. En ese momento las cinco hijas se retiraban a descansar. Se quedaban los hijos varones. Entonces llegaba el momento de pesar y empacar. Mi esposo y Pepe se encargaban de pegar las fundas y empacar el producto. Con mi hijo David, realizábamos la tarea de pesar o contar los productos para enfundarlos.

Alrededor de las diez de la noche, extenuados, terminábamos el trabajo. En ocasiones, la tarea se prolongaba hasta la medianoche. Y al día siguiente abríamos a las siete de la mañana. A esa hora, ya teníamos clientes esperando.

Al inicio, toda la mercadería y el material de empaque había que traerlo de Quito o de Guayaquil. Como no existían máquinas para sellar, David y Pepe, su experto ayudante, utilizaban una pequeña sierra y el calor de una esperma. El proceso exigía mucha atención para evitar que la funda plástica se achurrusque. Cuando aparecieron las máquinas manuales que utilizaban un sistema de calor y una protección de teflón, se quintuplicó la velocidad de sellado.

A medida que se acercaba Navidad, la demanda de productos crecía vertiginosamente. Apenas abríamos el almacén debíamos atender a decenas de clientes. La cooperativa también funcionaba entonces. David responsable de caja, mientras yo me encargaba de las ventas. A mediodía, que era el momento más intenso, llegaba David Patricio a ayudar. El era expedito para realizar los cálculos y las cuentas, en una época en la cual aún no existían las calculadoras de bolsillo, peor aún las computadoras. En muchas ocasiones asesorábamos a los clientes para que confeccionen sus propias fundas. Calculábamos el número de caramelos, galletas, chocolates, chiclets, chupetes, necesarios para el tipo de funda que deseaban. Esa atención personalizada nos garantizaba la fidelidad de nuestros clientes.

Teóricamente cerrábamos antes de la una, para almorzar. Pero la cantidad de público era tal, que se bajaba la cortina metálica y seguíamos atendiendo hasta la una y media o dos de la tarde. David hijo comía a toda prisa y se iba al colegio, mientras nosotros reponíamos a prisa la mercadería en las perchas para abrir nuevamente a las tres. A las cinco se repetía el apretujamiento. Finalmente terminábamos de atender al último cliente, más allá de las siete de la noche; tomábamos cafecito; rezábamos la novena del niño

Jesús y enseguida a funcionar la cooperativa para preparar la producción para el siguiente día.

Cuando David y luego Pepe se fueron a estudiar a la universidad, los reemplazaron sus hermanas. Sin embargo, en Navidad, ellos llegaban el viernes en la tarde y trabajaban hasta el domingo, para viajar el lunes de madrugada a la capital. La semana previa a Navidad ya no viajaban, pues preferían quedarse a ayudar.

Ese ritmo infernal de trabajo concluía el 24 de diciembre. Muchas veces, para ese día ya no disponíamos de mercadería, por lo que cerrábamos el almacén a mediodía. En otras ocasiones, por pedido de los clientes los atendíamos hasta las seis de la tarde. Tras un baño reparador, nos dirigíamos a la casa de mis tías para celebrar el nacimiento del Señor. Era una celebración sencilla pero altamente emotiva. Se rezaba el último día de la novena; se entregaba a los más chicos su funda de navidad y algún regalo y se compartía el café clásico con tamales. Aún no había la costumbre de la cena, ni del pavo. Pero estaban los tamales, esa delicia culinaria propia de América, que rinde homenaje al maíz, alimento esencial de nuestras culturas. Desde México hasta Argentina se confeccionan tamales. Pero muy pocos con la delicadeza y el exquisito sabor de los que se preparan en Imbabura. Los de sal son espectaculares, pero los de dulce constituyen una verdadera creación. Mi marido, lo recuerdo tanto, hacía un "sánduche" con un tamal de sal y otro de dulce. Era golosito. Y el café de chuspa era el acompañante ideal. Mis tías tomaban té con limón, pero la familia Andrade Aguirre es del café.

Las peripecias

Ya en los años setenta, nuestro negocio se había consolidado definitivamente, tras dos décadas de enormes sacrificios. El crecimiento constante de la demanda de productos ecuatorianos en el norte del país gracias a los esfuerzos de los comerciantes pioneros, había complementado el crecimiento sostenido de la actividad del almacén. A inicios del año 69, David compró a plazos una camioneta nueva de marca Datsun a la cual colocó una cabina, lo que no solo le permitió tener la confianza de viajar sin que se presenten problemas sino que nos dio mayor tranquilidad a toda la familia.

Cada viaje, especialmente los que realizaba hacia el Carchi tenían su dosis de peligro, tanto por el estado de las angostas carreteras empedradas en tramos, solamente con lastre en otros, a lo que se sumaba la escasa responsabilidad de algunos conductores de vehículos pesados, buses y camiones, que estimaban que las vías les pertenecían. Aunque David intentaba guardarse para sí los problemas, me era fácil detectar en su comportamiento cuando había un problema. En numerosas ocasiones, al retornar de un viaje, su talante taciturno me decía que algo había pasado. Para no asustar a los chicos, esperaba el café de la noche para que me haga las confidencias que le permitían aliviar su preocupación.

Recuerdo una ocasión, al inicio de sus actividades, en un viaje de David a Tulcán, con nuestro hijo mayor, esperábamos su retorno en horas de la tarde. Pero no aparecían y empecé a angustiarme. En aquella época no había posibilidad de comunicación, por lo que, solo cabía esperar. A las siete y media de la noche, golpes en la puerta. Era David

hijo. Tras el saludo me comentó que el carro se había dañado llegando a Ibarra y que venía a buscar ayuda, mientras su papá se quedó cuidando el carro. Hice las gestiones de inmediato para que el mecánico, don Aquilino, que solía reparar el auto Commer, pueda prestar la ayuda del caso. El, acompañado de nuestro hijo, fueron a auxiliar a don David. Tras una larga espera, llegaron los dos, evidentemente cansados. Comieron en silencio, sin comentar nada. Esa noche, David le quitó importancia al accidente y su hijo fue cómplice en el silencio.

Tiempo después, pude enterarme de lo que había pasado. Tras un viaje de negocios exitoso, retornaban a Ibarra cuando anochecía. La carretera, tras pasar la laguna de Yaguarcocha, bordeaba el Olivo y descendía hacia el puente de los Molinos, en lo que por entonces era el límite de la ciudad. Era una larga pendiente. A pesar del traqueteo propio de conducir sobre el empedrado, David sintió un golpe seco y luego advirtió que el volante ya no le respondía. "Sujétate", le dijo a su hijo y luego intentó frenar todo lo que pudo. Pero el accidente fue inevitable. Cayeron a la cuneta, al lado opuesto del camino y finalmente se detuvieron al chocar con una roca. Milagrosamente, el carro quedó a un par de metros de la quebrada. Lo que me admiró es la actitud posterior de los dos. David tras comprobar que nuestro hijo estaba bien, tomó la decisión de quedarse para evitar el robo de la mercadería restante y pidió al hijo que vaya a buscar ayuda. La solidaridad, que es la característica de la familia, hizo que el chico, a medias caminando y a medias corriendo, llegue a la casa, me informe del problema, pero nunca realizó comentario alguno sobre la angustia vivida.

Cuatro años después de adquirir la camioneta Datsun, que fue fundamental en el éxito de los negocios en el Carchi, mi marido advirtió que su capacidad de carga ya era insuficiente, por lo que, en ocasiones, especialmente en los viajes de fin de año, debía remitir mercadería a San Gabriel y a Tulcán, para reponer las existencias.

Como en otras oportunidades, David tomó una decisión basada en nuestras necesidades, pero también en sus intuiciones. En uno de sus viajes a Quito, un amigo le comentó que estaban introduciendo al mercado, a muy buenos precios, las furgonetas Volkswagen, vehículo que era adecuado para el transporte de mercadería. Por curiosidad, fue a conocer el vehículo y le encantó. Sin dudarlo pidió hablar con el señor Alberto Cabeza de Vaca, gerente de la empresa distribuidora. El le explicó las bondades del vehículo y su precio. Obviamente no teníamos recursos para una compra al contado. David preguntó si podía pagar en plazos. El vendedor le respondió que sí, pero que necesitaba un garante.

Poco más tarde, David pasó por la fábrica de medias. Con su franqueza característica, se arriesgó a preguntar a don Francisco Pinto, el dueño de la empresa, si le podía servir de garante. El señor Pinto no solo aceptó, sino que le entregó una carta de recomendación. Entusiasmado, el negrito fue de inmediato a concretar el negocio. Logrado el acuerdo, se puso a buscar un comprador para la camioneta, dinero con el cual pagaría la entrada de la furgoneta. Ese día no consiguió su objetivo. Me llamó para explicarme la situación. Aunque no tenía ni idea de que íbamos a adquirir una nueva deuda para la adquisición de otro vehículo, le apoyé. Esa noche durmió en el pequeño cuarto de estudiante de nuestro hijo mayor. Al día siguiente, concretó la venta

de la camioneta y con el dinero en mano, fue al concesionario y salió manejando una preciosa furgoneta Volkswagen blanca. Llegó a Ibarra contentísimo. Y tuve que darle la razón, pues el carro era muy bonito.

El nuevo transporte resultó ideal. Diseñado para el trabajo, era fuerte y económico. Sus puertas laterales facilitaban la carga y descarga de mercaderías. Era muy práctico para los viajes de negocios de David. Pero además era muy cómodo y amplio para los paseos familiares. Con un colchón en el piso y varios almohadones, otorgaba total comodidad a toda la familia. En la furgoneta se realizaban los paseos semanales y también los paseos a la playa. Fue tan importante para la familia que recordamos con cariño a nuestra furgo.

Sin embargo, tuvo un inicio poco auspicioso. Una vez adquirida, realizó su primer viaje al norte, sin ninguna novedad. Por esa época estaba en proceso de construcción el tramo Ibarra-Tulcán de la carretera Panamericana. Ello implicaba esperas en la carretera y desvíos por caminos secundarios para seguir viaje. David condujo con mucho cuidado, guardando en su memoria los obstáculos y los desvíos.

Al mes siguiente, viajó con nuestro hijo Pepe, quien lo acompañaba en vacaciones, cuando no lo podía hacer su hermano mayor, que por entonces estaba cursando la universidad en Quito. La maquinaria estaba en ese momento trabajando en la zona de Huaca, por lo que los vehículos debían cruzar por la calle principal de esa parroquia, seguir por el camino antiguo hasta Julio Andrade y luego tomar un camino de tierra para regresar a la carretera. Así lo había hecho en el viaje anterior. Salieron de San Gabriel al atardecer y al llegar al desvío, David tomó la ruta menciona-

da. Visitó a clientes en Huaca y Julio Andrade. Al salir de esa parroquia, ya anocheciendo, siguió el camino previsto. Cuando estaba a punto de salir a la carretera, no advirtió que la vía estaba cerrada, pues la empresa constructora había abierto una zanja de drenaje, sin colocar advertencia alguna. Intentó frenar, pero una de las llantas cayó en la zanja y el peso de la mercadería ayudó a volcar el vehículo, que dio una vuelta completa. En esa época no se utilizaban cinturones de seguridad, por lo que nuestro hijo resultó golpeado y David con una herida en la cabeza.

Al día siguiente, sábado, llegó nuestro hijo mayor para ayudar en el almacén. Atendía a los primeros clientes, cuando una de ellas, me preguntó cómo seguía don David. Desconcertada, le dije que bien. Entonces me preguntó si lo habían traído a Ibarra. Un sudor frío me corrió por el cuerpo. Le pregunté qué había pasado. Me contó entonces que la noche anterior viajaba de Tulcán a Ibarra y pudo ver al carro volcado y a mi marido con una herida en la cabeza.

Sentí desfallecer, pero la señora me tranquilizó un poco. El joven estaba bien, me dijo. Y la gente les estaba ayudando. Angustiada, despaché a toda prisa a los clientes, cerré el negocio y acompañada de nuestro hijo, corrí a buscar un bus para ir al sitio del accidente. En el camino, David me dijo que no era conveniente que vayamos los dos. Que él podía ser más útil en esas circunstancias y que se necesitaba coordinar cualquier ayuda desde Ibarra. Me pareció sensato; él se embarcó en un bus y yo retorné a la casa.

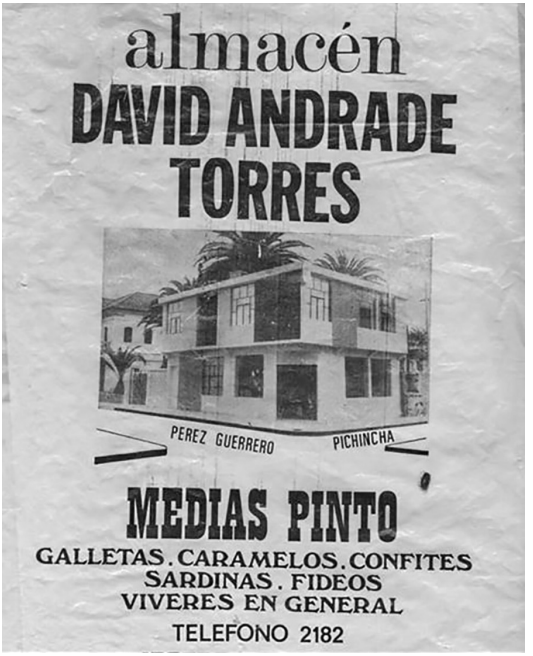
Fueron horas de una angustia sin igual. Pasaban los minutos y no había noticia alguna ni del padre ni de los hijos. Di de comer a mis hijas. Estaba indecisa entre seguir esperando o a mi vez viajar hacia Tulcán, pues estaba segura

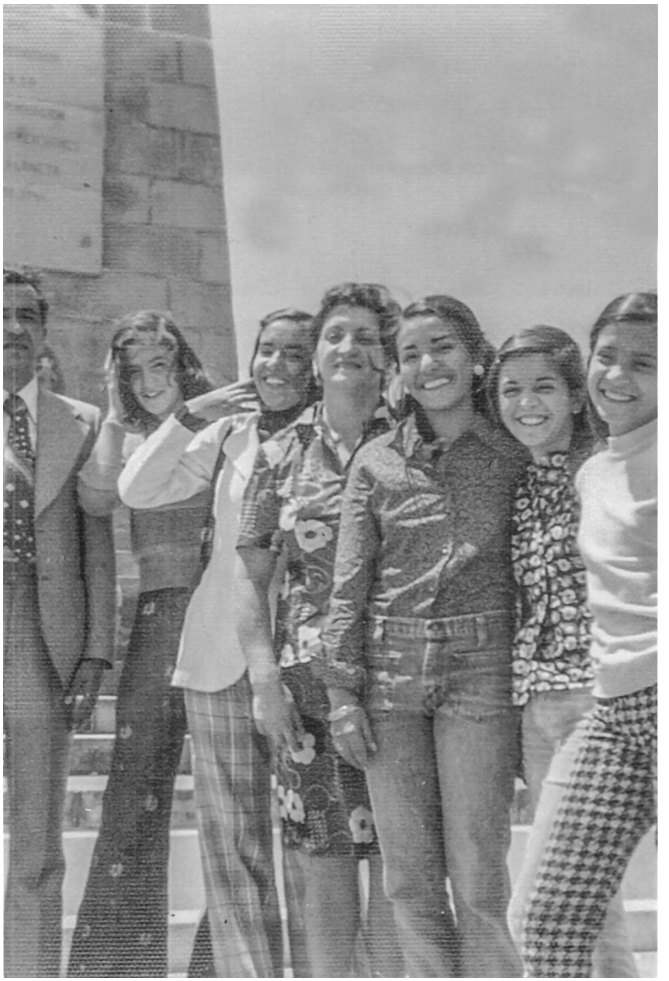
que hacia allí llevarían a mi marido si estaba herido. Cerca de las dos de la tarde, llegó mi hijo mayor.

Había viajado en un bus lleno, sentado en el piso. La única referencia que tenía era que debía llegar a Julio Andrade. De manera sensata, se bajó del bus en esa población y fue directamente al local de uno de nuestros clientes. Saludó al dueño del local que lo conocía. El lo acogió amablemente y de inmediato le dijo "Su papacito y su hermano están bien. Siguieron viaje a Tulcán". Le contó cómo se produjo el accidente y de qué manera, la gente "hizo minga" para ayudar a sacar el auto del barro y ponerlo en la carretera. "Como ha sabido tener el motor detrás, agregó, no se dañó. Solo golpes en la carrocería y el parabrisas roto", concluyó. David preguntó con insistencia si su papá y su hermano estaban bien. "Si -le contestó-. Don Davidcito estaba un poco herido en la cabeza, pero le curaron. Su hermano estaba muy asustado, pero no tenía nada." Más tranquilo, nuestro hijo analizó si ir a Tulcán o retornar a Ibarra. Preocupado por mí y sus hermanas decidió volver.

Algo más tranquila por el relato, intenté comunicarme con algún cliente en Tulcán pero fue infructuoso. Me resigné a esperar. Finalmente cerca de las seis de la tarde llegaron. Salimos todos a saludar. Nos alegramos que los dos estaban aparentemente bien. David tenía un apósito en la cabeza, pero ninguna otra herida visible. Pepe unas pequeñas heridas a consecuencia de los pedazos de vidrio que habían saltado. El vehículo tenía un fuerte golpe en la parte superior y el parabrisas destrozado. Lo habían reemplazado con un plástico transparente. Una desgracia con felicidad.

Arriba: Los hermanos Andrade Aguirre. 1969.
Abajo: Almacén David Andrade.





Con David y mis hijas. Quito, Mitad del Mundo, 1972.

Sexta parte

Más allá del negocio

Los hermanos Andrade Aguirre.

En procura del futuro

A partir de los años setenta, cada uno de nuestros hijos levantó el vuelo para forjar su propio destino. Como padres teníamos la confianza de que habíamos realizado los esfuerzos necesarios para inculcarles sólidos valores morales; enseñarles a trabajar para depender de sí mismos; procurar ser felices con la profesión que escogieran; y, tener una vocación de servicio a los demás.

A medida que los mayores dejaban el hogar, los reemplazaban sus hermanas menores en las diversas actividades. Los que vivían lejos, siempre se mantuvieron en contacto y hacían todo lo posible por retornar a Ibarra para ayudar en el trabajo. La cooperativa logró mantenerse firme, a pesar de las ausencias.

El enorme esfuerzo que habían realizado David y Pepe, fue emulado más tarde por María, Mónica y Gema. Más adelante llegó el turno de las más pequeñas, Mirian y Anita Lucía. Todos fueron claves en distintos momentos para apoyar los esfuerzos de sus padres y en especial para mantener a la familia unida, solidaria y exitosa.

El camino lo inició el hijo mayor, quien decidió estudiar ingeniería de petróleos en la Universidad Central del Ecuador. Más tarde, cursaría estudios de comunicación. Es escritor e historiador. José Xavier se inclinó por el derecho y logró construir una profesión y una carrera exitosa. Desde muy pequeña María Elena tenía inclinación por el arte. Se graduó en el Colegio de Artes Daniel Reyes en San Antonio de Ibarra. En un programa de intercambio, curso estudios de High School en Des Moines, Iowa, Estados Unidos. Tras su paso por la Universidad Central, se dedicó a la enseñanza en el Colegio Daniel Reyes.

Mónica, tenía la ilusión de trabajar de manera independiente. Apenas se graduó del colegio empezó a laborar en el sector privado. Más tarde cursaría estudios de ingeniería comercial en la Pontificia Universidad Católica, sede Ibarra, que había iniciado sus actividades en la capital de Imbabura en 1976. Gemita, tras graduarse en el colegio como secretaria, también tuvo la oportunidad de participar en un programa de intercambio estudiantil en la ciudad de Bethalto, Estados Unidos. Igualmente muy trabajadora, optó al inicio por el emprendimiento, iniciando sus propios negocios. Más tarde obtendría un título de chef.

Las dos menores, que siempre estaban juntas, debieron separarse cuando Mirian inició estudios de Antropología. Sin embargo, el enorme afecto que existía entre las dos, hizo que, al graduarse Ana Lucía, decidan estudiar juntas pedagogía. Al graduarse, con la ayuda de sus padres y su hermano mayor, fundaron un jardín de infantes Gente Menuda, más tarde escuela bilingüe Jean Piaget, que logró consolidarse como una de las instituciones más prestigiosas de Ibarra. Cuando Anita se fue a vivir al exterior, Mirian se convirtió en la directora y administradora de la institución.

No me canso de recalcar que a pesar del éxito que obtuvieron en sus campos profesionales, siempre mantuvieron la humildad, el espíritu de trabajo, el amor intenso entre ellos y a sus padres. No era inusual verles llegar un viernes en la tarde desde Quito y, de inmediato, tras tomar un café, ponerse a trabajar en lo que fuere necesario. Nunca les importó el qué dirán. Su formación les obligaba a seguir siendo parte de la cooperativa, es decir, de la familia unida en el trabajo.

Esa unidad familiar es nuestro mayor orgullo. Juntos, solidarios, hemos disfrutado de los éxitos de cada uno y

hemos afrontado las duras pruebas de la vida. Rindo mi homenaje al padre, don David y a mis hijos por haber honrado los principios con los cuales fundamos una familia y creamos un sólido prestigio en todos los ámbitos de la vida.

El llamado del Señor

David Andrade Torres fue un ser súper especial. Un hombre que supo vivir su vida a plenitud, dejando una huella digna de ser imitada por su familia y por la sociedad.

David, un hombre dinámico, emprendedor, talentoso, inteligente, visionario, soñador. Gran conversador, amigo sincero, dispuesto siempre a ayudar al prójimo y al servicio de los demás.

Excelente esposo. Maravilloso padre, compañero y confidente de sus hijos, procuró enseñar siempre con el ejemplo los valores esenciales que fueron siempre su guía.

David tuvo el privilegio de ser llamado por Dios para que también trabajara al servicio del prójimo. Una mañana del año 77, un sacerdote, una religiosa y un seglar ingresaron a nuestro almacén a realizar alguna compra. Amable por naturaleza, David inició una conversación en la cual se enteró que venían a Ibarra para iniciar los cursillos de cristiandad en la ciudad.[1] A medida que le comentaban los detalles de esta misión evangelizadora de la Iglesia Católica, le pareció la idea admirable y decidió participar. Se comprometió en principio a ayudar en la fase inicial de buscar candidatos para formar parte del primer cursillo.

1 El Movimiento de Cursillos de Cristiandad (MCC) es un movimiento eclesial de base de la Iglesia Católica con alcance mundial. El primer cursillo se realizó en enero de 1949 en el Monasterio de San Honorato, Mallorca, España.

Esa noche, conversamos a profundidad sobre el profundo significado del llamado del Señor, la tremenda responsabilidad que implicaba comprometerse con Cristo y su mensaje. Decidimos finalmente aceptar ese desafío.

Con su característico entusiasmo, David inició los contactos con las autoridades eclesiásticas, con los amigos y conocidos, decidido a completar el número de personas suficientes para dictar el primer cursillo de cristiandad en Ibarra.

En dos semanas de intenso trabajo, logramos conseguir el compromiso del obispo de la diócesis, monseñor Juan Larrea Holguín, del rector del Seminario Menor de Santa María de la Esperanza, padre Juan Bravo, del rector del Colegio Sánchez y Cifuentes, el querido padre Federico Gagliardo.

Con su apoyo, tras la misa dominical en la capilla del colegio, se realizó una reunión en la cual se expusieron los principios de los Cursillos de Cristiandad y se exhorto a los presentes a inscribir su nombre para sumarse a la legión que había recibido el llamado del Señor.

A las cinco de la tarde del jueves 14 de abril de 1977, trece hombres resueltos en su fe, se encaminaban hacia San Pablo del Lago, a la casa de retiros de las Madres Salesas. Eran los pioneros del primer cursillo, los que sembrarían en terreno fértil la semilla de la fe en muchos corazones.

Deseo registrar en esta memoria, los nombres de aquellos pioneros del Movimiento de Cursillos de Cristiandad en Imbabura: Alfonso Merlo Jaramillo, David Andrade Torres, Roberto Arends Ansúa, Galo Galárraga, Juan Yépez Almeida, Fabián Herrera, Alberto Vaca, Fausto Ramírez, Alberto Andrade, Pedro Guerrero, José Loyo¸ Víctor Soto

y Rubén Jácome. Los acompañaron monseñor Juan Larrea Holguín y el padre Juan Bravo.

Esa tarde, mientras esperaban la llegada de todos para partir, conversaban, bromeaban, hacían planes para pasarlo bien. Suponían que sería un fin de semana de descanso para hacer algo de deporte, escuchar las charlas de los religiosos y, en la noche para jugar baraja y contar anécdotas. No sospechaban lo que vivirían en aquel primer cursillo. Los familiares que los despedíamos tampoco teníamos idea de lo que significaba en realidad el movimiento.

Allí, el padre director de los Cursillos de Cristiandad en el Ecuador; el rector, los profesores y motivadores del cursillo, consiguieron de manera maravillosa que el Espíritu Santo penetrara en los corazones de los participantes infundiéndoles la fe y el amor a Cristo.

El domingo, los esperábamos con ansiedad en el salón principal del Seminario Menor de Ibarra. Se había programado esa reunión para escuchar el testimonio de los nuevos cursillistas. Entraron en el recinto uno a uno, en medio de los aplausos de los concurrentes. Sus rostros reflejaban felicidad, estaban transfigurados por el amor a Dios, parecían totalmente distintos.

Uno a uno, presentaron su testimonio. Dieron datos de cómo pasaron esos tres días y de qué manera se encontraron consigo mismos y cómo el Espíritu Santo descendió sobre ellos, derramando sus dones para transformar sus vidas.

Al abrir su corazón al Señor, experimentaron la necesidad de abrir su mente para cambiar sus vidas y las de sus familias; para dar mucho amor; ayudar a quien lo necesita; participar de la vida de la sociedad y, en especial difundir la palabra de Dios.

En una época en la cual la sociedad ha ido perdiendo sus valores, se han perdido las buenas costumbres y el dinero ha pasado a ser predominante, escuchar estos testimonios fue refrescante para todos. Podíamos constatar con profunda emoción el compromiso de estos padres de familia, dispuestos a difundir los principios de la iglesia, pero de manera especial, a predicar con el ejemplo.

El éxito de esta primera iniciativa generó un profundo compromiso de los cursillistas, sus esposas y sus familias, para la difusión de la palabra de Dios, pero de manera especial, para dar un ejemplo de vida cristiana, de compromiso permanente con el Evangelio y con el servicio a la comunidad.

Ese compromiso pronto empezó a rendir sus frutos, al difundirse el ejemplo de estos católicos renovados en el amor a Dios, que tenían la maravillosa experiencia de la presencia del Espíritu Santo en sus vidas. Poco a poco creció el interés de otros fieles por el movimiento y por los cursillos.

Bajo el lema "De colores", se conformó el primer equipo de mujeres que serían las precursoras del movimiento. Se seleccionó a Laura de Rosales, Rosita Holguín de Dávila, Rosa de Guerrero y Pepita de Andrade para participar en el cursillo que se realizó en la Comunidad Betania de las Madres salesas en Quito, del 28 al 31 de octubre de 1977.

Las cuatro pioneras regresamos muy emocionadas y súper motivadas para aportar a la labor evangélica ya iniciada por los Cursillos de Cristiandad, pero de manera especial para mostrar nuestro compromiso de fe a la comunidad. Tras la necesaria preparación, se organizó el primer cursillo para las esposas de los primeros cursillistas, que tuvo lugar en Ibarra, del 7 al 11 de julio de 1978, con mucho fervor y entusiasmo.

A partir de entonces, el Movimiento de Cursillos de Cristiandad ha crecido y se ha fortalecido, convirtiéndose en un importante apoyo para la Iglesia Católica, pero de manera especial en un ejemplo vivo de amor a Cristo, de fe y de esperanza al servicio de los más necesitados.

La siembra fue oportuna, la cosecha óptima. Quienes hemos participado de los cursillos, quienes hemos vivido esa maravillosa experiencia, sabemos que la presencia de Dios en nuestras vidas es la única fuente de felicidad y paz.

El Centro Femenino de Cultura Ibarra

Es una institución de mujeres amantes de la cultura, de las tradiciones y los valores de Ibarra, que a lo largo de más de cuatro décadas se ha constituido en un referente de la ciudad.

Fundado en 1976 por un grupo de artistas, escritoras y profesionales ibarreñas, el centro tenía la misión fundamental de fomentar la participación de la mujer en las actividades culturales de la capital de Imbabura, así como rescatar las costumbres y tradiciones de Ibarra.

Sus inicios fueron complicados, pues solo contaba con la voluntad inquebrantable de las pioneras, que lucharon durante años para consolidar el sueño de hacer escuchar la voz de la mujer ibarreña, dar a conocer los valores y capacidades de las creadoras, intérpretes y promotoras de la rica cultura de la ciudad y la provincia.

Cuando el Municipio de Ibarra decidió restaurar la casa que fuera de don Pedro Moncayo y Esparza, las entusiastas socias del Centro Femenino de Cultura se propusieron conseguir de las autoridades y los diputados de la

provincia los recursos necesarios para la conclusión de la obra. Su apoyo fue fundamental. Concluido el objetivo, la casa fue abierta al público en junio de 1984. Poco más tarde, el cabildo decidió entregar en comodato las instalaciones de la casa de Pedro Moncayo al Centro Femenino de Cultura de Ibarra, que las ha conservado con afecto y veneración a la memoria del ilustre ibarreño.

A partir de entonces, el Centro Femenino de Cultura se ha consolidado como uno de los polos de la actividad cultural de la ciudad, gracias al voluntariado de sus socias, cuya dedicación, entusiasmo y trabajo por el arte y todas las expresiones de la cultura de nuestra querida ciudad, vale la pena relevar.

La institución mantiene una biblioteca que otorga atención permanente a los estudiantes y público en general. Organiza eventos culturales, priorizando la participación de sus socias, de manera que se torne visible toda la trascendencia de la creación y difusión de la obra artística de las mujeres de Ibarra e Imbabura.

Uno de sus logros más importantes fue la creación del coro institucional. A las distinguidas artistas que formaban parte de la institución se sumaron una veintena de socias, cuyo amor por la música les impulsó a asociarse a una aventura musical que dejó una profunda huella en la cultura de la capital de Imbabura.

Tuve la suerte de presidir el Centro Femenino de Cultura en el período 2003-2004, en el cual se lograron consolidar una serie de realizaciones en beneficio de la ciudad que tanto amamos. Además del servicio permanente de la biblioteca, que logramos incrementar gracias a donaciones de prestantes ciudadanos, se destacó sobremanera la acti-

vidad de nuestro coro, invitado permanente a los eventos culturales en la ciudad y la provincia.

El centro ha realizado a lo largo de su fecunda trayectoria presentaciones y talleres de danza, música y poesía; exposiciones de pintura, fotografía, artesanía y arreglos florales; conferencias, mesas redondas, conversatorios; con el único propósito de promocionar y difundir la creatividad de los artistas imbabureños y aportar al crecimiento cultural de la ciudad.

Adicionalmente, la institución se ha convertido en una verdadera abanderada de la mujer, de sus derechos y de sus realizaciones. Ello solo fue posible gracias a un factor que me gustaría destacar sobremanera: la amistad, el compañerismo, el profundo afecto entre las socias. Al ser una organización de voluntarias, la unión de todas nos permitió afrontar los desafíos y conseguir cada uno los logros.

En una obra como la presente es imposible detallar cada una de las realizaciones de esta institución y colocar los nombres de todas las directivas y socias. Será materia de una obra especial que recoja la historia del Centro Femenino de Cultura, institución señera de la cultura ibarreña.

Conservo en mi memoria el recuerdo imborrable de cada una de mis compañeras, tanto las que se adelantaron en el viaje al infinito como de aquellas que aún siguen prestando su contingente al querido centro. Rindo mi homenaje a las pioneras que fundaron la institución y de manera especial a las socias que desempeñaron diversas dignidades a lo largo de los años. Ellas son las artífices de esta historia magnífica que colocó a la mujer como protagonista de la cultura de nuestra ciudad.

Arriba: Movimiento de Cursillos de Cristiandad. Los primeros cursillistas.
Abajo: La semilla de la fe fructificó. Grupo de mujeres cursillistas.

Arriba: Josefina Aguirre de Andrade, presidenta del Centro Femenino de Cultura Ibarra. Abajo: Coro del Centro Femenino de Cultura.

Séptima parte

Viajes, sueños

Ceremonia conmemorativa de nuestras Bodas de Plata. Ibarra, 1977.

Popayán. 1959

Había transcurrido una década desde que la hermana de David había ingresado a la vida religiosa. Su profunda creencia en el Creador y la influencia de las hermanas de la comunidad de Santo Domingo de Guzmán que regentaban la Escuela Fray Inocencio Jácome en San Antonio de Ibarra, además de la indomable voluntad de su madre, fueron los factores que impulsaron la decisión.

Había sido una decisión conjunta con su amiga Cristina y Martha, su prima. Las tres adolescentes, imbuidas de fervor religioso y, por qué no decirlo, con algo de novelería y de irreflexión, comunicaron a sus padres la decisión de dejar a sus familias para ir al noviciado en Popayán, Colombia. Mientras Estelita recibió el entusiasta apoyo de su mamá, doña María, las otras dos tuvieron una cerrada oposición de sus familias. Aunque la perspectiva de perderlas, posiblemente para siempre, era la principal causa de esa oposición, había también otro factor de peso: la dote, que toda aspirante debía entregar a la comunidad para iniciar sus estudios que les permitirían ingresar a la vida religiosa. Era una cantidad importante para aquellos tiempos y mucho más para la escuálida economía de las familias de San Antonio.

Cuando don Camilo llegó al pueblo, recibió la noticia con desagrado: no quería que su hija deje el hogar, mucho más si en ese momento ya tenía a su hijo Nelson en el seminario. Se opuso con firmeza, pero eso no detuvo a su tozuda esposa, quien inició una campaña para cambiar la decisión. Como era lógico, acudió a la ayuda del cura párroco, quien realizó una visita a la familia. El sacerdote elogió la vocación de la niña y la bienaventuranza de tener un religioso en la familia. Habló de las bendiciones que recibirían

al consagrar una hija a la causa de la Iglesia. Sus palabras fueron secundadas por doña María, pero don Camilo, en tono firme, señaló que su hija era muy pequeña para tomar esa decisión. Aunque la causa parecía perdida, doña María ya había iniciado una campaña para incrementar los ahorros que tenía para alcanzar la cifra que se requería para la dote. Su fuerte carácter le impedía aceptar una negativa, mucho menos en una causa que le parecía la más justa de todas: la causa de la Iglesia. Cada vez que don Camilo retornaba a San Antonio, ella insistía. Cuando tuvo el dinero, alcanzó su objetivo: finalmente don Camilo cedió, aunque poniendo la condición de que su hija retornaría si no se encontraba cómoda en la vida religiosa.

Feliz, Estelita fue a comunicarles a sus amigas: "Ya podemos irnos. Mi papá me dio permiso". Cristina y Martha, tristes, le comunicaron algo que muy en el fondo ya sabía: sus familias no les autorizaban ir al noviciado. Además, no podían ni en sueños reunir la cantidad requerida para iniciar la profesión religiosa. La aventura con las amigas llegaba a su fin.

Como su decisión de ser religiosa tenía estrecha relación con el intenso afecto a sus amigas y la decisión era conjunta, Estelita fue a comunicar a su mamá que ya no deseaba ir al convento. Doña Marica estalló, la trató de ingrata, al no reconocer los sacrificios de su familia; le dio que no podía hacerles quedar mal ante todo el pueblo; y, finalmente sentenció: "Ahora te ordeno que vayas". Y la hermana de David tuvo que obedecer. Días más tarde, entre lágrimas, dijo adiós a sus amigas, a su pueblo y a su familia. En compañía de una religiosa viajó a Colombia para ingresar a la vida religiosa.

Su hermano Camilo le había visitado en su escape a Venezuela. Por carta, informó a sus padres que estaba bien, radicada en Popayán. Sus otros hermanos y sus padres, no la habían visto desde que partió. Con el tiempo, David desarrolló una profunda nostalgia por su hermana. Los complicados tiempos del inicio del matrimonio, el trabajo y los hijos, fueron postergando la decisión de viajar a visitarla.

Cuando el negocio en San Antonio se estabilizó, David me comunicó su deseo de ir a visitar a sor María Inés, el nombre que le habían adjudicado a Estelita al profesar como religiosa. Me ofrecí a acompañarle. Él puso objeciones y yo soluciones. ¿Quién cuidaría a los niños?; su abuela Rosa. ¿Quién atendería el negocio?, su mamá. ¿Y la bebé? Mónica tenía menos de un año y no podíamos dejarla, así que, viajaríamos con ella.

En aquellos tiempos los viajes por carretera eran un verdadero desafío. Cuatro horas de Ibarra a Tulcán en Flota Imbabura. Los buses de madera, dejaban pasar todos los olores del motor, lo que inevitablemente ocasionaba mareos y ocasionales vómitos. La tortuosa carretera empedrada, avanzaba trabajosamente para superar la pequeña elevación de El Priorato para bajar por la histórica hacienda de Pimán hacia el valle del Chota. Largos trechos rectos de carretera, rodeado de cañaverales y el calor seco, hacían ese tramo algo más agradable. La primera parada era en El Juncal, una pequeña población de casas con techo de paja y paredes de barro. Sus habitantes, casi todos afroamericanos, vivían del cultivo de la caña y del fréjol. Tenían también rebaños de chivos que paseaban entre las casas o pastaban en las secas laderas. El río Chota, su compañero de vida, discurría apacible rumbo al mar. Aunque habitualmente su caudal no superaba un par

de metros, cuando las lluvias se desataban en las montañas de la cordillera, bajaban tumultuosas, incrementando su caudal de manera sorprendente. Ya en el valle, el río se volvía ingobernable, fiero y tumultuoso, desbordaba sus orillas, inundaba las plantaciones, sembrando desolación y miseria. En ocasiones, el embravecido río derribaba puentes y amenazaba los poblados. Kilómetros más abajo, también causaba destrozos en los pasos del ferrocarril. Ya en el límite de Imbabura con Esmeraldas, sosegado por la distancia, ancho y caudaloso, se unía con el Lita, para formar el Mira, que terminaba su andanza en territorio colombiano.

La parada en Juncal servía para reponer fuerzas y afrontar un carretero complicado y peligroso. Las "curvas de Duendes", llamadas así por la leyenda popular de la aparición de seres bajitos y sombrerudos en esas montañas frías y neblinosas, parecían un obstáculo insuperable. Habíamos avanzado por la estrecha carretera, subiendo, siempre subiendo, desde los mil doscientos metros del valle, hasta los casi dos mil setecientos del antiguo Tambo, la población de Bolívar. Un estrecho puente permitía el acceso a la sinuosa y temible subida de Duendes. El estrecho camino empedrado serpenteaba por la cornisa de la montaña, mientras el motor del bus resoplaba y resoplaba, intentando no desmayar. Si el motor se apagaba, el accidente era inevitable, pues al resbalar, el vehículo terminaba en el abismo. No pocos esqueletos de las carrocerías de buses o camiones, reposaban en el fondo de la cañada, mudos testigos de un accidente fatal. El tramo era tan peligroso que los conductores esperaban una señal de un poblador para iniciar el ascenso. Entre tanto los carros que venían de Tulcán, debían esperar que el carro que subía termine su aventura. Al llegar a la

curva final, el bus se paraba. El conductor y los pasajeros se bajaban para agradecer a la Virgen del Carmen, patrona de los viajeros, en la ermita que los agradecidos conductores habían erigido en ese punto. Realidad o fantasía, sentían que habían salvado su vida.

La cinta de piedra y grava nos llevaba entonces por las alturas de la provincia del Carchi: La Paz, San Gabriel, Huaca, Julio Andrade, el "guagua negro" y finalmente Tulcán, por entonces una pequeña ciudad, fría y gris, la de mayor altitud en el Ecuador. Una aventura de cuatro horas había concluido.

En la Plaza Ayora, se tomaban los pequeños buses que permitían cruzar la frontera rumbo a Ipiales, aún más fría y más gris. Por ese entonces, los transportistas de Ecuador y Colombia tenían un acuerdo para ofrecer ese servicio de ida y vuelta. El paso por la frontera, sin complicaciones. En Ipiales, mientras David aprovechaba para tomar un clásico "tintico" colombiano, yo atendía a mi pequeña, que había soportado muy bien el viaje.

Casi de inmediato conseguimos espacio en un bus con destino a Pasto. Había diferencia en el vecino país. Los buses de carrocería metálica eran más cómodos y las carreteras, aún empedradas, algo más amplias. La cantidad de curvas, parecidas, especialmente en la zona de Berruecos, la garganta montañosa que daba acceso a Pasto. Decidimos pernoctar en la capital de Nariño, especialmente para poder alimentar y bañar a la pequeña.

A la mañana siguiente, muy tempranito, tomamos el bus con destino a Popayán y Cali. Habíamos decidido quedarnos unos minutos en El Bordo, una pequeña población en la zona del Cauca, para visitar a mi tía Dolores, que vivía

allí con su esposo, el fotógrafo argentino Alejandro Travi y sus tres hijos, a los cuales finalmente podría conocer.

Curiosa historia de amor la de mi tía. El aventurero fotógrafo, tipógrafo y mecánico argentino, veía recorriendo América del Sur, al parecer con la intención de vivir y trabajar en Estados Unidos. En su camino, se detuvo en Ibarra. En los escasos meses que permaneció en la ciudad, Travi fotografió a gran parte de las familias prominentes, que aún conservan las preciosas fotografías, en tonos sepias, de las familias, bautizos, primeras comuniones y sepelios. Era la primera vez que un fotógrafo retratista permanecía en la ciudad. Su capacidad de motivación del retratado hacía de la toma algo auténtico, lejano de los acartonados retratos usuales.

Cuando se fue, dejó el recuerdo de su arte y se llevó a la señorita María Dolores Aguirre Carbajal, mi tía Lolita. Fue una completa sorpresa para mis abuelos Alejandro y Cleofé. Era una chiquilla sonriente y tímida. Muy apegada a su madre. Aunque las hermanas mayores habían visto pasar por la calle del hospital al "gringo", jamás se imaginaron que rondaba a la pequeña Lolita, que había superado la adolescencia apenas un par de años antes. Tanto no lo supieron que la familia se enteró de la decisión de la joven cuando ésta, con una pequeña maleta que contenía tres vestidos y unas cuantas prendas de ropa interior, ya estaba en viaje hacia el norte, persiguiendo también el sueño de su enamorado. Dejó una carta pidiendo perdón a sus padres y despidiéndose de sus hermanas. "Así es la vida, me enamoré", les explicaba.

Las horas transcurridas desde su partida, hicieron imposible una eventual persecución. Padres e hijas debieron

resignarse a su ausencia. Un año después llegó una carta con sellos colombianos. "Estoy bien. Acabo de tener un hijo. Se llama Erlo". El matasellos decía: "El Bordo, Patía, Cauca."

El viaje se tornó pesado por las frecuentes paradas del automotor. Parecía que cada pueblito recibía un pasajero o tenía alguien que deseaba viajar. Cinco horas después arribamos a destino. El Bordo tenía una historia curiosa: fue la última población fundada por españoles en la actual Colombia, a pocos días de su independencia. Lo hizo el fraile José María Chacón, con el destino de ser una estación de reabastecimiento para cruzar el valle del Patía. Un pueblito de clima cálido y gente amable.

No fue difícil localizar la casa de los Travi. La sorpresa y la emoción del reencuentro nos fundieron en un abrazo estrecho, interminable. Luego, el intercambio de las historias que la otra parte desconocía. Los hijos de Lolita, mis primos, que me miraban curiosos. Los sobrinos nietos de mi tía, mis hijos, descritos con orgullo, uno a uno. A pesar de que nuestra intención era seguir viaje, terminamos por aceptar la invitación a permanecer unas horas.

Al día siguiente, muy tempranito, tomamos el primer bus rumbo a Popayán. Cuando llegamos al convento y escuela de Santo Domingo, la sorpresa no fue tan grande, pues David le había advertido a sor María Inés por telegrama de nuestra llegada. Pero la emoción fue igual o mayor. Los hermanos se reencontraron con genuina alegría y pasaron la tarde y la noche contándose historias, compartiendo sueños.

Un par de días duró la permanencia en Popayán, ciudad señorial, cuyas iglesias conservan muchas de las obras (pinturas y esculturas) de los afamados artistas de la Escue-

la Quiteña. El cuidado de nuestros hijos y el negocio nos impusieron un temprano retorno. El viaje de regreso duró mucho menos, pues procuramos no hacer ninguna parada.

Bodas de plata

Celebramos el 25 aniversario de nuestro matrimonio con una misa solemne en la capilla del Colegio Sánchez y Cifuentes, reafirmando ante nuestro Señor el compromiso de vida y de fe. Tras la ceremonia eucarística, se realizó una recepción en el salón de honor de la misma institución educativa en la cual se habían educado nuestros hijos mayores.

La presencia de la familia completa y de nuestros amigos, dio un especial brillo a esta reunión pletórica de afectos. Las emotivas palabras de nuestro hijo José Xavier y el profundo mensaje de David Patricio, le otorgaron un marco significativo a una ocasión que nos permitió agradecer en primer término a Dios por los favores recibidos, por una vida sacrificada pero feliz. Nos permitió al mismo tiempo agradecer a los hijos, a la familia y a los amigos, por todo su apoyo y afecto.

Sin avisarme, David había comprado los pasajes para un viaje conmemorativo de nuestro aniversario. Hicimos los arreglos necesarios para mantener las actividades del almacén, gracias a la ayuda de mi tía Anita, con la cooperación de mis hijos. Procuramos dejar resueltos los temas de pagos a proveedores y asuntos bancarios. En caso de emergencia contábamos con nuestro hijo mayor para resolverlo.

Tras un viaje sin novedades, el avión sobrevoló la ciudad de México para realizar el aterrizaje. Nos impresionó la gigantesca ciudad, que por entonces ya era una de las más pobladas del mundo. Teníamos mucha ilusión por conocer

una cultura que tenía mucha influencia en América Latina, fundamentalmente por el cine, la televisión y las publicaciones. Por las películas mexicanas sentíamos una gran afinidad por ese hermoso país.

Fuimos a un hotel por el paseo de la Reforma, cerca del centro de la ciudad. El ambiente, las construcciones, la forma de hablar, la amabilidad de los mexicanos, nos impresionaron gratamente. Aunque la antigua ciudad virreinal había sufrido muchos daños, podía aún advertirse su pasado de gloria. Pero la ciudad crecía desmesuradamente con un proceso de acelerada modernización.

El primer día visitamos el centro de la ciudad. Pudimos conocer la catedral metropolitana, aunque solo se podía visitarla parcialmente debido a las obras de mantenimiento por el hundimiento que sufría toda la plaza del Zócalo. La ciudad fue construida desecando una laguna, lo que ocasionaba ese tipo de problemas.

Recorrimos las calles identificando cosas que habíamos visto o leído. En el mercado popular de la Lagunilla compramos algunos recuerdos. Caminamos por la calle República del Ecuador que se encuentra en las inmediaciones.

En la tarde, pasaron por el hotel los amigos mexicanos de los Cursillos de Cristiandad. "De colores", nos saludaron. Nos presentamos y a partir de allí, los cursillistas mexicanos se hicieron cargo de nuestra estadía. Cada uno de ellos se esmeraba por atendernos, de manera que no necesitamos seguir en el hotel sino que disfrutamos de la hospitalidad de los amigos cursillistas mexicanos. Todos permanecen en nuestro recuerdo por su cariño y solidaridad.

Esa noche nos llevaron a la Plaza Garibaldi y disfrutamos de un show de mariachis. Al día siguiente hicimos la

peregrinación al grandioso santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de México. No solo nos impresionó la arquitectura del templo, sino la profunda religiosidad popular. La veneración por la Virgen es verdaderamente conmovedora.

Cuando visitamos las pirámides de Teotihuacán, pudimos advertir el grado de desarrollo de los aztecas. Las señoras subimos trabajosamente hasta la mitad de las pirámides. Cuando levanté mi vista, mi marido me saludaba desde lo alto de la pirámide mayor. Al bajar, mi marido, curioso como siempre, se acercó a un puestito de venta de tacos. Trajo dos en la mano y me invitó a probar. El sabor del primero me resultó extraño. Al probar el segundo, no logré tragar. El, mi miraba con picardía y soltó la risa. Había comprado un taco de nopal (es decir de la planta de la tuna) y otro de chapulines (grillos).Por un tiempo no quise volver a probar tacos.

Con exquisita gentileza y profundo afecto, nuestros amigos cursillistas nos recibieron en México. Con ellos apreciamos aún más a un país que ya teníamos en el corazón. Pero además pudimos comprobar el enorme desarrollo y la gran fe de quienes formaban parte del Movimiento de Cursillos de Cristiandad en ese país.

La reunión de despedida fue especialmente emotiva. Habíamos forjado una linda amistad que pudimos conservar a lo largo del tiempo, pues mantuvimos el contacto y compartimos experiencias en el trabajo por nuestra fe.

El viaje siguió hacia Miami. No conocíamos Estados Unidos y era la oportunidad para visitarlo. Estuvimos en Miami y en Orlando. Disney World había sido inaugurado pocos años atrás y aún no se había convertido en la gran

meca que fue después. Pudimos visitar el parque con total tranquilidad, sin las multitudes que suelen visitar estos sitios de atracción.

El viaje nos dejó dos anécdotas que para muchas personas serán difíciles de creer. El segundo día en Miami, mientras recorríamos la ciudad en bus, nos hicimos amigos de Manuela, una cubana muy simpática, que prometió visitarnos en el hotel. Pensamos que era solamente una fórmula de cortesía, pero no; al día siguiente, muy temprano ella anunció que estaba en la recepción. Nos saludó efusivamente y se disculpó por no podernos acompañar. Luego le preguntó a David si tenía licencia. Al recibir su respuesta afirmativa, metió la mano en su cartera, sacó una llave y le dijo "Ten, chico, para que conozcas Miami". Era la llave de su coche. Con una generosidad sin igual, sin preguntar nada, nos prestó su carro. David, con su habitual arrojo, tampoco le preguntó nada. Le agradeció; le dijo que le devolvería el auto al día siguiente y nos despedimos. Rumbo al auto, yo iba totalmente angustiada. "Qué loco, le dije. Y ahora cómo vas a hacer. Si no conoces la ciudad. ¿Y si pasa algo?". El procuró tranquilizarme. Pero yo insistí: "¿Y qué pasa si te detiene la policía? Tu no hablas inglés…" "No te preocupes, me dijo, no va a pasar nada". En efecto, no ocurrió nada. Conocimos la ciudad en base a la intuición de mi marido, pues todos los letreros estaban en inglés. No hubo incidente alguno y devolvimos el auto intacto, con nuestro profundo agradecimiento a la querida Manuela.

Si esta historia es inusual, la otra anécdota es excepcional. David salía en las tardes del hotel a un bar cercano para tomar café cubano, una bebida muy fuerte, similar a la esencia que se hacía en casa; la cual sirven en una tacita

muy pequeña junto a un vaso de agua. Como era habitual, rápidamente hizo amigos y pasaba un buen rato conversando. Dos días antes de retornar, llegó al hotel con la novedad de que le ofrecían vender un carro "muy, muy barato".

Al principio pensé que era una broma. Al ver que iba en serio me preocupé. Le expresé todas mis objeciones, pero él ya tenía entre ceja y ceja la oportunidad. Resignada, hicimos cuenta del dinero que teníamos y nos sorprendió lo que habíamos ahorrado gracias a la generosa acogida de nuestros amigos mexicanos y cubanos. Una vez que tuvo la cifra, David se dispuso a dormir.

Al día siguiente, el último en Miami, salió como a las diez de la mañana. Regresó una hora más tarde, muy contento. Me contó que no tuvo que negociar. El cubano le preguntó cuánto tenía. David le dio una cifra menor a la verdadera. El cubano no estaba convencido. Finalmente aceptó venderle el auto en 1.800 dólares. Le pidió además 100 dólares para poderlo embarcar rumbo al Ecuador. Entonces me mostró un sencillo papel en la cual constaba la compraventa. Perdí la cabeza. "Cómo se te ocurre, le dije. No sabes ni quién es. Ni siquiera si es dueño del carro. Y cómo lo va a enviar. Ya perdimos esa plata." El, con gran tranquilidad me dijo que era suficiente con haberse dado la mano para sellar el negocio. Así era él y su confianza en la gente.

Preparamos las maletas, pues debíamos salir hacia el aeropuerto. Me hacía mucha ilusión el retorno pues añoraba a mi familia y estaba preocupada por la marcha del negocio. Pero no podía quitarme de la cabeza el negocio del carro, que, estaba segura, era una estafa.

El viaje de retorno no tuvo novedad. Habíamos confirmado a los hijos la hora en que estaríamos en Quito y la

hora aproximada de llegada a Ibarra (en bus, por supuesto). La recepción fue emocionante por el enorme afecto de nuestros hijos que habían preparado una comida de bienvenida. Me informaron de las novedades. Me sentí tranquila, nuevamente en casa.

Retomamos las actividades, pero a medida que pasaban los días me preocupaba más el tema del carro. Sentía que habíamos perdido una suma muy necesaria para el negocio. Transcurrió un mes sin noticias del bendito cubano. Dos semanas más tarde, una llamada internacional. Era el vendedor que le anunciaba a David que no encontró transporte en barco a Ecuador y que había embarcado el auto en un barco rumbo a Buenaventura, Colombia. Le dio los datos del transportista y del día de llegada a ese puerto. Al cerrar, con una sonrisa, David me dijo: "Ves que no hay que ser tan desconfiada".

Dos semanas más tarde, David y Pepe viajaron a Colombia a traer el auto. Retornaron muy cansados por el viaje, pero felices de llegar con el auto, un Toyota automático, que fue comprado en Miami, y contra todo pronóstico llegó a Ibarra.

Un viaje increíble

El intenso apostolado que realizábamos en los Cursillos de Cristiandad implicaba numerosos sacrificios, pero al mismo tiempo enormes alegrías. La catequesis implicaba la difusión de la palabra de Dios entre parejas de adultos interesados en asociarse al movimiento. En esa tarea nos auxiliaban sacerdotes y religiosas. Uno de ellos era el padre Emil Stehle, un sacerdote alemán que había venido a América para servir a la población alemana en Colombia.

Más tarde fue designado por la Curia alemana como vicario foráneo para las parroquias alemanas en Centro y Sud América. En esa función, se integró a los cursillos. En 1983 es designado por el Vaticano como obispo auxiliar de la Diócesis de Quito, con sede en Santo Domingo de los Colorados. En enero de 1987, la Santa Sede crea la prelatura eclesiástica de Santo Domingo y lo nombra obispo prelado.

Habíamos establecido una excelente amistad con el padre Emilio, como se lo conocía en el Ecuador, por lo que tuvo la gentileza de invitarnos a su consagración como obispo, ceremonia que debía realizarse en Roma en julio de 1985. Al recibir la invitación, a mi negrito le brillaron los ojos. Sin embargo, esa noche lo analizamos, a pesar de que sabíamos que era imposible. No teníamos los medios económicos y era imposible dejar el negocio por tres semanas. Decididos enviar al flamante prelado una linda tarjeta de felicitación.

Pero uno cosa es lo que uno piensa y otra la que Dios dispone. Un par de días más tarde, le comunican a David que se había ganado en un sorteo de la empresa Proesa un pasaje a España, ida y vuelta. Lo tomamos como una señal de Dios para que hagamos un esfuerzo y viajemos. En efecto, todo se facilitó. Conseguimos un pequeño préstamo y adquirimos el boleto aéreo para mí. La cooperativa entró en funcionamiento. Nuestra hija Gema se haría cargo del negocio con la ayuda de sus hermanos. Hablamos con los proveedores y los bancos, de manera que no se produjeran sobresaltos durante nuestra ausencia.

Puedo afirmar con seguridad que todo el viaje fue llevado por la mano de nuestro Señor. Habíamos tomado contacto con monseñor Juan Larrea Holguín, muy amigo de

la familia y le consultamos sobre la posibilidad de que nos consiga una invitación para asistir a una audiencia papal. Con gran gentileza, monseñor Juanito nos informé que el Papa Juan Pablo II estaba celebrando las bodas de plata de nombramiento como obispo y que se realizaría en Roma una audiencia especial con invitados de todo el planeta. "Ustedes entenderán, nos dijo, que una invitación de ese tipo se gestiona con meses de anticipación". Sin embargo, nos comentó que él no podía viajar y que nos pedía llevar una carta al embajador del Ecuador ante la Santa Sede.

Al ingresar al aeropuerto de Quito, tuvimos la grata sorpresa de encontrarnos con el cardenal Pablo Muñoz Vega, máxima autoridad de la iglesia católica en el Ecuador. Nos saludamos con afecto, dada la calidez y sencillez del prelado originario de Mira, quien era amigo de David y de sus tres primos sacerdotes. Viajábamos en el mismo vuelo, monseñor en primera clase y nosotros en clase turística. El avión iba semivacío.

No había transcurrido más de media hora de vuelo cuando el piloto nos informó que se presentarían turbulencias al pasar por Panamá y que se iba a proceder a una redistribución de asientos. El avión aterrizaría en Costa Rica, desde donde partiría lleno hacia España. Una aeromoza se acercó a nosotros y nos invitó a pasar a primera clase. Agradablemente sorprendido, monseñor Muñoz Vega nos invitó a sentarnos junto a él y pudimos departir durante todo el viaje.

Le comentamos que íbamos a Roma, a la ceremonia de consagración de monseñor Stehle. Como era su carácter, David le contó al prelado de nuestro anhelo de asistir a la audiencia papal. "Monseñor, ¿usted no puede ayudarnos?",

le preguntó. Monseñor sonrió levemente. "No les prometo nada, pero voy a intentarlo", nos dijo. "Vengan a verme el sábado a las 10 de la mañana, a la Universidad Loyola".

Nos despedimos de monseñor al llegar a Madrid. Nosotros proseguiríamos por nuestra cuenta a la capital italiana. El sábado, madrugamos para dirigirnos hacia el norte de Roma. David se había ingeniado para preguntar dónde estaba la universidad y cómo llegar allá. El cardenal nos recibió con gran cariño. Nos entregó una carta preciosa en la que se describía nuestra función como líderes de los cursillos de cristiandad y la misión evangélica que llevábamos adelante. En la carta, dirigida a uno de los secretarios de la Curia romana, le solicitaba nos concediera acceso a la a la misa dominical en San Pedro y a la audiencia pública con el Papa Juan Pablo II. Luego de agradecerle infinitamente, volamos en dirección al Vaticano.

Al llegar a la Plaza de San Pedro, contemplamos extasiados la basílica que es el centro de la cristiandad. Nos acercamos a una puerta de ingreso y nos recibió un miembro de la Guardia Suiza, que se portó muy amable. Nos hizo pasar a la recepción. Estábamos maravillados, pues es muy difícil ingresar al Vaticano. Entregamos la carta y casi sin leerla, nos dijeron como primerísima respuesta que era muy tarde, que todas las invitaciones estaban entregadas. Sin embargo, un sacerdote recibió la carta y leyó con atención su contenido. Cuando contempló la firma, hizo un gesto de aprobación. Nos pidió esperar un momento. Nerviosos, no sabíamos a qué atenernos. Diez minutos más tarde, bajó el secretario de la Curia del Vaticano, nos saludó, nos entregó dos sobres plateados y nos dijo: "Bienvenidos a nuestra fiesta de mañana. No podemos decir no a un pe-

dido del caro monseñor Pablo Muñoz Vega". Le dimos las gracias efusivamente y nos despedimos. Una vez en la plaza, nos abrazamos, aún incrédulos de nuestra suerte y de la bondad de nuestro cardenal.

A pesar de que la ceremonia era a mediodía, a las siete de la mañana ya estábamos listos, de punta en blanco, pues debíamos estar muy bien presentados para las dos ceremonias a las cuales asistiríamos, una en el Vaticano y la otra, en la tarde, la consagración de monseñor Stehle.

Aunque llegamos antes de las ocho de la mañana, la plaza de San Pedro estaba totalmente llena. Personas de multitud de países, sacerdotes, religiosas, pugnaban por conseguir una buena ubicación para ver al Papa. Muchos portaban invitaciones con sobres de distintos colores. David se acercó a un guardia suizo y le presentó el sobre. Un empleado del Vaticano se acercó y nos indicó que esa invitación nos daba una ubicación cercana al altar donde se celebraría la misa, pero que debíamos ingresar a las diez de la mañana.

Logramos conseguir entradas para visitar la Capilla Sixtina. Recorrimos maravillados las salas y pasillos llenas de obras de arte del Renacimiento. Nos detuvimos un largo rato contemplando la bóveda en la cual Miguel Ángel pintó la escena del Juicio Final. Habíamos estado tan absortos por la belleza del lugar, que solo cuando empezaron a sonar las campanadas, nos dimos cuenta de que llegaríamos atrasados a la puerta por la que deberíamos ingresar. Caminando aprisa, casi corriendo, logramos llegar. Pudimos entrar sin mayor problema, pues la invitación nos daba derecho a ingresar directamente al atrio de la iglesia. Nuestra sorpresa fue mayúscula pues estábamos ubicados inmediatamente

detrás de los prelados de la Iglesia Católica y las dos únicas sillas vacías tenían nuestros nombres.

Asistimos extasiados a la misa celebrada por Su Santidad y cuatro cardenales. Posteriormente se realizó una ceremonia en la cual delegaciones de católicos de todo el mundo le entregaron presentes al pontífice. Tras un breve discurso de agradecimiento en varios idiomas, el Papa se dirigió a la audiencia privada, a la cual también podíamos asistir. Allí Juan Pablo II saludo uno a uno con todos los presentes. Estábamos en medios de una gran cantidad de cardenales y obispos. El Sumo Pontífice se acercó a nosotros, nos preguntó de dónde éramos, nos abrazó y me dio un beso en la mejilla. La mano de Dios nos había llevado hasta ese momento tan grandioso.

Salimos del Vaticano para dirigirnos a la ceremonia de monseñor Stehle. No teníamos idea de cómo llegar a la basílica menor de Nuestra Señora de Guadalupe. Había filas de buses en las calles cercanas. David se acercó a dos monjitas que estaban por abordar uno de ellos. Para su sorpresa le contestaron en español. Eran dos religiosas mexicanas. Iniciaron una explicación, pero luego le dijeron "La iglesia está en la ruta de este bus que nos lleva al convento. Pueden acompañarnos". Compramos el ticket y nos embarcamos con ellas. Como ellas debían quedarse antes nos dieron indicaciones para que no nos perdamos. En la conversación surgió la razón por la cual íbamos a una iglesia que no es visitada por turistas. Al conocer el motivo, espontáneamente y con gran gentileza decidieron acompañarnos.

La iglesia estaba completamente llena, por lo que avanzamos cuánto pudimos y nos ubicamos junto a una columna para asistir a la misa solemne. En la primera fila, del

lado cercano a donde estábamos de pie, estaba una pareja muy distinguida, junto a la cual había dos asientos vacíos. Justo antes de iniciar la ceremonia, la señora giró y me hizo señas para que nos acercáramos a ocupar esos lugares. Al presentarnos descubrimos que era el embajador de nuestro país, justo la persona a la cual debíamos entregar la carta de monseñor Juan Larrea Holguín. Así son las cosas preciosas que Dios nos regala cada día. ¡Bendito sea Dios!

Tras esta maravillosa experiencia retornamos sin novedad. Yo sentía siempre aprensión sobre la marcha del negocio y las posibles dificultades que debían afrontar nuestros hijos, pero al llegar, no nos reportaron novedad alguna.

Europa 1992

Luego de una vertiginosa preparación, tal vez sin tiempo para temores o arrepentimientos; sin preocupaciones respecto al negocio, la casa, o mi hija Mirian, tesoro que aún disfruto, que se quedaba sola en la casa; solo confiada en la voluntad de Dios y pendiente de su ayuda y protección, llegó el día señalado para visitar Europa por segunda vez.

El viaje lo planificó David por nuestras bodas de rubí. 40 años de matrimonio y de vida en común; de ayuda mutua, amor y comprensión; de trabajos compartidos, dudas y temores, penas y alegrías, salud y enfermedad. De esa mezcla de bueno y malo que forma la vida humana y que le otorga sabor a la existencia. Pero lo que más podemos celebrar es que a lo largo de nuestra vida, el Señor Jesús, nuestro Maestro, ha vivido con nosotros, ha dirigido nuestras vidas y nos hado el don maravilloso de nuestros siete hijos, a quienes prodigamos amor y comprensión y quienes nos

retribuyen con creces. Además la corona de nuestra vejez, los nietos amados, el triunfo de nuestra vida.

Viernes 4 de septiembre de 1992, decola el vuelo de Iberia 033 de Iberia rumbo a Madrid. El primer tramo del vuelo es azaroso. Los vientos maltratan al avión que sobrevuela el Caribe. Finalmente aterrizamos en República Dominicana, tierra caliente, cuna del merengue. Impresiona su gente, alegre y dicharachera, que parece tener el ritmo a flor de piel. Tras la breve escala, el avión pone rumbo a la capital española. La segunda parte del viaje es tranquila. La atención de la tripulación de la empresa española, de primera. Aterrizamos a las seis de la mañana, hora local, aunque el celaje apenas anuncia el amanecer: aún está oscuro y frío.

Desembarcamos con cierta prisa, pues estamos en tránsito hacia Sevilla. Apenas si pudimos contemplar los detalles de un aeropuerto gigante, pero algo triste. Avanzamos hacia la zona de embarque, cansados pero felices. Una hora y media más tarde continuamos vuelo.

Bellísima Andalucía, que nos recuerda tanto a las soleadas ciudades de blancas casas de las montañas de mi país. Sevilla, con su maravilloso dentro histórico, con sus vericuetos, que confunden al visitante. Inclusive David, que es un excelente guía, se perdió y muchas veces dudaba hacia dónde dirigirse. Con mucha suerte, debido a la enorme demanda, conseguimos una habitación en un hotel en el barrio de Las Cruces, en pleno centro de la ciudad. Miles de turistas copan las calles, disfrutando del sol, la música y la poesía de Andalucía.

Al día siguiente, tempranito, rumbo a la Exposición Universal de Sevilla 1992, organizada con ocasión del quinto centenario del descubrimiento de América, que a partir

de entonces se denominó "Encuentro de dos mundos". Una verdadera maravilla. Desde el exterior, las presentaciones fastuosas de los pabellones, invitando a visitarlos. Los más concurridos, Japón, Canadá, España, Corea y algún otro que se me escapa. Larguísimas filas para ingresar a ellos, terminaban desanimando a muchos turistas. Pero tampoco era fácil ingresar a otros stands; casi siempre una cola de media cuadra para poder ingresar.

David y yo, tomados de la mano, como dos chiquillos, recorríamos las instalaciones, admirados, maravillados, de esta impresionante exposición. Subimos al monorriel, para una vista completa de la exposición. Verdaderamente impresionante el conjunto de construcciones realizadas especialmente para la Expo 92. Muchos de los pabellones, con propuestas arquitectónicas que simbolizaban a cada país, creando un conjunto de edificios realmente singular. Los miles de visitantes reflejan la diversidad de razas, idiomas y culturas del planeta.

Es difícil describir la magnificencia de la exposición. Cada país procuró exponer lo mejor de su ciencia, de su tecnología, de su cultura. Una cascada que se precipita por la pared de un edificio es tal vez el mejor símbolo de las propuestas diseñadas para el deleite de los visitantes. El lujo, la fastuosidad, el exotismo, el colorido o la tecnología, otorgan su sello a cada uno de los pabellones. De igual manera la música, la danza, las artesanías y la comida. El edificio con techo de vidrio de Australia, que permite disfrutar desde el suelo o desde el aire, las piruetas de decenas de aves exóticas, es uno de los más admirados. Pero indudablemente la muestra está dominada por las nuevas tecnologías que estarán presentes en la vida de las perso-

nas en los próximos años. Un impresionante despliegue de nuevos aparatos, tecnologías de vanguardias, nuevas formas de comunicación, robots, daban cuenta que el mundo se acerca vertiginosamente a una nueva era.

Visitamos en primer término el pabellón de las Américas, que contaba con la presencia de Ecuador, Colombia, Brasil, Argentina, Chile, Perú, Paraguay y Bolivia. Como es natural, iniciamos el recorrido por el stand del Ecuador. Como era su costumbre y su habilidad natural, David conversó con los representantes del país y los guías, que estaban muy contentos por la cantidad de visitantes que admiraban las riquezas del Ecuador. Tuvimos una muy grata sorpresa: en la muestra de la cultura del país, aparecía uno de los libros de nuestro hijo David. Nos sentimos orgullosos y felices.

América Latina presentaba en su pabellón toda la riqueza de sus culturas, el color y el ritmo de su gente, un verdadero crisol de razas. Mientras David disfrutaba de un "tintico", el delicioso café colombiano, yo contemplé un espectáculo de danza de Brasil, en homenaje a la reina Sofía que ese día visitaba la feria.

El calor agobiante, que llegó a 38 grados, no impedía la algarabía de miles de visitantes: una profusión de razas, idiomas, vestimentas y costumbres. A las ocho de la noche, aún con sol, cansadísimos, tuvimos que tomar un tiempo para encontrar el bus que nos lleve hacia la zona en que se encontraba el hotel. Llegamos más allá de las diez y media de la noche. Nos tomó casi una hora más encontrar al hotel, perdidos en los vericuetos del barrio de Las Cruces, con sus calles estrechas, muy similares, la gente en las calles, las mesitas de las tascas al aire libre y el precioso ambiente

de una ciudad andaluza. Finalmente dimos con el hotel y fuimos derechito a descansar, solo unas horitas, pues al día siguiente queríamos conocer la ciudad y buscar una iglesia para asistir a la misa dominical.

Al día siguiente, nos sorprendió la cantidad de gente que circulaba por el centro de Sevilla. En una sonriente mañana soleada, admiramos la belleza de sus parques y de sus casas morunas; el atractivo de sus balcones llenos de flores y de sus patios andaluces, bellamente arreglados y decorados, como para una fiesta de siglos. Una ciudad digna de ser visitada y admirada. Nos llamó la atención la similitud con las blancas casas y los patios de nuestras ciudades andinas.

La dulce invitación sonora de las campanas, armoniosa e insistente, nos guio hasta la Capilla de la Universidad de Sevilla, en donde asistimos a misa y pedimos mucho por los hijos ausentes.

Luego reanudamos nuestra caminata, extasiados por la belleza del Real Alcázar, uno de los atractivos de la ciudad. Almorzamos en uno de los restaurantes del parque de María Luisa, acompañados de la música de guitarras y el ruido de vasos que chocaban brindando por el sol, por la vida. El agobiante calor era atenuado por el alegre ventear de los abanicos de coloridos diseños.

En la tarde, recorrimos lentamente el camino de vuelta hacia el hotel. En el camino, la famosa Catedral de Sevilla y la casa del famoso pintor Murillo: Cenamos algo ligero en una terraza, pues debíamos salir a las nueve de la noche, aún con un dorado sol en el horizonte, para tomar el vuelo a Madrid. Habíamos dejado las maletas listas, lo que nos ayudó mucho, pues tardamos más de media hora en conseguir un taxi que nos lleve al aeropuerto.

A las 10 de la noche aterrizamos nuevamente en Barajas. Iba con la preocupación de cómo haríamos para conseguir transporte y llegar al hotel. Llegamos a la zona en que esperan a los viajeros y tuvimos la agradable sorpresa de encontrar a una persona con un cartel que decía: "Sres. Andrade". ¡Qué alivio! Solo tuvimos que seguir al señor, un español simpático y muy amable, hacia un auto Mercedes nuevecito, que nos condujo hasta el hotel. La agencia de viajes Meliá, promotora del tour, realmente excelente: muy correctos y amables los guías, los horarios se cumplían estrictamente, los hoteles confortables, todo muy serio y profesional.

En el viaje formamos una gran amistad con otras parejas del grupo: Santiago y Conchita, colombianos; Juan y Estela, argentinos; Oscar y Mónica, argentinos; Carlos e Irma, mexicanos.

El viaje continuó hacia Barcelona, en donde pudimos visitar una majestuosa iglesia, la Sagrada Familia, obra del arquitecto Gaudí, que se había iniciado en 1882 y que seguía en construcción. Admiramos la grandiosidad del templo pero no terminaron de gustarnos sus formas caprichosas, pues no dejábamos de compararlas con el esplendor de otros célebres templos de la cristiandad.

Tras un día en Barcelona, el tour prosiguió hacia Niza y Mónaco en la Costa Azul francesa. El viaje en bus nos permitió disfrutar de los paisajes del sur de Francia y del norte de Italia.

Al llegar a Pisa, iniciamos el descubrimiento de una parte de la historia de Europa que no nos enseñaban en la escuela. Tras la obligatoria visita a la torre inclinada, optamos por recorrer la ciudad y deleitarnos con sus viejas igle-

sias y monasterios. Italia es hermosa y disfrutamos mucho de su cultura, su comida y sus costumbres.

Florencia es una ciudad impresionante por su arte. En sus calles es posible palpar la vida de los personajes que fueron parte de la creación de las maravillas del Renacimiento. Nos maravilló su catedral y su domo, diseñado por un artista llamado el Giotto. La visita guiada a los museos de Florencia es extremadamente interesante, pues permite contemplar las obras de pintores y escultores de ese período, que llenaron de arte a esa ciudad y transformaron la vida cultural de Europa.

Tras una breve visita a la romántica Venecia nos encaminamos a Roma. Para nosotros era un acontecimiento especial visitar el centro de la cristiandad, la ciudad eterna. Con profunda emoción pudimos recorrer las inmediaciones del Coliseo, apenas llegamos. Es verdaderamente impresionante ver las ruinas de la ciudad imperial.

Al día siguiente, madrugamos para la visita al Vaticano. Recorrimos con mucha unción la Basílica de San Pedro, el templo mayor de nuestra fe. Tomados de la mano, admiramos la formidable creación de tantos grandes artistas en homenaje al creador.

Tras recorrer el museo del Vaticano, pasamos todo el tiempo que nos permitieron contemplando extasiados la capilla Sixtina. Mientras los turistas pasaban rápidamente, nosotros permanecimos absortos admirando la creación del gran Miguel Ángel. Una obra excepcional.

El fin de semana lo destinamos a pasear por Roma. El domingo, nos pusimos en primera fila para el rezo del Ángelus presidido por el papa Juan Pablo II. La emocionante ceremonia, compartida con miles de peregrinos, nos permitió

recibir el profundo mensaje del pontífice. El viaje concluyó en París. Dos días en los que no nos separamos del grupo y cumplimos con las actividades habituales de los turistas: visita a la Torre Eiffel; recorrido por el Museo del Louvre; visita a las galerías Lafayette; paseo por el río Sena; cena en el Lido. París es una ciudad fascinante, pero a esa altura del viaje ya estábamos ansiosos por regresar a nuestro país.

A nuestro retorno, recibimos el afectuoso recibimiento de nuestros hijos, tanto en Quito como en Ibarra. Las dificultades que tiene todo negocio habían sido resueltas por ellos. Finalmente estábamos en nuestro hogar.

En Tierra Santa

Uno de nuestros mayores anhelos, tras más de veinte años de dar testimonio de vida cristiana y de haber difundido la palabra a centenas de hogares de nuestra ciudad y nuestra provincia, era conocer los Lugares Santos. Ahorramos por varios años para hacer realidad este sueño y finalmente lo pudimos concretar en mayo del año 2000.

El largo viaje se inició en Quito con destino a Bogotá. Allí tomamos la conexión con la empresa Iberia que nos llevaría a España. Decolamos a las 10 de la noche y aterrizamos en Madrid a las dos y treinta de la tarde del día siguiente. El vuelo a Barcelona estaba previsto para las seis de la tarde, por lo que debimos permanecer en el aeropuerto por más de tres horas. Tras una breve escala en Barcelona, tras un vuelo placentero arribamos al Cairo a la una de la mañana.

Nuestra primera impresión fue el tamaño de la ciudad y la pobreza que se advertía en muchas zonas. A pesar de la hora, en la parte central de El Cairo, muchos negocios se-

guían abiertos, no solo cafés o restaurantes, sino almacenes normales, panaderías, pastelerías, peluquerías. Otro detalle es que la gente es muy amable y hospitalaria.

A pesar de haber llegado en la madrugada, nos despertaron a las siete de la mañana para iniciar el tour. Una chica joven, guapa, vestida de manera tradicional, se presentó como nuestra guía. Nos dijo su nombre, pero resultaba difícil de pronunciar. David le preguntó que significaba, ella le contesto que Consuelo y de esa manera le llamábamos durante toda nuestra estadía. Usaba siempre, por prescripción religiosa, pañuelos de seda de vistosos colores, con los cuales cubría su cabeza y cuello. Cubría también su boca cuando se dirigía a un hombre. Yo tenía mucha pena por ella. Imagínense vestir de esa manera, en el calor del desierto, con un clima seco y caliente que termina siendo sofocante. La mayoría de los hombres en cambio vestían túnicas, unas batas largas y rectas, parecidas a las que usan los sacerdotes, en general blancas o beige, aunque algunos preferían de color plomo o café. Las mujeres siguen la tradición de siglos, siendo controladas y sometidas por los esposos o los padres. Yo le molestaba a nuestra guía: "Consuelito, estamos tan lejos de los hombres de su casa, aquí no le ve nadie, rebélese y quítese el pañuelo". Ella se limitaba a sonreír. Nunca se quitó el bendito pañuelo.

Con ella visitamos en primer lugar el Museo del Cairo, en ese momento en proceso de restauración. Fue nuestro primer contacto con la impresionante cultura de los antiguos egipcios. Admiramos no solamente los sarcófagos, las momias, los tesoros reales, los papiros, sino un ejemplo de los frescos que adornaban las tumbas reales, lo cual nos dio una imagen distinta de los faraones y de la vida en ese país.

Los días siguientes visitamos las pirámides, la esfinge, el famoso Bazar. La grandiosidad de las tumbas de los faraones, los templos y las pirámides siguen dejando la incógnita de cómo lograron construirlas. Cuantos recursos, cuántos trabajadores, cuántos muertos para satisfacer la vanidad de los gobernantes.

Un ejemplo perfecto es la tumba de Tutankamón, que es la mejor conservada. Elegido faraón cuando aún era un niño, vivió poco, reinó hasta los 18 años, edad en la cual murió o lo mataron. El tesoro de su tumba es fantástico. Revela además un personaje vanidoso y un poco prepotente. Su figura aparece en todo lo que ordenaba hacer. De igual manera el cartucho con el sol y el escarabajo, símbolo del poder y la suerte. Cabe anotar que los faraones se hacían retratar de perfil pues tenían la creencia que de esa manera podían mirar de frente y hacia los lados. Es increíble de qué manera este y otros faraones lograron su propósito de permanecer en el tiempo y en la memoria de su pueblo.

Así mismo conocimos una fábrica de esencias, que sirven de base para perfumes en todo el mundo y una de papiros que se decoran al gusto del cliente. Allí confeccionan papiros que imitan los originales, escribiendo en jeroglíficos los nombres de los clientes.

Egipto es un país que vive del turismo y esto es especialmente notorio en su capital. El tráfico en el Cairo es caótico. Es impresionante la cantidad de gente que podemos encontrar en las calles, en las tiendas, en los bazares y en los templos. Sin embargo, cinco veces al día, desde el minarete de las mezquitas, se escucha la potente voz del almuecín llamando a la oración. Entonces la actividad se paraliza por unos minutos. El llamado contiene siete frases, la primera

de las cuales dice así: "Alá es grande. Venid a la oración". Los creyentes buscan un lugar adecuado, tienden su alfombra y rezan, en dirección a la Meca.

Posteriormente viajamos a Luxor en tren. La ciudad de los reyes es un valle impresionante en el que se puede sentir la presencia de una historia de siglos. Fuimos alojados en un fantástico buque hotel en el cual realizamos la travesía del Nilo hasta la isla Elefantina. Por el lujo del barco, la calidad del servicio, la comida y los espectáculos, mi David me decía que le parecía estar en un libro de Agatha Christie. Disfrutamos enormemente del crucero por el Nilo.

El viaje de Egipto a Israel es corto. Aterrizamos en Tel Aviv y de inmediato viajamos en bus hacia Jerusalén. Para nosotros este viaje era una verdadera peregrinación. No era una visita cualquiera, sino la culminación de un sueño. Lo veíamos todo con reverencia, con fe, con veneración.

Después de varias intifadas o revueltas de los extremistas palestinos, la ciudad vieja de Jerusalén, estaba ahora totalmente abierta a los visitantes. Apenas llegamos al hotel ubicado en la ciudad moderna, quisimos contemplar las murallas de la antigua capital de Israel. Nos fascinó la vista de la ciudad milenaria, cuna de la cristiandad. Además allí se concentran el sitio más sagrado de la religión judía, el Muro de los Lamentos, y un sitio venerado por los musulmanes, el Domo de la Roca.

Muy temprano, iniciamos con nuestra guía la visita a Jerusalén. Ingresamos por la puerta de Damasco, a donde llegaban las caravanas de comerciantes. Con especial emoción recorrimos la Vía Dolorosa, imaginando el sufrimiento del Señor al cargar la cruz rumbo al Gólgota. En cada una

de las estaciones, nos detuvimos brevemente para decir una oración.

Al llegar a la Iglesia del Santo Sepulcro, nos detuvimos un instante con mi David, tomados de la mano, sintiendo la presencia permanente de Dios en esas viejas piedras. El templo es compartido por tres iglesias, tiene un estilo arquitectónico similar a las catedrales europeas de la Edad Media, pero el interior parece un templo ortodoxo griego. El olor a incienso y el resplandor de miles de pequeñas velas, inspira la profunda religiosidad de miles de creyentes del mundo entero al estar en presencia del lugar en donde la tradición señala que fue enterrado Jesús antes de su resurrección y de su ascensión a los cielos. David logró colarse en la fila que bajaba hacia la tumba de piedra caliza. Me hizo señas y logramos postrarnos ante el pequeño altar y tocar la roca en la que reposó el cuerpo del Señor. Conmovidos, nos retiramos en silencio. Nuevamente en la parte superior del templo, oramos por nuestra familia, por los hijos, por los nietos. Pedimos por nuestro país que estaba pasando por una crisis económica muy fuerte. Rezamos por la paz.

Al salir a la explanada de las mezquitas, pudimos admirar a centenares de musulmanes, que con igual reverencia, se dirigían a orar, cumpliendo el mandato de su religión. En el exterior de la ciudad amurallada, con igual unción, estaban centenares de creyentes judíos, orando ante el Muro de los Lamentos, el único vestigio que queda del Templo de Jerusalén. Más adelante visitamos el Monte de los Olivos y los jardines de Getsemaní, lugares profundamente vinculados a la vida de Jesús.

Al día siguiente, viajamos a Belén. Por estar ubicada en una zona con mayoría de población palestina, la ciudad

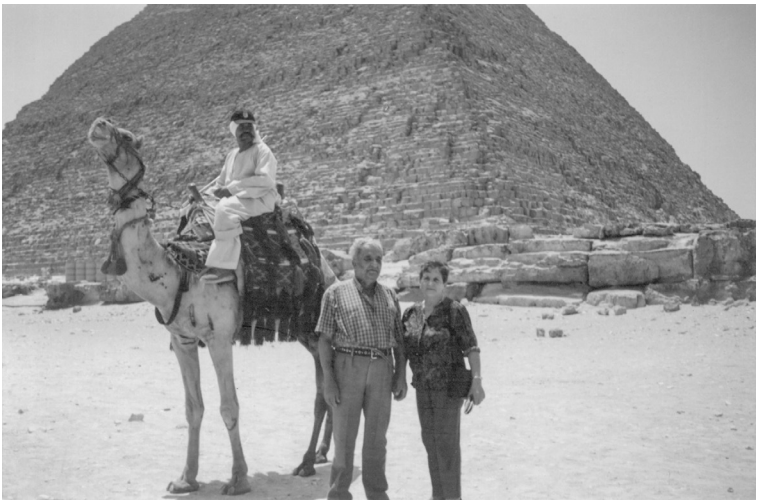
había estado cerrada por un tiempo a la visita de turistas. Nosotros logramos conocer la pequeña ciudad en la cual nació Nuestro Señor Jesucristo. Con especial reverencia recorrimos la Iglesia de la Natividad y contemplados la humilde cueva en la cual la tradición señala que pernoctaron José y María y en la cual nació el hijo de Dios.

El tour concluyó con una visita a Nazaret, la ciudad en la que vivió Jesús la mayor parte de su vida. Posteriormente, un vistazo al Mar de Galilea y Cafarnaún, para luego retornar a Tel Aviv.

No exagero al decir que toda la visita a Tierra Santa la hicimos con profunda emoción y fe absoluta. Cada sitio santo, cada lugar mencionado por el Evangelio, cada etapa de nuestro viaje estaba teñida por nuestra fe en Dios y en su divina misericordia.

Al llegar al aeropuerto de Tel Aviv, para retornar a Quito, aún teníamos muy presentes cada uno de los minutos transcurridos desde nuestra llegada y la profunda impresión que teníamos en el espíritu por haber concretado este sueño de peregrinar a Tierra Santa.

Arriba: Visita a sor María Estela, Popayán, 1959.
Abajo: Una pareja feliz, 1979.



Arriba: Egipto, 2000.
Abajo: Jerusalén, 2000.

Arriba: Jerusalén, Santo Sepulcro.
Abajo: París, 1992.

Abajo: Los Andrade Aguirre.

Octava parte

Memorias del tiempo

La familia extendida.

56 años

Fue una bella historia de amor, de respeto, de profundo afecto para enfrentar las complicaciones de la vida. Una historia de 56 años de matrimonio, cortada únicamente por la partida al infinito de David.

Si algo caracterizó a esa unión fue la comprensión y una absoluta solidaridad. Juntos siempre, sin separaciones, sin rencores. Las dificultades propias de un matrimonio se superaron siempre con una conversación, de manera que el día terminaba sin enojos; una caricia, un gesto o una broma bastaban para que el pequeño enojo se olvide de inmediato.

Esa comprensión nos permitió afrontar las dificultades de los primeros tiempos y las pruebas que nos puso la vida. Para ello fue esencial el diálogo. Desde los primeros tiempos de nuestro matrimonio, cansados tras las duras tareas cotidianas, convertimos en una costumbre el café de la noche. Entonces era el tiempo de las pláticas enriquecedoras, de las conversaciones sobre el futuro, del análisis de las dificultades que enfrentábamos. Pero fundamentalmente era el momento para soñar, para compartir metas e ilusiones, deseos y ambiciones. Los acuerdos permitían siempre afrontar la jornada siguiente con mayor fe, con redoblada esperanza. Siempre buscábamos lo que más convenía a nuestra familia.

La paz era nuestra forma de ser y de vivir. Siempre preocupados por los hijos, por su salud, por sus estudios, por su futuro. Compartíamos sus inquietudes, sus travesuras, sus necesidades de apoyo para sus tareas.

Dimos a nuestros hijos permanente ejemplo de vida como lo más valioso para su futuro. Con el trabajo, la honestidad, la solidaridad, el esfuerzo constante y la fe, como premisas fundamentales. En sus triunfos y en sus

fracasos, nuestros hijos han respetado ese legado de dignidad, honorabilidad y trabajo que se convirtió en el sello de la familia.

Las horas de almuerzo y de cena eran sagradas. Se comía a la hora fijada y todos debían estar a la mesa en ese momento. Si David se retrasaba, esperábamos su llegada. Solía ocurrir, que mi esposo, gran conversador, no advirtiese el paso del tiempo al salir a realizar alguna compra o diligencia, lo cual siempre me contrariaba. Tras bendecir los alimentos, el silencio se rompía por la algarabía de los siete hijos. Pero finalmente se imponía el tono reposado del padre, que comentaba alguna noticia o recibía los reportes, a veces alegres, en otros casos resignados, del avance en sus estudios. Cuando alguno de los chiquillos tenía dificultades, se despertaba la solidaridad familiar para ayudarle en el repaso de las lecciones o en alguna tarea puntual. No fueron pocas las veces en que hubo que trabajar en cooperativa para elaborar un disfraz, terminar una tarea de costura o realizar un trabajo manual.

El domingo era el único día en que podíamos estar todos juntos, pues de lunes a sábado las ocupaciones de uno de los padres o de los dos lo hacían imposible. Al mediodía, el negocio se cerraba, nos apretujábamos en el vehículo familiar y partíamos hacia el campo, para almorzar al aire libre. En otras oportunidades, íbamos hacia un balneario –a las piscinas de agua amarilla de La Salud, cercanas a Otavalo- o una laguna, para disfrutar del espectacular paisaje de nuestra provincia. La idea era estar juntos, disfrutar de la familia, distraernos un poco.

La familia extendida

Nuestra hija María Elena decidió conformar un hogar temprano en su vida. Cuando había iniciado su labor como profesora del Colegio Daniel Reyes, contrajo matrimonio. Nuestra primera nieta María Fiorella Bucheli nació el 17 de febrero de 1976. Su hermano Paolo llegó cinco años más tarde, en 1983. Tiene dos nietos: María Eduarda y Camilo.

En 1984, nuestra segunda hija, Mónica Elizabeth, tras graduarse como ingeniera comercial, se casó con el doctor Eddie Coral. Su primer hijo Felipe nació en 1986 y su hermana Ana Belén en 1991. Sus nietas son Isabella y Amelia.

Anita Lucía, nuestra hija menor, que dirigía el Jardín de Infantes Gente Menuda, encontró su destino al tomar la decisión de casarse con el ciudadano canadiense Bruce Webb. Decidieron radicarse en Canadá lo que nos llenó de gran tristeza: Pero era lo que ellos querían y les deseamos toda la felicidad del mundo. Sus hijos son Tom David, nacido en 1986 y Michael que vino al mundo en 1993.

Hay una anécdota muy especial con Anita. Era muy apegada a su abuela paterna, que por entonces vivía en Ibarra. Por razones que solo las abuelas entienden, ella y mi hijo Pepe contaban con su absoluta preferencia. Cuando fue a visitarle y le anunció que se casaba y se iba a vivir en Canadá, doña María rompió en un llanto inconsolable y no quiso saber nada del asunto. Cuando mi marido, como era su costumbre, fue a visitarle el siguiente domingo, su mamá le hizo un reclamo muy duro: "Hombre sin conciencia, cómo puedes permitir que un gringo se lleve a mi nieta, a mi Anita Lucía". Por algunos meses le duró el enojo. En cada visita preguntaba por su nieta y volvía a reclamar a su hijo.

Gemita tras conseguir éxito en sus primeros negocios, decidió seguir su vocación y estudió hotelería. En su profesión conoció, se enamoró y contrajo matrimonio en 1986 con el chef Efrén Ormaza. Tras vivir un tiempo en Quito, se radicaron en Ibarra por unos cinco años. Finalmente consolidaron su vida personal y familiar en Chattanooga, Estados Unidos. Su primera hija, Estefanía nació en 1987 y su segundo heredero Efrén David en 1990. Sus nietos son Ayrton, Alejandro y Leo.

Por su parte José Xavier, tras graduarse como abogado, inició una exitosa carrera como especialista en asuntos laborales y bancarios. De su matrimonio con Teresa Estrada nacieron María José en 1988; María Teresa en 1990 y José Javier en 1998. Su nieta es Florencia.

El mayor de todos, David, fue el último en formar pareja con Julieta Rodríguez. Su hijo David Alejandro nació en 1991; Daniel Andrés en 1996 y Juliana en el año 2000.

Un dolor insoportable

Con la finalidad de mantener unida a su familia y fortalecer la figura paterna para sus hijos, Mónica decidió abandonar temporalmente su labor profesional para acompañar a su esposo, médico militar, en los lugares a los que era destinado. Sin embargo procuró mantener su independencia mediante negocios que logró llevar adelante con éxito.

De esa manera, tras un año en Ibarra, la familia vivió en Santa Rosa, Tulcán, Quito y Gualaquiza. El advenimiento de su segunda hija, les impulsó a buscar un domicilio permanente, de manera que pudiesen educar apropiadamente a sus hijos.

En la noche de otro domingo fatal, en 1992, llamó nuestro hijo mayor comunicándonos que Mónica había tenido un problema médico y que la estaban trasladando desde Gualaquiza al Hospital Militar en Quito. Seguramente por consideración a la condición de su padre, no nos dijo de la gravedad de la situación. En ese momento, David y Pepe se encontraban en el aeropuerto, esperando la llegada de la ambulancia médica que habían ayudado a conseguir para el traslado urgente de la paciente.

Finalmente la aeronave aterrizó, pero cuando ellos lograron pasar, advirtieron que la ambulancia no arrancaba. Un oscuro presagio los impulsó a correr hacia la pista. El rostro de los médicos les confirmó lo peor: su hermana había fallecido durante el vuelo. Asumiendo su rol, David Patricio realizó los trámites legales necesarios para tales circunstancias, con el apoyo de Pepe.

Sin embargo, la principal preocupación de los dos hermanos fue atender a sus sobrinos, en especial a Anita Belén, que era apenas una bebé. El otro aspecto complicado era, para ellos, darnos la noticia. Temían las consecuencias para el corazón aún convaleciente de su papá. David decidió viajar en la madrugada a Ibarra, para darnos personalmente la noticia y realizar los preparativos del funeral, pues habían tomado la decisión, tras consultar al esposo, de enterrarla en Ibarra.

A las seis y media de la mañana, se escucharon golpes a la puerta de nuestra casa. David se angustió. "Mi Mónica", me dijo con voz apagada. En la puerta estaba nuestro hijo con expresión de enorme dolor. No hubo necesidad de explicaciones, una parte de nuestra vida se había ido para siempre. El dolor que se siente al perder un hijo es infinito.

Mucho más si nos deja en el esplendor de la vida, dejando desprotegidos a sus dos pequeños hijos.

No soy capaz de recordar las cosas que ocurrieron ese y los siguientes días. Hago memoria de las cosas que se dijeron en la misa en su honor; recuerdo vagamente las expresiones de cariño, las palabras de pésame de tanta gente. Lo que si recuerdo es el enorme apoyo afectivo de nuestros hijos, en especial con su padre, que, a pesar de sus circunstancias, afrontó todo el proceso con un valor admirable.

A partir de ese momento, la vida entera se transformó para nosotros. Nada volvió a ser igual. Hemos cuidado con infinito amor, de cerca y de lejos a nuestros nietos, pues seguimos viendo en ellos la imagen eterna de su madre, nuestra querida Mónica Elizabeth del Carmen.

La sombra oscura

Una de las características fundamentales de mi forma de ser fue siempre una voluntad y una fortaleza que me han permitido afrontar una vida dura y constituirme en sólido apoyo para mi esposo, para mis hijos y para las actividades comerciales.

Con David estábamos tan convencidos de que debíamos afrontar nuestras responsabilidades de sacar adelante a la familia, que trabajamos durante toda la vida doce, catorce o dieciséis horas diarias, los siete días de la semana. Educamos a nuestros hijos convencidos que el trabajo duro era el único medio para lograr éxito en la vida.

Esa filosofía de vida me impulsó a no dar importancia a las dolencias físicas, a sobreponerme al dolor, poniendo siempre por delante las responsabilidades del trabajo. Pero esa actitud a veces nos hace pagar un precio.

En 2003, advertí una molestia en mis encías, que se incrementaba con el tiempo. En ese momento ya utilizaba una prótesis dental completa, por lo que atribuí a su desgaste la causa del problema. Consulté con mi odontólogo, al cual le señalé que tenía una postemilla que no se curaba. El me recomendó un proceso de limpieza y un medicamento tópico.

Mi hija Mirian me ayudaba con la desinfección de lo que seguíamos pensando que era un afta producida por la dentadura postiza. Se aliviaron los síntomas, pero permaneció la pequeña herida. Mi alta resistencia al dolor hizo que lo considerara solo como una molestia. Con el tiempo me olvidé de ella.

Unas semanas más tarde, las molestias persistían. Mi hija me insistió en consultar con el odontólogo. Pude advertir su preocupación, pues la zona blanca en las encías ocupaba ya unos cinco centímetros. Decidió hacer una radiografía, una limpieza a fondo de la zona y me recetó antibióticos. La placa reveló que el problema seguía circunscrito a la encía derecha. Como es habitual en muchos pacientes, tras el tratamiento, consideré superado el problema. Con el paso de los días, persistían las molestias, pero las dejaba de lado, pues me seguían preocupando los temas del negocio, el cual me resistía a dejar, a pesar de llevar toda la vida trabajando. Además estaban mis responsabilidades en el Centro Femenino de Cultura.

Cuando las molestias se volvieron permanentes, mi hija me insistió en consultar a un médico. Yo me negué. Mi esposo insistió, pero yo persistí en mi negativa. Estaba muy ocupada. Ellos decidieron comentar el tema a nuestro hijo mayor. El vino el fin de semana, me revisó con detenimien-

to y sin darme opción a protestar, decidió llevarme a Quito a consultar con un especialista, el doctor Valencia. Yo no sabía, pero era un oncólogo prestigioso.

Me hizo una revisión completa, tomo una muestra y luego pidió hablar con mi hijo. Le explicó que la herida, que ya ocupaba todo el lado derecho del maxilar inferior tenía muy mal aspecto. Debía esperar el resultado del laboratorio que había pedido y entregarían esa tarde. "Pero estoy casi seguro que debe operarse lo más pronto posible", le manifestó. En efecto, el cultivo determinó que era un tumor maligno.

Yo quería retornar de inmediato a Ibarra. David Patricio me explicó con cierta dureza la situación. Eso me molestó mucho, pero el se mantuvo firme. Ya había pedido cita con el cirujano oncólogo, doctor Luis Pacheco. Al día siguiente, a las nueve de la mañana, me revisó. Me acompañaban mis hijos David y Pepe. Fue muy profesional, me explicó con delicadeza pero con firmeza que tenía un tumor canceroso que afecta al tejido y una parte de la mandíbula, por lo que recomendaba operar.

Yo tenía pavor. Tres de mis tías habían fallecido con cáncer. Tenía la esperanza que un tratamiento local me curaría. No quería operarme. Pero nuestro hijo mayor ya había llamado a mi esposo, comunicándole que la cirugía era indispensable. Y, sin decirme, le había pedido al médico que realice los contactos para proceder de inmediato. Me conocía bien, pues cuando habló conmigo y me dijo que todo estaba listo y que me operaban esa misma tarde, no me negué.

La intervención se realizó en la Clínica Santa Cecilia. Estaba prevista una duración de tres horas. Pero al cirujano le tomó cinco. Me extirpó gran parte de la encía; la mitad de

la mandíbula inferior derecha y 36 ganglios que presentaban inicios de crecimiento anormal. Al pasar las tres horas, luego la cuarta y luego la quinta hora de la operación, mis hijos estaban totalmente angustiados. Finalmente salió del quirófano el doctor Pacheco, absolutamente agotado. "Creo que logré sacar todo", les dijo satisfecho.

La mano de Dios me permitió sobrevivir. Y la sabiduría y experiencia del doctor Pacheco. En dos semanas me retiró los puntos y se sorprendió de la velocidad de la cicatrización. Dos semanas más tarde, me revisó y me dijo "Es admirable su fortaleza y su actitud. Es un ejemplo". Tres meses después se mostró muy optimista con respecto al resultado de la operación. En el chequeo final, con los resultados de laboratorio, me dijo: "Creo que salimos bien. Hay que seguir evaluando cada año, pero usted es la prueba viva de una recuperación total". Le agradecí. "sus manos hicieron la magia", le dije y el sonrió complacido. El mal nunca volvió. Conservo una gratitud eterna para el doctor Pacheco.

El hombre que supo vivir la vida

David Andrade Torres nació en San Antonio de Ibarra el 28 de enero de 1928. Cursó sus estudios en su tierra natal, en la Escuela Juan Montalvo. Se destacó desde pequeño por su espíritu de independencia y su gusto por la Naturaleza. Solía acompañar a su padre Camilo en las actividades agrícolas en la zona de Chorlaví o a sus viajes como arriero que significaban llevar productos agrícolas a los valles de Salinas y Urcuquí. Retornaban con panela de la hacienda San José y con la imprescindible sal artesanal. Viajes duros, a pie, pues los animales llevaban la carga. Me contó alguna vez David que su primer viaje, a los ocho o nueve años, lo

hizo a lomo de un burro, pero que debía bajarse y caminar en los ascensos y descensos, por razones de seguridad.

Amigo de la lectura desde pequeño, aprovechaba cualquier material que lograba encontrar, en especial revistas y algún libro que lograba conseguir en las casas de los amigos.

Al concluir su escuela, se propuso continuar sus estudios en el colegio Teodoro Gómez de la Torre. Sin embargo, su sueño se contrapuso con los deseos de su madre, doña María, que tenía el firme propósito de tener un sacerdote en la familia. Había conseguido el apoyo del párroco de San Antonio y a través de su hermana Luisa, un cupo en el Seminario Menor regentado por los padres Lazaristas en Quito. David se negó en redondo a ir al seminario. Sentía que no tenía vocación, pero sobre todo, no le gustaba la idea de encerrarse en una institución de ese tipo por largos años. Amaba el campo y la libertad.

Su madre intentó ejercer toda su autoridad y presionó a don Camilo, pero éste decidió conversar con su hijo. El padre entendió las razones de David y decidió apoyarlo. A su madre no le quedó más remedio que aceptar. Pero puso una condición: debía trabajar, pues de ninguna manera aceptaría que vaya a un colegio laico. En esos tiempos, la voluntad de los padres era ley, por lo que, ayudado por su madre consiguió trabajo como pesador de las mercaderías que se embarcaban en el tren en la estación de San Antonio.

Su primo Plutarco le ayudó a iniciarse en los rudimentos de la telegrafía. Concluyó su aprendizaje con el jefe de la estación. Tras dar el examen de rigor obtiene el certificado y logra ingresar como trabajador de planta en la Empresa de Ferrocarriles del Estado.

En sus inicios labora en su pueblo natal. Posteriormente es destinado a Ibarra donde trabaja como telegrafista y boletero. Allí nos conocimos. Trabajó como jefe de estación en Salinas en donde pasamos los primeros meses de nuestro matrimonio. Tras un año en el pueblo de Salinas, es trasladado nuevamente a Ibarra. Es entonces que se producen roces con los directivos, al protestar por las condiciones de trabajo y la falta de pago de la empresa. Esa actividad no fue bien vista por los gerentes, que en primera instancia lo multaron y, más tarde, lo "castigaron" designándole como jefe de una estación que hasta ese momento había sido de paso y que no tenía ninguna instalación para que viva con su familia. David decidió afrontar solo su trabajo, pero yo me empeñé en acompañarlo, a pesar de que teníamos ya dos hijos. Fue una etapa durísima dadas las condiciones en que debimos iniciar nuestra vida en la montaña. Dos años más tarde, tomamos la decisión de dejar el trabajo en el ferrocarril para iniciar la aventura empresarial en su tierra, San Antonio de Ibarra.

En Guallupe, al iniciar el pequeño emprendimiento, descubrimos nuestra capacidad para el negocio, que se consolidó en San Antonio. Era una actividad para la cual tenía una habilidad natural, por su facilidad para hacer amigos y su predisposición a entablar conversaciones.

David era un hombre dinámico, honrado, que llevaba su sinceridad a extremos cuando constataba arbitrariedades o injusticias. Su capacidad de trabajo era impresionante. Y lo mismo su tenacidad, que le impulsó a persistir en una tarea que parecía imposible y triunfar. En ocasiones, esa tenacidad se convertía en terquedad.

Como esposo fue incomparable y un ejemplo como padre, no solo por el amor a sus hijos, sino por sus ense-

ñanzas. Educó a sus hijos con firmes valores de honradez, respeto, unidad, solidaridad y trabajo. Hombre de fe, dio permanente testimonio de una vida basada en los principios cristianos.

Logró un equilibrio siempre complicado entre sus responsabilidades en el trabajo, que demandaba mucho de nuestro tiempo y su tarea como padre y como guía. Escuchaba a sus hijos y procuraba darles guía y apoyo en especial en sus tareas escolares.

El mejor recuerdo que tienen sus hijos de David es el de los viajes familiares. Por los preciosos paisajes de Imbabura al inicio y más tarde, en el paseo a la playa que se convirtió en una costumbre anual. Nos enseñó a admirar el esplendor de la Naturaleza y a valorar los momentos en familia. Eran tiempos de diversión en los cuales, los juegos eran parte fundamental de una relación de confianza entre padres e hijos.

En esos viajes, sus hijos le pedían cuente las historias de su pueblo. Les narraba entonces detalles de la dura vida de su padre; del sacrificio, empuje y carácter de su madre; de los juegos de su niñez, que no eran tan diferentes de los que practicaban sus hijos; de la vida en el campo; de los viajes a lomo de mula o de borrico; del trabajo de los artesanos. Aunque nunca trabajó en la escultura, su afición por el tallado de madera se profundizó en su madurez. Nos dejó un legado de tallas que exhibimos con legítimo orgullo.

Pero su verdadera afición era viajar. No importaba si era un viaje familiar, en el viejo jeep a conocer la hacienda Pimán, a un balneario o a la playa; o un viaje planificado a otro país. Su natural curiosidad le impulsaba a conocer, descubrir, disfrutar de cada uno de sus viajes. Pudo concre-

tar con creces sus sueños. He descrito en esta obra algunos de los viajes realizados en común. Fueron muchos: a Europa, Estados Unidos, Canadá, Israel, Egipto, México; Argentina, Chile, Perú, Colombia, el Caribe.

Si existe un detalle impresionante de sus viajes, es el de la capacidad de David de comunicarse en los aeropuertos, en los hoteles, en los trenes, en los restaurantes, en los museos o en la calle, pues no hablaba otros idiomas. No le importaba. Con el español y su capacidad gestual, le bastaba para comunicarse y conseguir sus objetivos. Cuando viajaba solo, yo temía por los problemas que se suelen dar en los aeropuertos o en el transporte, pero siempre salió avante. Tenía un ojo clínico para descubrir a alguna persona que hablaba español o portugués y no tenía problema alguno en solicitar ayuda.

Su liderazgo se puso de manifiesto en muchas de las actividades que emprendió debido a su infatigable voluntad y su afán de servicio. Formó parte durante largos años del directorio de la Cámara de Comercio de Ibarra, que lo contó como uno de sus socios más entusiastas.

Su obra cumbre fue sin duda la organización del Movimiento de Cursillos de Cristiandad en Ibarra. A su fe sumó el apostolado, de manera que el proceso evangelizador tocó los corazones de centenares de familias que fortalecieron sus creencias y a su vez se comprometieron a difundir el mensaje del Señor.

Lo que nació como un esfuerzo de un pequeño grupo de pioneros se ha consolidado a lo largo de cuatro décadas. Las familias cursillistas se han multiplicado y su testimonio de vida y de fe es un ejemplo en un mundo cada vez más materialista. El Movimiento de Cursillos de

Cristiandad es el legado permanente de David y nuestra familia a la sociedad.

Fumador compulsivo, no hacía mucho caso a los consejos médicos, lo que terminó afectando su salud. A los sesenta años, un domingo 6 de diciembre, tras contemplar en televisión la corrida de toros que se celebraba por las fiestas de Quito, se retiró a tomar su siesta habitual. El breve descanso tras el almuerzo era una costumbre inveterada. Cuando despertó se sintió mal. Mientras tomábamos café, un sudor frío y un profundo malestar le convencieron que era necesario acudir al médico. Con gran esfuerzo, fue manejando a la consulta. El médico lo revisó y no encontró nada grave. Le recetó algo para el malestar. Esa noche, llamó nuestro hijo mayor y al preguntarle a su papá cómo estaba, él le comentó que tenía una baja de presión y que no podía respirar bien. Preocupado, David Patricio le hizo más preguntas. Y luego, más que pedirle, le ordenó viajar de inmediato a Quito para una valoración. A pesar de su terquedad, mi David terminó aceptando y se dispuso a viajar. Salió a la madrugada y lo recibió nuestro hijo, que lo llevó de inmediato a la Clínica Pasteur. La primera valoración mostró que había sufrido un infarto y fue conducido de inmediato a terapia intensiva. Allí estuvo una semana. La atención oportuna le salvó la vida.

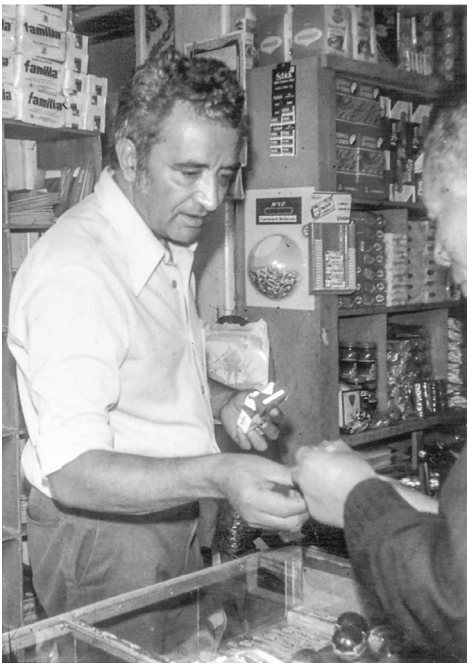
Desde entonces cambió profundamente su vida. Durante unos meses dejó de trabajar y se dispuso a acatar las órdenes médicas con disciplina. Dejó de fumar, se sometió a una dieta planificada e incrementó el ejercicio, que básicamente era caminar con alguno de sus nietos, a cumplir tareas rutinarias como ir al banco, comprar pan o simplemente ir a un parque, descansar y volver.

Retornó poco a poco al trabajo, primero ayudando en el almacén y finalmente, retomó los viajes de negocios, pero limitándolos al viaje mensual al Carchi, siguiendo de esa manera el consejo médico de no extralimitarse en el trabajo.

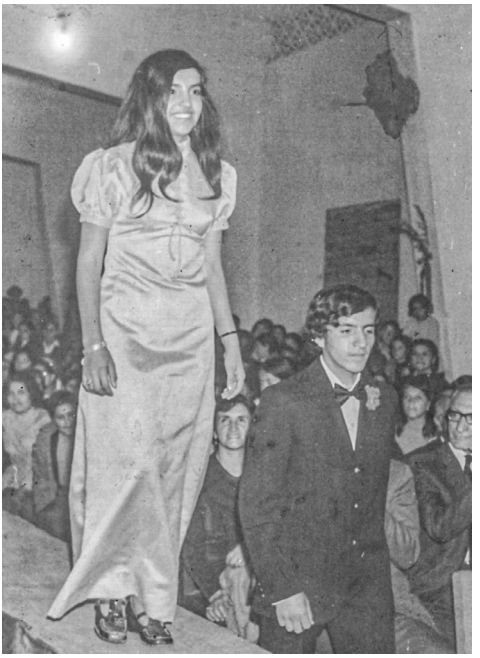
Siguió disfrutando de una vida plena a pesar de que su corazón, que sufrió un infarto masivo y funcionaba a menos de la mitad de su capacidad. Logró superar las pruebas propias de su condición, tomando su medicación y visitando regularmente a su cardiólogo. Lo que más le costó fue regular su dieta pues era goloso. Realmente nunca lo consiguió del todo, a pesar de la advertencia médica.

Con el paso del tiempo, sufrió un acentuado deterioro físico, por lo que, a pesar de su renuencia, debió colocarse un marcapasos. Sus años de fumador también le pasaron factura pues sus pulmones no le proporcionaban el oxígeno suficiente, lo cual limitaba los viajes que tanto amaba.

Finalmente realizó su transición a la paz el 15 de enero del año 2008. Se reencontró con el Señor en completa calma, sin angustia ni desesperación. Su partida fue tan apacible como había su existencia llena de amor. Nos dejó físicamente pero sigue viviendo en nuestros corazones, en la memoria de la familia y en las obras que dejó para la posteridad.



Arriba: David Andrade Torres atendiendo a un cliente.
Abajo: Saber vivir la vida.



Arriba: Mónica Andrade Aguirre.
Abajo: Familia Andrade Aguirre, 2002.

Epílogo

Una vida

Texto inédito de **David Andrade Torres**

Una madrugada de enero de 1951
Una mirada
Una corazonada
Un encuentro fortuito
Un piropo al pasar
Una oportunidad de hablar
Una simpatía mutua
Un inicio del amor
Una respuesta tardía
Un decir te quiero
Un beso
Un año y medio de relación
Un tiempo de reflexión
Un momento de decisión
Una boda que confirma un amor sin par
Un inicio: 18 de septiembre de 1952
Un viaje de bodas hacia el mar
Un retorno a la realidad
Un rincón de Imbabura será nuestro hogar
Una estación: Salinas
Una realidad diferente
Un proceso de acoplamiento
Un dar y recibir
Un sueño se hace realidad
Un hijo por venir
Un cambio en el convivir
Un cinco de junio del 53 llega el primogénito
Un cambio de cargo
Un retorno a Ibarra

Un año y medio transcurren
Una nueva ilusión
Un 21 de noviembre del 54 nace José Xavier
Una orden sorpresiva y un traslado a Guallupe
Un clima tropical al que hay que acostumbrarse
Un vagón de ferrocarril como vivienda
Una caseta como segundo hogar
Un esfuerzo grande para enfrentar una vida dura
Una fuerza espiritual que nos une más
Una idea para sobrevivir
Un negocio que nace pequeñito
Una pequeña tienda para los campesinos de la montaña
Una venta de madera en la ciudad
Una esposa, una madre, un ejemplo
Una responsabilidad y una felicidad que se acrecientan
Una hija llega al hogar en junio de 1956: María Helena
Una bebita del color del papá
Una época difícil pero feliz
Una complicación: no hay escuela para los hijos
Una consulta oportuna
Una decisión: dejamos de ser ferroviarios
Una oportunidad para volver a mi pueblo natal
Una fecha para recordar
Un 21 de diciembre de 1957 llega nuestra Mónica Elizabeth
Un día más tarde iniciamos nuestro negocio en San Antonio
Una tienda de víveres
Un negocio que mantiene Pepita, la venta de madera y de fruta
Un crecimiento sostenido

Una heladería y un pequeño bar
Una familia que también crece
Una preciosa chiquilla llega
Un 7 de septiembre de 1959 llega Gemma
Una dolencia inoportuna
Un sueño personal que logro cumplir
Un jeep y una aventura
Un negocio que crece
Una nueva bendición
Una pequeñita que se suma al hogar
Una hija que llega en junio 13 de 1961, Mirian Antonieta
Una idea para ampliar el negocio
Un lento pero firme crecimiento
Una hija completa la felicidad familiar
Un acontecimiento el nacimiento de Ana Lucía Marcela
Un 26 de diciembre de 1962
Un número cabalístico
Una familia de siete hijos
Un cúmulo de sueños
Un plan de mi mujer
Una casa en Ibarra
Otro negocio que atender
Una apertura diferente
Un aprendizaje de venta a otros comerciantes
Un producto nuevo, el plástico
Una idea innovadora
Una pequeña cooperativa empieza a funcionar
Un apodo que expresa una forma de vivir
Una familia que nunca duerme

Una expansión hacia la distribución
Un producto, centenas de productos
Un viaje con pocos resultados
Una persistencia que fructifica
Un éxito en dos provincias
Un cuarto de siglo de matrimonio
Un viaje inolvidable: México y Miami
Unos hijos que buscan su propio camino
Una hija que llega al matrimonio
Un tiempo después, Mónica se casa
Una profesión compartida y una pareja para Gemma
Un Pepito inquieto su mujer quiere tener
Un gringo viene y se lleva a Ana Lucía
Una compañera tras una larga espera para David
Un tiempo que pasa y una familia que crece
Una alegría sin fin, los nietos
Un aniversario especial, bodas de oro
Un testimonio de pareja
Una vida de trabajo
Un apostolado de fe
Un aprecio y un respeto
Una memoria acongojada de nuestra Mónica
Un gracias a Dios por todo lo concedido.